

DEL INCIENSO A LA OSMOTERAPIA



DR. ARNOLD KRUMM – HELLER

INTRODUCCIÓN

Así como para nuestros ojos humanos, todo en la naturaleza se forma lentamente, sale de la nada, brota, crece, florece, se abre; así también pasa con las impresiones y los trabajos espirituales. Vivimos y en nosotros viven también pensamientos, deseos y esperanzas. Tras largos años de meditación, recolección, búsquedas y luchas, resuelvo confiar en este libro mis doctrinas retenidas y afirmadas, y aún más, las observaciones y hechos que han de servir para abonarlas.

Ignoro si otros han emprendido ya tentativas semejantes, ya sean accidentales o sistemáticas, para esclarecer o comprobar experimentalmente los fenómenos de este extraño ramo. No hay duda que en la literatura parapsicológica hay pequeños folletos sobre la acción de las esencias; son, sin embargo, tan nulos, tan insignificantes, que ni merecen mención.

Más de una persona habrá que tome este libro, lo hojee y lo deje luego a un lado por poco interesante. No censuro a nadie; hay una sola causa y ésta debemos atribuirle a este tiempo que corremos, tan materialista y superficial, que hace catorce años se iniciara en Alemania.

Seguramente chocará este libro con la dura testa de ciertos criterios cerrados y tardíos y entonces sonará hueco; pero ello no provendrá precisamente del libro.

Sólo el futuro podrá decir si realmente va a ser posible llegar a algo concreto sobre el resultado de las observaciones que se han reunido hasta hoy y que una vez aumentadas con nuevas investigaciones, se consiga un nuevo método de curación. Suposiciones análogas me inducen a creer que esto es lo más probable y de toda provisión de éxito de lo más razonable. Sería prematuro sentar desde hoy cualquier rumbo para un método eventual.

Lo único que me es lícito, que puedo y debo, es pedir que se me ayude, ya que yo soy el inventor de la Osmoterapia, a buscar y comprobar un nuevo camino para curar y fortificar a la humanidad.

Deseo también poder examinar en esta introducción un asunto bien poco develado, cual es la representación exterior de mi idea y cómo he encuadrado el nuevo método en la nomenclatura que vamos a considerar.

Mí primera intención de encarnar la idea que encierra la palabra EUODIA (buen olfato), hube de rechazarla después de un detenido examen. El buen olfato es una idea que se refiere a la percepción que tienen los individuos respecto a los olores puestos en contacto con ellos y acondicionada por éstos o aquéllos. Tomándolo bajo este aspecto y muy superficialmente, cabría citar aquel proverbio que dice:

“En materia de gustos no hay nada escrito”. Proverbio que aquí no reza, pues no queremos seguir nuestro olfato exterior, sino alcanzar una íntima excitación de las glándulas y por medio de ella una curación. Para ese tratamiento el paciente debería, como en cualquier otro tratamiento, ser obligado a emplear medicamentos por medios desagradables, pero no es eso lo que persigue nuestro sistema, sino emplearlos en forma de perfumes.

Preferí, pues, hasta que los juicios profesionales hayan dado su dictamen, emplear el término OSMOTERAPIA para indicar el proceso medicinal basado en el empleo de perfumes. La palabra griega OSME, ampliamente aplicable a todo olor, sin perjuicio de la sensación, que asume propiedad específica según la persona, me parece la más aceptable.

Osmología, o sea la ciencia del olfato, es un concepto científico del dominio de la ciencia y sobre la misma existe desde hace tiempo en Alemania una vasta literatura.

Apenas terminé mi manuscrito lo mandé a un físico, profundo conocedor del Oriente, y a un doctor célebre, médico alemán muy conocido en la América latina, reconocido como una eminencia clínica. De ambos solicité el veredicto, Ellos hablan en las primeras páginas de este libro.

Toda novedad provoca oposición. Quiera Dios que llegue este libro a manos del investigador imparcial de la ciencia, desprendido de toda sabiduría oficial axiomática, seca, pero capaz de apreciar el valor del sentimiento y del pensar progresista.

No olvide el lector, además, que a mi disposición se hallan los viejos archivos de México y todos los documentos sobre la ciencia de las correlaciones de los primitivos hechos históricos.

Las sinagogas judías de España poseían valiosas bibliotecas que pasaron a los claustros después de la expulsión de los judíos de España. Ahí me fueron facilitadas notables obras literarias sobre Méjico y el Perú, de donde extraje un precioso material.

CAPÍTULO PRIMERO

El incienso en el culto del Antiguo Testamento

Es de todos sabido que en el culto del antiguo testamento se empleaban mucho, ya fuera en el Tabernáculo o en el templo de Jerusalén, las substancias aromáticas. En Palestina son escasas tales esencias odoríferas; sin embargo, hasta hoy día vemos graciosas y lozanas flores en la gran plaza frente al templo de Salomón. Sólo el Líbano producía incienso, que en la lengua hebrea se denominaba “l’bhonah”, palabra en cuyos sonidos hasta el más lego percibe cierta relación con el nombre de la montaña.

Otra denominación hebraica para la palabra “perfume”, en el sentido de “substancia olorosa” es, en general, SAM.

Las mayores y cualitativamente más valiosas cantidades de incienso, así como otras substancias aromáticas destinadas al culto, eran adquiridas en el extranjero. Oímos así hablar del incienso del país de Saba en el que los intérpretes de la Biblia ven hoy una faja de la Arabia sudeste, en tanto que los teólogos de antaño indicaban con ella a los etíopes o a los indios.

En otras esencias que se han citado relacionadas con el referido incienso y allegadas a él por cuanto se presta como perfume, hay que mencionar las flores de Chipre, entre ellas el nardo, la mirra, el azafrán, el ámbar, el cálamo, el acíbar, el polvo de especias y, además, ciertos preparados que ya estaban listos y que Lutero en su traducción de la Biblia llamaba sucinta, pero erróneamente unguentos y que hoy, por falta de indicios ciertos, como muchas de las otras substancias llamadas puras, no pueden identificar los especialistas.

Frecuentemente encontramos también la palabra “besem” que en plural es “b’somím”, cuya acepción general sirve para designar la balsamera y los productos aromáticos que de ella se escurren.

Cuando con la pérdida de la independencia política terminó el bien organizado culto del pueblo judío, cesó también el estímulo para seguir con el uso de substancias aromáticas en el servicio divino, limitándose desde entonces a hacer oraciones en lugar de ofrendas.

Cabe decir, todavía, que aun hoy día algunos devocionarios hebreos tienen por título la vieja expresión “ofrenda”. Apenas si en sí todavía queda un solo empleo de las esencias en el culto, el cual sin embargo se hace ocultamente hoy en día, y es en la llamada “Habdalah”, que quiere decir “separación”. Ese uso, según la tradición de los rabinos, debe remontar a cerca de medio siglo después de la consagración del segundo templo (516 años antes de Jesucristo) , bajo Esra. Recuerda el arte espagírico de los Rosa-Cruz -medievales, aunque su significado

es distinto, principalmente en la fiesta de la “separación”, o sea del comienzo de la nueva semana, al final de la noche del sábado (Sabat) . El utensilio más usado es un vaso ajustado, metálico, cilíndrico o prismático, sostenido por un soporte como pie de copa y, las más de las veces, con una torrecita aguda o una banderita metálica en la tapa. El latón de ese utensilio contiene los metales de Venus y de Júpiter, por partes iguales y el escritor Therión piensa que ese latón envasado debe ser ilimitado respecto a su extensión, pues no se refiere a una sola cosa, sino que es universal y simboliza el amor divino. En el vaso hay ‘varios gramos de aromas frescos, también designados con el nombre de “b’somim” que, como ya dijimos, se denominaba el vaso de bálsamo y de los productos que de él se derivaban. También ese pequeño utensilio solía llamarse “vaso b’somim”.

Cumpliendo con el prudente empleo que, según indiqué, se debe observar al salir del día sábado, no sólo en las sinagogas de observancia estricta, sino especialmente en las familias, el que hace la ofrenda, por ejemplo, el padre de familia lleva el vaso en la mano y sobre su fragante contenido pronuncia la siguiente bendición:

“Alabado seas, Señor, Dios nuestro, rey del mundo, que creaste todas las especies de aromas.”

Entonces abre la tapa o torrecilla del vaso y aspira el vapor de los granos de especias.

Este es el único resto del culto de las esencias aromáticas en el judaísmo de hoy día. Según la explicación de los judíos ortodoxos, ese rito proviene de una bendición hecha sobre una copa de vino en el que se apagaba una vela encendida. Era un acto de gracias a los dioses del fuego, poderoso auxiliar del hombre en todas las formas y creaciones, al comienzo del trabajo semanal, en que el espíritu sabatino, metafóricamente representado por las especias, sería transportado a los días hábiles.

No erraremos tal vez ante esa interpretación, creyendo que ese vapor de las especias, trasladado a la esfera religiosa, puede curar, a su vez, la vuelta del espíritu sabatino en el curso de la nueva semana.

Los judíos jamás tuvieron misterios o usos culturales propios. Su aptitud y aplicación espiritual descansaban en lo material, en el negocio. El estímulo que los judíos dieron al empleo de las esencias y defumatorios en el culto, no era otra cosa que el deseo de activar el comercio para sacar de esas cosas algún provecho lucrativo. Indagaciones hechas en la literatura judaica, proporcionan amplios informes sobre cosas secretas, sobre todo el conocimiento de escritos antiguos de los judíos españoles, anteriores a la expulsión (1492, después de Jesucristo) , y que constituyen un interesantísimo material de investigación.

Supé en Rodas y Palestina que hay familias judías que para ciertos exorcismos usan hasta hoy día olores relacionados con las constelaciones siderales.

CAPÍTULO SEGUNDO

Incienso, perfumes y ungüentos en la Iglesia Ortodoxa

No hay duda que muchas de las costumbres judías pasaron a la Iglesia ortodoxa aun cuando ésta, en su mayor parte, tenía las suyas propias.

En la consagración de una iglesia o de una casa comercial, ceremonia que en la confesión ortodoxa es reservada exclusivamente al obispo, la parte superior del nuevo altar consta de una simple mesa cuadrada de madera que ha sido previamente lavada con “nitra”, jabón fragante, y con agua caliente; después el propio obispo la restriega fuertemente con una esponja embebida en agua de rosas (el obispo se ha revestido para ello con una túnica de lino sobre su hábito), asistido por los prelados asistentes. Además, la mesa ha de ser hecha, en lo posible, de madera olorosa, las más de las veces de ciprés. También se usa en las Iglesias ortodoxas el ciprés para hacer con esa madera los cuadros sagrados que han de adornarla.

También se emplea en la consagración de un nuevo altar otra substancia aromática que consta de diversas esencias juntas. Se llama ésta “mastíc de cera” y se compone de una mezcla de cera virgen, blanca, con almáciga, que se saca haciendo una incisión en la corteza del árbol sagrado (de almáciga), y que Lutero tradujo por “Würze aus Salbe”, que quiere decir “esencias de ungüento”, y que consta de incienso de Esmirna, áloe, tomillo, resina de pino e incienso blanco.

Una vez fluida esta mezcla, cuya proporción cuantitativa está bien determinada en los libros litúrgicos respectivos, se hace una masa verdosa, movediza y en ella se refriegan, sobre la mesa del altar, pequeños fragmentos de reliquias y se echan en un vaso de forma de cáliz. Con eso termina la consagración. Después, se recubre la mesa del altar con un paño habitual. Pero no todas las iglesias poseen tales reliquias sobre el altar. Todavía sobre éste hay siempre una carpeta doblada, de seda amarilla o roja, en la que está representada la escena del entierro de Jesús y en cuya parte superior y por detrás, en forma de bolsillo, hay fragmentos de reliquia fijados por la mano del obispo con la misma masa de almáciga.

En las iglesias griegas, esas toallas de seda se llaman “antimínsía”, cuyo uso remonta a los primeros siglos de la era de Cristo, no se realiza ninguna cena o fiesta eucarística: sobre ese paño desdoblado quedan la patena y el cáliz.

Dada la prolija fabricación de la “almáciga”, el obispo consagra a la vez una cantidad de esas “antimínsías” .

Otra de las substancias fluidas que pertenece a las más exquisitas esencias que son harto numerosas y de que hacen uso en sus cultos no solamente la Iglesia ortodoxa, sino numerosas iglesias orientales, es el santo “myron”. En el

diccionario tal palabra figura vertida por “óleo consagrado” u “óleo ungidor”. Etimológicamente no siempre cuadra así, pues la palabra griega “myron” proviene del hebreo, donde con la partícula “mor” (análoga de “mar”, amargo), indica la mirra hecha ya una resina de color castaño oscuro, sacada del “Balsamodendron mírtha” (Linné), originaria de la Arabia feliz. También aquí el nombre fue sacado de un componente único aun cuando no el principal, y se extendió después a los demás. En realidad, en la composición del santo “myron” entran varias esencias fluidas o sólidas que en la iglesia rusa, según pudimos estudiarlo personalmente a fondo, son veinticuatro; en tanto que, según referencias de obras literarias, la iglesia griega de Constantinopla utiliza para ello cuarenta sustancias. Cada una de esas plantas está impregnada de una fuerza curativa excepcional, y es muy posible llegar a la realización de curaciones extraordinarias aspirándolas como perfumes.

Otros tantos ingredientes contienen los santos óleos de la iglesia gregorio-arménica. Todavía no se les ve en el lecho de los enfermos; sólo se les impone a los sacerdotes fallecidos. No nos interesa enumerar aquí uno a uno esos ingredientes. Quien se interesare por conocerlos no tiene más que buscarlos en el libro “Rito Mortuorio y antiguos oficios divinos de la Iglesia griega-católica ortodoxa de Oriente”, por el Pbro., Maestro de Teología, A. von Maltzew (Berlín, 1898), que durante muchos años fue sacerdote oficial de la antigua iglesia de la embajada imperial rusa. En la segunda parte de esa obra, de las páginas 89 a la 114, se describe el rito de la preparación del “myron” en amalgamación y se mencionan, separadamente, los ingredientes. Basta con recordar aquí que la ceremonia sagrada comienza anualmente el lunes de la semana santa y que las sustancias aromáticas, entre las que tienen un papel importante el vino y el aceite de rosas, se cuecen ininterrumpidamente hasta el jueves santo. Durante ese tiempo se leen ciertos fragmentos de la Sagrada Escritura, preces alusivas, y se profieren ciertas fórmulas sagradas. El fuego que se coloca bajo la cacerola es encendido por el obispo de la más alta jerarquía; en la iglesia rusa de la era zarista, lo era también por un metropolitano; en la iglesia rusa de hoy día y en las iglesias independientes de la cristiandad ortodoxa, también por un patriarca. Cuando éstas no reciben el “myron” directamente de Constantinopla, el mantenimiento de este fuego corresponde después a otros obispos, religiosos de alta graduación y hasta a seculares.

Para preparar el santo “myron” había en el histórico Kremlin (hoy día sin duda ya no existe), una sala especial, de regular tamaño, la llamada “Myrowarennaja Palata” (cocina del myron). Veíase allí en un gran fogón revestido de loza ricamente adornado, tres gigantescas cacerolas de plata de casi 1,50 metros de alto y un diámetro correspondiente, en las que se echaban durante todo el tiempo de la fabricación las esencias perfumantes.

Una vez terminado esto, se sacaba el santo “myron” que quedaba del año anterior y con él se llenaban doce jarrones de alabastro de color rosa natural, todavía originarias de la antigua bízancio.

Entonces, viejos y venerables sacerdotes transportaban los jarrones a la iglesia de los “Doce Apóstoles”, también en el Kremlin. Allí se le depositaba al pie de la mesa-altar. Esa iglesia no servía para ningún otro oficio divino. De ahí, según las necesidades, el santo “myron” era entregado a los obispos diocesanos, los que, a su vez, lo repartían a los sacerdotes de las parroquias para ser utilizado por el sacerdote, que al mismo tiempo hacía de médico, usándolo como agente curativo.

Ese “myron” sagrado se usaba también en la coronación de los monarcas como un unguento, lo que, según parece, pocas veces aconteció. Sabíase, sin embargo, que el Zar estaba pronto para curar con él a los enfermos imponiéndoles las manos; también se sabe que el rey inglés era ungido con él.

Es igualmente muy importante el rito eclesiástico de la santa unción “myron”, que se realiza inmediatamente después del bautismo y que, hasta cierto punto, corresponde a la confirmación occidental. En eso también se veía por qué en la iglesia ortodoxa las criaturas pequeñas eran llevadas por sus madres a recibir la comunión.

Además, limítase el uso del “myron” a aquel sacramento que podríamos llamar la “extremaunción” católica romana (en alemán, “letzte ólung”) , pero según el concepto de los ortodoxos tiene otra significación. La iglesia armenia sólo aplica la extremaunción a los sacerdotes, y esto, cuando ya están muertos. Cabe notar, además, que la lucha por la prerrogativa de la fabricación del santo “myron” en las iglesias orientales, fue muchas veces causa de amargos disturbios, cuyas consecuencias aun hoy día se dejan sentir.

Mientras que en las ceremonias del culto que hemos mencionado como, también en los sacramentos, las substancias aromáticas deben considerarse como accidentes, atribuyéndoseles significación simbólica de portadores de la gracia espiritual, para nuestros fines, es interesante poder referir una consagración dentro de la iglesia ortodoxa, en la cual, de la plegaria que la acompaña, se deduce claramente que a las hierbas aromáticas no sólo se les atribuye fuerza curativa o protectora cuando se las traslada al dominio religioso, sino también que su fluido fragante, se conoce directamente como remedio, en el sentido médico, para los males físicos y como profiláctico para los animales de las casas y quintas, contra cualquier machacadura o lesión. Para terminar esta disertación sobre el uso de los unguentos aromáticos en la vida del culto de la iglesia ortodoxa, transcribiré este breve texto.

Sólo reproduciremos aquí el tenor de esa curación no recortada en la traducción alemana y copiada de la redacción fidedigna griega de una edición de la iglesia eslava (paleobulgárica) , hecha por “Trebník” (Moscou, 1902, 2.3 parte). Advertiremos que de la misma oración existe ya otra versión alemana bajo el título de “Oración para la bendición de hierbas aromáticas” en la publicación ya

citada, del libro del Pbro. y maestro de Teología A. von Maltzew, página 791. Esa obra es hoy una curiosidad bibliográfica muy difícil de obtener.

Oración para consagrar cualquier planta odorífera “Señor, Dios omnipotente, que todo lo llenaste con tu verbo y a la tierra ordenaste que produjera todos los frutos a su tiempo y diste la alegría y la vida a los hombres. Tú mismo, buenísimo soberano, bendice y consagra con tu Santo Espíritu estas semillas junto con las varias hierbas traídas a este templo sagrado, y a estos tus vasallos que reciben estas hierbas y semillas; límpialos de toda mancha, y llénales las casas con todos los perfumes, para que ellas y ellos y todos los que en ellas creen se sahumen, se preserven y libren de todas las celadas enemigas y los defiendan de todas las tentaciones que tengan, de día y de noche; de las actividades del demonio, para bendición de tu pueblo fiel, en el alma y en el cuerpo, así como a su ganado y todos cuantos pertenecen a sus casas y moradas. Para que todos los que usaren estas hierbas reciban protección en el alma y el cuerpo y para que tu misterio de la gracia (misterio sacramental), sea el sagrado remedio de nuestra redención; para que en cualquier lugar donde sea depositado o usado para atraer bendiciones, tu diestra después de haber dispersado las fuerzas enemigas, lo cubra todo con la soberanía de tu único, majestuoso y venerado Nombre, donde reside toda la soberanía, honra y adoración, con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos, ¡¡Amén!!”

Entonces se rocían en forma de cruz y por tres veces las hierbas con agua bendita.

Por último, citemos aquí para completar nuestras informaciones del empleo de los aromas en el culto de la iglesia ortodoxa oriental, el ejemplo de una, hoy insignificantisíma hermandad de civilización egipcia, cuyo curioso uso encontramos entre los coptos.

Allí predomina en muchas, sino en todas las esferas populares, la creencia de que se puede obtener el perdón de los pecados quemando incienso y confesando los pecados ante los vapores aromáticos que exhalan, aun cuando no sea necesaria la presencia del sacerdote, a quien sólo corresponde el poder de absolución. Bajo este concepto, se atribuyen también a los perfumes fuerzas purificadoras en sentido religioso. Nos encontramos así, en este caso, frente a una concepción que se asemeja a ciertos principios mágicos del chamanismo o de las cosmologías relacionadas con él.

El doctor Steiner, fundador del movimiento antroposófico, introdujo la ceremonia del culto que en la comunidad cristiana conocemos por “consagración de los hombres”, el director de esa comunidad, es el doctor Rittelmeyer, teólogo universalmente conocido por sus notables obras. A esta hermandad pertenecen hombres célebres como el profesor Herm, Beckh, el licenciado Emilio Bock, el botánico Johannes Hemleben, etc., etc.

En esa congregación de personas, salidas de círculos apegados principalmente a la iglesia protestante, se quema también incienso. El doctor Stéiner pensaba que la defumación cabe tanto en los actos del culto como en cualquier curación. A mí mismo me afirmó él que el empleo de los perfumes y los sahumerios tenía en las curaciones un campo antiquísimo de aplicaciones, así como un futuro espléndido.

Tuvimos la gran suerte de ser amigos y discípulos, asistiendo a las clases universitarias del doctor Steiner y a ese genio debemos muchas indicaciones para la aplicación de la Osmoterapia.

CAPÍTULO TERCERO

Perfumes y esencias en el culto del Budismo

Otro campo, más vasto aún, que debemos recorrer, siguiendo las fragantes huellas de las sustancias aromáticas, es el del budismo. Los judíos tomaron muchas cosas del budismo. Éste estuvo de moda en los últimos siglos y muchos han escrito sobre su doctrina sin conocerla a ciencia cierta. Nosotros no tenemos a la vista la vitalidad de esa doctrina ni su utilización táctica tal como la predicó Gautama Buda y hoy se difunde en las comunidades budistas.

Sería imposible describir aquí el uso de todas las sustancias aromáticas. Cabe observar todavía que el propio Buda repudiaba cualquier veneración en el culto, pues su doctrina tiene por fin una cosa, contar con la existencia de divinidades, y en estas mismas se da un papel secundario, con relación al fin aspirativo de todos los seres. El budismo primitivo no es religión, como nosotros la entendemos. Era ateo, y para sus adeptos, aún hoy día, no hay oportunidad de ofrecer a ninguna divinidad la pureza primitiva. El desarrollo del budismo es poderoso, especialmente en las escuelas del norte, entre los chinos, y tibetanos y mongoles y también en el lamaísmo. Por cierta ironía del destino histórico, de esa doctrina atea o filosófica puede formarse una religión en el sentido exacto de esa palabra.

En un principio el cielo de Buda era el desierto de los dioses o del dios; pero fuese poco a poco llenando de tal modo que hoy puede considerarse como un panteón de primer orden. En número, el cielo budista no puede ser superado por ningún otro de cualquier religión. Se encuentran allí, junto a los dioses propiamente dichos, los budas imaginarlos, los santos, los ángeles, las hadas, los demonios, los genios protectores y particulares y los poderosos encantadores del sistema tántrico. Solamente el Olimpo Mejicano, que tan sólo de “pulques”, esto es, “bebedores” tiene 400 dioses, puede competir con él. El germen productor de ese panteón budista, lo creó la figura de Gautama Buda y aquí entran en escena los perfumes y perfumadores.

Ya el uso de sustancias aromáticas, bajo la forma de incienso, ante la estatua de Buda, extraña mucho, pues él mismo exigía de sus adeptos que renunciaran a la práctica de las perfumaciones. En el catecismo budista de Olcott, edición de Carlos Seidenstückre, Leipzig, 1908, pág. 80, entre los deberes de ellos, recogidos por un lego, leemos lo siguiente: “Observo el mandamiento de abstenerme de joyas, perfumes, especiería y todos los adornos”.

Más adelante, en la pág. 87 del mismo libro, podemos verificar que la ofrenda de flores, incienso y velas aromáticas ante la imagen de Buda, pasa por algo muy digno de alabarse en la conducta de un creyente budista. Yo, que vivo muy lejos, en las afueras de Berlín, ando a veces por la floresta y luego de encaminarme al templo budista de Frohnau, puedo cerciorarme de que siempre hay flores muy

fragantes ante la estatua de Buda, y en invierno, ramas olorosas de pino. Arriba, en dos terrazas, hay una gran cacerola de bronce: proviene de un pueblo japonés y sólo sirve para vaporizar perfumes.

Históricamente considerado, este uso de los sahumeros debe remontarse al hecho antiguo de honrar a los Maharahaes, en las Indias, cuando al entrar en una casa. Se les recibía quemando esencias y depositando flores olorosas en su sillón, encendiendo pebetes, como una expresión de la honra que se le tributaba al soberano universal. Eso debe haber pasado después al soberano de la religión, “Dharmarahá”, como parece que fue denominado después Buda, hasta terminar en un culto general. Se explica también así que, a veces, encontremos en las figuraciones que se hacen del panteón budista, especialmente en pinturas en el Tibet y en Mongolia, como también en las llamadas iglesias lamaístas, incensarios que arden ante el protagonista. En lugar de ellos aparece en el templo, junto a las estatuas metálicas o hechas de madera o arcilla las más de las veces doradas, un incensario real. El conocido investigador del Asia doctor Wilhelm Filchner, portador del Premio de Cultura del Reich, cedido por el Führer, en su obra reciente, valiosa y sobre todo instructiva “Kumbun Dschamba Lín” describe el convento de las cien mil imágenes de Maitreia (F. A. Brockhaus, Leipzig), en el cual, habiendo penetrado en el Tibet oriental, cuando en su último viaje (1926~28), pinta la vida y actividades de uno de los monasterios del lamaísmo, y nos describe una serie entera de incensarios de los templos particulares de dicho claustro.

Por las láminas que trae el libro, preciosas reproducciones fotográficas y dibujos detallados, podemos darnos cuenta del arte lamaico que se preocupó, con especial cariño, de esos incensarios. Casi siempre son hechos de metales caros, claveteados de piedras preciosas, y tienen a veces dimensiones considerables.

Lo mismo se observa en las inseparables lámparas benditas, para las que apenas sirve de combustible la mantequilla ordinaria, sin sal, del lugar, o sino, muchas veces, el aceite aromático. También se hallan a veces, junto a los altares y en soportes especiales, pebetes impregnados de varios aromas. Esos incensarios y pebetes arden perpetuamente en el santuario y no deben extinguirse nunca, de modo que hay que alimentarlos continuamente. Las mismas cenizas de los pebeteros se juntan minuciosamente y se agregan a ciertos preparados medicinales. Esta costumbre no sólo se observa en los templos lamaicos del Tibet y de Mongolia, sino también entre todos los budistas y más todavía entre los taoístas de la China, y es muy posible que el lamaísmo haya sacado de ahí el uso de los ceniceros para los restos de las velas perfumadas. Por otra parte, según informaciones del especialista ruso de la zona lamaica, profesor Pozdonegef, desgraciadamente fallecido hace más de una década, el empleo de pebetes de procedencia china en los conventos lamaicos y templos de jurisdicción china, fue prohibido por el alto sacerdocio, por miedo de que las mutuas relaciones entre lamas y chinos resultaran una desfiguración de las prescripciones.

En cuanto a las velas perfumadas que arden en los templos lamaicos y que también se usan en las procesiones, tienen reglas especialísimas. Tales velas o pebetes se llaman en el lenguaje del culto del lamaísmo “dug-boi” o “dugbo” (escrito b dug spos). Ambas sílabas, traducidas literalmente, significan exactamente lo mismo, es decir, perfumador. Otros ejemplos en idioma tibetano nos autorizan para interpretar la sílaba “dug” (“bdug”) como abreviación de la palabra “dugsching” (escrita “bdug sching”), con que se designa una variedad de enebro a la que los botánicos, por indicación del diccionario tibetano del hindú Sara Chandra Das, en la página 666, llaman “Juníperos excelsus”. Ese arbusto, según las ideas indotíbetanas, debe, según su esencia, y por excelencia, servir para el que lo suministra, de perfume para fines del culto. Se comprende mejor esto, si observamos que los hindúes designan ese arbusto en el sánscrito sagrado, por “devadara”. Entre los mongoles que pasan por conocer el lamaísmo, los pebetes se llaman “Küdschí”. Esas finas velas humeantes consisten en una masa dura, resinosa, proveniente de una especie de junípero, cuyo porte según los investigadores autorizados, Przewalski, por ejemplo, alcanza a veces, la notable altura de tres metros. Las velas usadas en el culto lamaico son más pequeñas que las de la China. Además, en las iglesias lamaicas no debe sentirse ningún almizcle, pues como ni las cobras ni los lagartos soportan su olor, podrían ahuyentarse de los templos. Para impedir que también se extingan los seres menores en los templos debido a las velas humeantes, los monjes, protegen durante la estación ardiente debajo de una linterna, como lo refiere en su libro el ya citado doctor Fílchner.

Como los mandamientos budistas mandan no perjudicar a ningún ser viviente, el lamaísmo también aplicó esa regla y a eso se debe, en suma, el que se prohíba prender las velas chinas; pues en su fabricación entra el cebo, que también es producto animal, recubierto de una capa de cera. Por lo tanto, esas velas dan humo feo que deposita un sedimento y obscurece las imágenes del altar.

Además de las velas humeantes y de los vasos mencionados, en el lamaísmo se conocen los incensarios parecidos a los que usan los católicos aunque un poco diferentes en su forma y acabado, como en su mayor peso y tosco trabajo de mano. Pero, en el lejano Tíbet, se conocen elegantes tipos de vasos para el servicio del culto. Al respecto, Austin Waddell, miembro de la conocida expedición inglesa a la capital de ese país, nos informa en su libro “Lasha and its Mysteries”, que Dalaí Lama mandó fabricar a un joyero de París incensarios de oro. También se encuentran ahí algunos de Pforzheim, cuya marca está inequívoca a primera vista

La diferencia en el uso de los incensarios está en el que el monje oficiante no lo hace oscilar suspendido en cadenitas, sino que se sirve de un corto cabo. En el culto lamaico se queman diferentes resinas denominadas con el término general tibetano “dug ba” (b dug pa, más arriba “bdug spos”), o también “ssang” (escrito “bsang”). Es interesante anotar que los mongoles que importaron para su idioma la expresión tibetana, asimilan todavía la del mongol puro “íden” (escrito

“idegen”), a la nutrición (entiéndase alimentos). De modo que el incienso en ignición o el perfume del vapor que se desprende y sube, equivale de alimento, de manjar, a la divinidad. La expresión total, medio tibetana, medio mongólica, es “ssang-uniden”. En los claustros que no se pueden dar el lujo de emplear incienso legítimo en forma de resina, hallamos, tal como entre los israelitas, hierbas odoríferas, que reunidas se queman después de secas y pulverizadas.

Los incensarios suspendidos por cadenitas se llaman entre los tibetanos “boí-por” o “bo-por” (escrito “spos por”), lo que, descompuesto, significa, “vaso de incienso”. Los mongoles emplean la misma palabra. La expresión “hacer subir incienso a los dioses”, se traduce en tibetano por “lha-la podschi dugba”, y en mongol “tenggrí-dür anggílachu”. Séanos permitido referir ahora un interesante giro muy opuesto según Sara Chandra Das, de la literatura tibetana; “ssabhg ssel” (escrito “bsangs bsel”) . Conforme refiere ese escritor hindú ello significa: incienso que borra la mancha (en este caso, el pecado, la culpa). Comparemos esta misma idea con la acción del incienso, que tuvimos oportunidad de conocer, por idéntica costumbre de los cristianos coptos, según la cual el creyente confiesa sus pecados ante el incienso y espera, de este modo, obtener el perdón de ellos. Según el obispo Leadbeater, eso sucede porque nuestros pecados y faltas repercuten en el cuerpo astral y son eliminados por los perfumes que tienen acción astral. A esto hay que añadir que en el lamaísmo se conoce todavía un acto religioso especial, y que se refiere a las velas que dan mal olor cuando se queman. Es un rito, según el cual, por el poder mágico de un Lama, dotado de capacidades especiales y conocimientos tántricos, todos los pecados de la respectiva comunidad se condensan en un títere de pasta, con cara de hombre, o un pastel oblativo (en tibetano, “gtor ma”).

Las emanaciones de sustancias vegetales mal olientes, al arder, suben y envuelven, según este ritual, la figura de pasta. Su destrucción se hace siempre fuera de las murallas del claustro, y los monjes, que hasta allí conducen a la víctima, se cubren con una fina red la boca, para no ser damnificados por la imponderable exhalación de la funesta figura. Si la víctima tiene figura humana, es despedazada al llegar al lugar de su destino, lanzados a la estepa sus pedazos y, las más de las veces, quemados en una hoguera.

La gran significación que los budistas atribuían a la fabricación de los perfumes para los dioses puede deducirse del hecho de que “Magajuna” uno de los más notables filósofos del budismo “Mahayana” haya compuesto en sánscrito una obra sobre la preparación de velas perfumadas, trabajo del que subsiste hasta hoy una traducción tibetana. El título alemán sería, más o menos: “Perlenschnur Des Kleínods der Waíhrauchbereitung” (en español: Collar de perlas de la Joya de la preparación del incienso). A ningún médico, sacerdote hindú, de cualquiera región del país le es dado ignorar ese libro.

Merece especial atención, el hecho de que el lamaísmo tenga figuras santas modeladas en barro, al que le agregan gran cantidad de hierbas aromáticas. Sí,

hay algunas de esas figuritas hechas exclusivamente de materias aromáticas comprimidas y que sólo sirven para fines del culto o para fines curativos. Entre esa colección debemos destacar las estatuas de Buda, conocidas con el nombre tibetano de “dscho” (escrito “jo”, por abreviación de “jo bo”), esto es, del señor o “maestro”, que vamos a encontrar tanto en Lasa (capital del Tibet) como en el claustro mongólico “Erdeni Dsu” y, el precioso “dscho”, y en Pekín. Todas ellas, lo que es más importante para nosotros, son talladas en la tan apreciada y por sobre todas las maderas la más olorosa, el sándalo (Síríum, Myrtifolium) , en sánscrito “candana”, y por los tibetanos conocido con el nombre de “tsandan”.

Cuando en la literatura lamaica se alude a estas estatuas, se desprende inmediatamente que son de madera. Fuera de eso, en todas partes, en el Tíbet y en Mongolia, se emplea la medula del sándalo oloroso, del que hay gran variedad, para la preparación de perfumes y muchas veces como base medicinal. En cuanto a su empleo en el culto hay un libro que se titula: “La sublime oración del sándalo”.

Otro específico aromático es el “akaru” que sirve, entre otras cosas, para la fabricación de las varillas oficiales de los sacerdotes-guías y de los médicos iniciados. A veces los recipientes (tazas) que entre los monjes lamaicos substituyen los antiguos platillos para las limosnas búdicas, son hechas de esa clase de madera. Además, del techo de los templos de Lama, penden bolas de paño, por lo general muy grandes, que constan de once almohaditas o saquitos cosidos, dentro de los cuales se colocan diversas hierbas fragantes que embalsaman el aire.

Según lo dice el profesor Pozdnejes, estas bolas se llaman entre los tibetanos y mongoles “tschimapurma”. No es necesario decir que allí comparecen los enfermos que buscan curación mediante la aspiración del perfume. Es preciso anotar que en todos los altares de los lamaístas figuran dos bacinetas para el sacrificio; una con una vela perfumada y la otra llena de agua saturada de esencia.

En muchos conventos de Lama, de las regiones del Buthan o Síkkim, que están en regular comunicación con los angloindúes, vemos que se ha substituido el agua perfumada de los altares por joboncillos de proveniencia inglesa. Como se ve, con esto los lamas llegaron a la conclusión de que tal procedimiento disminuye en mucho los gastos que les impone el culto. Es algo casi imposible colegir, de la voluminosa literatura lamaica, todos los pasos que dicen relación con las esencias o que hacen alusión a ellas. Podemos traducir dos estrofas referentes a las mismas, de un devocionario lamaico. Ese texto sólo existe en idioma tibetano y se remonta a un escrito del antiguo y venerable sánscrito, el “Aryabhadracaryapranídhana-raja”.

Dice así:

Flores sublimes, escogidos rosarios de florecillas,

Música y ungüentos de deliciosa fragancia,

Luces esplendentes y los mejores perfumes

Traigo a los victoriosos (los budas)

Magníficas túnicas y extra finos perfumes,

Saquitos llenos de pebetes partidos,

Iguales en número a las montañas del Mirú,

Y todas las más lindas creaciones

Traigo yo a los victoriosos.

Completando lo dicho anteriormente, mera muestra de las indicaciones valiosísimas sobre el empleo de esencias en el culto lamaico, hay que agregar todavía, que en los atrios de muchos templos se encuentran grandes urnas donde, durante ciertas festividades, se queman sustancias aromáticas. El doctor Filchner, en la pág. 70 de su citada obra trae una linda fotografía de dichos incensarios. Otros incensarios más sencillos, hechos de ladrillo o simplemente de barro se pueden encontrar en los patios o tejados de las casas tibetanas y en cuyas cercanías se ven diversos emblemas místicos (ver, por ejemplo: “Mi viaje por el Tíbet”, ed. 1914, V. II, figura 14).

Los vapores de incienso y las esencias desempeñan un papel predominante en las prácticas adivinatorias del lamaísmo, poniéndose en trance el medium por influencia de ellas. Frhr von Perckhammer, hizo un cuadro que no ha sido expuesto hasta ahora, en el que se representa a un lama, en el patio del Yungho-Kung, en el templo de la Eterna Paz, presagiando justo a un incensario.

Entre los utensilios del templo budista ya sea de la China, Corea o Japón, encontramos una serie de accesorios destinados a servir de recipientes en la cremación de esencias: cacerolas, bacinetas y urnas, muchas veces de una semejanza pasmosa con los conocidos “katzi” de la iglesia ortodoxa. Todavía no encontramos en el culto nipón de Buda, en ninguna parte, el incensario suspendido en cadenas de correderas, que vimos en el lamaísmo. Merece tal vez mención en lo tocante a las correlaciones entre esencias y religión, el hecho citado por Chandra Das, en su Tibetan-English Dictionary (Calcuta, i 902, página 653) ; y es que el lamaísmo originario de las indias reconoce un grupo de semidioses y genios, llamados en sánscrito “Gandharda” y por los tibetanos “Disa” (escrito “Dri za”). Ambas expresiones significan literalmente

“consumidores de perfumes” y son tenidos por seres imaginarios, venidos de una zona aromática de profusa vegetación, el “Gagdhamadna”, en el Himalaya.

Según Jaeschke, célebre misionero, los tibetanos creen que esos “disas” pueden tomar la forma de insectos, y que no sólo pueden revoltear por las florecillas y otras plantas olorosas sino también sobre los montones de basuras y cadáveres y alimentarse de sus olores predilectos.

Ciertas escuelas de misterios en la India enseñan que las larvas astrales se alimentan de las exhalaciones de los morfinómanos y alcohólicos. Que esos seres, incitan a sus víctimas a absorber continuamente las drogas venenosas y de ahí deducen que tales pacientes sólo se pueden curar cambiando dichas exhalaciones, mediante la aspiración de ciertas esencias. Volveremos sobre esto más adelante.

Nota. Valiéndonos de las prescripciones de esas escuelas hemos podido curar alcohólicos, morfinómanos y víctimas de otras drogas heroicas donde habían fracasado otros tratamientos.

CAPÍTULO CUARTO

Plantas aromáticas del Oriente

No sólo la iglesia greco-oriental (ortodoxa) tiene de común con la iglesia romana de occidente el uso del incienso, sino también otras iglesias de oriente, como la armenia, la copta, la siria, la abisinia, la índica de los llamados cristianos tomistas y hasta los gnósticos, etc.

Para el incienso no sólo emplean el conocido incensario suspendido por cadenas de corredera, sino que especialmente en los pueblos balcánicos y en las sectas del rito antiguo de la iglesia rusa, se le echa en un vaso metálico más liviano, que consiste en una concha de superficies adyacentes unas a otras, la que se fija en un mango de tamaño determinado. En los Balkanes, ese utensilio se llama “katzi”. Podemos ahorrarnos de dar la etimología de la palabra que se emplea tanto en el lenguaje eclesiástico de los griegos como de los rumanos y rusos. Probablemente proviene de la expresión turca “Katzani” que quiere decir caldera, aun cuando por otro lado parece emparentada con la raíz eslava “kad”, que significa, como lo explicamos, sahumar. Hay que advertir como muy explicable y comprensible, que tanto en griego como en los idiomas eslavos, las expresiones de incienso, de sahumar, decazolita, se asocia al significado de una planta fuertemente aromática. Para el griego, el “thymian” (*Thymus serpyllum*) no solamente como entre nosotros conocido como hierba comestible, sino también curativa, llamada en alemán “Feldquendel” o “Feldkümmel”. (En español, alcaravea, comino del prado y una de las variedades del tomillo.)

Nuestro tan común “thymian” (tomillo), no es sino un derivado de “thymos”, expresión que todavía se usa en griego moderno como una expresión botánica, escrita y hablada, para determinar las plantas en cuestión. El pueblo dice “thymari” y de esa raíz salieron “thymiazein” (fumigar) “thymiamia” (fumigación, sahumario) y “thymiaterion” (cazolita).

En vista de la acción estimulante que produce el “thymian” o tomillo, cuando se le restriega entre los dedos, especialmente en las constituciones débiles (las flores de las plantas sirven también para llenar las llamadas almohadillas de hierbas), no podemos rechazar la suposición de que exista, con toda probabilidad, una relación entre dicho “thymos”, acentuado en la primera sílaba y “thymós”, acentuado en la última, con el que originariamente se designó el principio vital o la vitalidad de las personas. Esa palabra se usa mucho, por ejemplo, en el idioma de Homero, para designar el corazón y el alma como sede del sentimiento y la voluntad, la pasión, el deseo, especialmente de comer y beber y finalmente del carácter. Luego se advierte cómo la forma de la palabra tiende un leve hilo de unión activa del aroma “thymian”, para el objeto de tal acción sobre el hombre, como portador de las manifestaciones vitales de las llamadas funciones. No puedo dejar de mencionar que el Montserrat, la montaña sagrada del Graal, cerca

de Barcelona está lleno de tomillo de maravillosa acción curativa. Después de cuatro años de permanencia allí, llegué a la suposición de que una buena parte de las curas maravillosas que se consiguen positivamente en Montserrat son efecto de las emanaciones del tomillo. Hice desde hace tiempo algunos experimentos con esencia de tomillo y obtuve siempre resultados asombrosos.

Pasemos, todavía, a otra planta de olor acre, muy apreciada por los eslavos confinados en la más áspera región septentrional. Es el enebro (*Juniperus communis* y otras especies). Los polacos eslavos lo llaman “kadik”.

También la población de la Prusia Oriental y Occidental y de la antigua provincia de Posen, conocen por ese nombre al aromático arbusto. La raíz de la palabra eslava “kadik.” la encontramos nuevamente en las expresiones que aquí nos interesan en todo el vasto campo de la lengua de la iglesia eslava o, según los lingüistas, paleobúlgara. Allá se dice por incensario y sahumerio, “kadílo”; por sahumar, “kaditj”, y por perfumación, “kaschdenije”.

Como materias aromáticas para quemar en defumaciones en los incensarios o braseros sobre carbón de madera, como se hacía antiguamente en Alemania para planchar ropa, notaremos resinas de diversas procedencias, las más con otros agregados vegetales, cuyo valor es a veces grande. La palabra griega “ladanon”, de la que también se sirven los eslavos como “ladan”, sirve de término general para designar cualquier incienso.

En las iglesias más pobres de las poblaciones eslavas se quema enebro, a falta de algo mejor.

El incienso resinoso llega en fragmentos amorfos con aspecto de goma arábiga o, en las mejores y más perfumadas cualidades, aparece en el mercado como preparado duro, y es pulverizado antes de usarlo. Las especies más finas, que dicho sea de paso, la iglesia católica quema en sus festividades, consta de muy variadas plantas y substancias minerales, cuyo examen microscópico ofrece un cuadro multicolor. El uso del incienso es más frecuente en la iglesia ortodoxa que en la católica romana y, en la iglesia armenia, donde el incienso es llamado “gntroug”, el oficio divino permanece completamente envuelto en nubes perfumadas.

La víspera de los domingos y días festivos, o al menos la víspera de estos últimos, el sacerdote ortodoxo bendice, en medio de la iglesia, cerca de cinco (panas), hostias, viáticos y, por cada taza de harina y vino, un vasito de aceite. Con el aceite, el sacerdote, una vez terminado el oficio de la mañana, unge a los fieles haciéndoles una cruz en la cabeza con un pincelito. La víspera de las festividades se agrega al aceite, exclusivamente para tal ocasión, una cierta porción de un óleo perfumadísimo de rosas, cuyo aroma difundido intensamente por todos los ámbitos de la iglesia acompaña a los fieles hasta su casa. Los enfermos se ponen ropa limpia y aun cuando sea mera sugestión, son

innumerables los que aspirando ese perfume se curan de sus dolencias. El óleo más caro y mejor se compra en Bulgaria, donde se cultivan grandes campos de rosas fragantísimas, con este fin especial. También en la Venecia de México, Xochimilco, cerca de la capital, hay islas enteras plantadas de rosas, y los indios, según antiguas costumbres, exprimen las hojas para sacar de ellas un extracto que aprovechan para curaciones.

Para la fabricación de otra especie que también se usa en el culto de la iglesia ortodoxa griega, la reina de las flores proporciona su incomparable esencia, especialmente para la destilación del agua de rosas, que además de ser muy limitada, tiene comparativamente raro empleo. Los antiguos usos en los misterios de los Mayas prescriben como oblacones no solamente mariposas, sino especialmente rosas. Idénticos usos encontramos en la iglesia gnóstica, donde se queman rosas en el altar y hasta allí se llevan enfermos para que se curen con su perfume.

CAPÍTULO QUINTO

Substancias odoríferas y otras entre los Mayas, Incas y Aztecas

Investigando bajo las deducciones paleoepigráficas del Profesor Hermann Wirth en las ruinas de las islas de Pascua, en las de Yucatán y en sus exploraciones a la misteriosa Eleusis, consagrada a Demeter, en Grecia, llegamos a la convicción de que todos los citados cultos fueron precedidos por los primitivos misterios nórdicos. Ellos dieron los primeros pasos de lo exotérico hacia lo esotérico (de lo público hacía lo oculto). El uso de las plantas sagradas y de los perfumes se originó allí. Lo mismo puede decirse de los sacerdotes Mayas e Incas o de los adeptos de los templos egipcios, que cultivaban plantas olorosas y usaban pebetes. No sólo se les usaba como extractos para embalsamar cadáveres, sino también para preparar cierta atmósfera por medio del humo, en sus templos, a fin de influenciar el ánimo de sus prosélitos. Ciertamente es que en Oriente se encontraban las regiones de los perfumes, pero también las civilizaciones americanas conocieron el empleo de las esencias y todavía hoy día se encuentran indios quetchuas y aimarás, que viajan al pie del altiplano de los Incas, por toda la América del Sur, Central y México, ofreciendo hierbas sagradas y esencias. Hay curanderos que buscando hojas de coca recorren en el día treinta millas, sin sentir el menor cansancio ni fatiga, y que recuerdan a los ascetas semivolantes del Tíbet, (escritos por la señora Neel en su libro sobre el Tíbet).

A este respecto, podemos recordar que cuando Cortés llegó a Méjico y Pizarro al Perú, fueron enviados a saludarlos delegaciones del Rey de los Aztecas, Moctezuma, y, respectivamente, del Jefe de los Incas. Lo primero que llevaban de regalo eran esencias para preparar el terreno hacia un entendimiento recíproco. Cuando firmaron la paz, las partes siempre estaban fumando, lo que después se conservó bajo la forma de la pipa de paz. Sería de desear que el usual champagne de hoy en las conferencias (véase Ginebra), fuese substituido por esencias compensadoras.

Pero, volviendo a los Aztecas e Incas, podemos demostrar hoy que las pocas enfermedades y epidemias que entonces había, se curaban con relativa facilidad por medio de esencias y baños. Una forma especial de la sífilis, que, por lo general, desaparece comparativamente con facilidad y que no tiene consecuencias, vino de México y tenía su divinidad particular. Esa divinidad, exactamente murió, según la leyenda, en sacrificio voluntario al sol y le dio a éste la fuerza de curar esa enfermedad por medio de sus rayos. Es conveniente leer cómo juzgaban los sacerdotes médicos las sangrías y otras prácticas de los médicos españoles y cómo las repelían con indignación, pues según ellos, eran más perjudiciales que útiles a la salud.

No es menester, entretanto, ir tan lejos. Podemos apelar al libro mayor de la literatura mundial, la Biblia, y ahí encontraremos que los profetas Ezequiel,

Isaías y Moisés, prescribían el uso de las esencias, y el sabio Salomón dio instrucciones precisas para la fabricación de pebetes con fines médicos y para el culto. También el pueblo de Israel, siempre comercialmente bien dotado, como ya dijimos, y hoy todavía se revela entre los judíos, se servía de las esencias para trocarlas por armas.

Como ya lo indicamos anteriormente, los pueblos primitivos se valían de un sueño especial y artificial para el que aplicaban sus medicinas, entre ellas las esencias, para curar enfermos. Los mexicanos tenían además del “peyotl”, otras plantas medicinales, que alcanzaron gran influencia en todos los países del mundo, entre ellas el tabaco. Apenas llegaron a México los primeros españoles encontraron fumando a los nativos, y no pensaron que ese hábito iría a influir tanto en la vida cultural y económica de toda la humanidad. Las hojas de tabaco eran apretadas en tubos y puestas a secar; después se tragaba el humo. Fuera de eso, había en los templos grandes recipientes en los que se quemaban hojas secas de tabaco. Lo interesante es que en los escritos con figuras del “Codex Troano”, se representaba a los sacerdotes fumando. Por Sahagún, el gran sacerdote católico, sabemos que del tabaco se preparaba una especie de bebida, que provocaba el ya mencionado sueño especial. La receta que todavía conservan los indios, no se la revelan a nadie. En ciertas ceremonias rituales, los sacerdotes deben fumar. Esa misma costumbre la encontramos más tarde entre los indios tupís que ejecutaban sus danzas guerreras fumando. En el Código (farmacéutico) florentino hallamos igualmente un cuadro en el que los sacerdotes deponen pipas en el altar y, además, un dios representado con los adornos del dios solar, Tonhatiu, y el dios del viento, Quetzalcoatl.

En la fiesta de Quetzalcoatl, los fieles de rodillas, se presentaban cachimbas (pipas). Asimismo en el alto relieve del altar de Palenque, vemos que la divinidad ostenta por supremo emblema una aureola de humo. En las pirámides y templos se quemaba incienso y en la composición del incienso tenía un papel preponderante el tabaco. Éste conocido por flor Habana, proviene de México. En realidad, el hábito de fumar se esparció del país sagrado de los Mayas, por el mundo entero.

Los etnólogos no ponen en duda el que haya sido México la patria del tabaco y del chocolate. También fueron los Incas del Sur los primeros que plantaron patatas. Hoy es muy difícil acentuar la significación de tales productos en todos los países. Es de sentir solamente que la preparación de perfumes de esas plantas haya pasado al olvido y tengamos que recurrir a los papiros en busca de los rituales de los oficios divinos. Las patatas, cacao y tabaco eran plantas sagradas, empleadas sólo y para los consagrados del dios. Fue mucho más tarde que los españoles los hicieron accesibles a la gran masa y de ahí al mundo entero (sacrílegamente, según la opinión de los naturales).

Cuando pensamos en la importancia que para todos los pueblos de la tierra tienen esas tres plantas arrancadas del conjunto de un pueblo, nos inclinamos a suponer

que existen muchas cosas más en los misterios mejicanos, de no menor importancia.

Durante los primeros años de matrimonio, a las esposas estaba vedado fumar, pues ya conocían su pernicioso influencia en la concepción. Es por eso que ello induce a pensar que la inmensa disminución de la natalidad en el mundo se deba, en gran parte, al hábito de fumar que han adoptado las mujeres.

“Palíoquina” se llama en el Golfo de Darien a los curanderos, y en las “Tradiciones y cantares de Panamá” el folklorista Garay nos describe cómo los sacerdotes indígenas aplican las esencias aromáticas al son de cantos mantrámicos, mientras los enfermos son envueltos en una nube de humo y de perfumes.

Lo más admirable es que el curandero, al ver las notas empleadas por nosotros en la escritura de la música, se apresuró a transcribir las suyas, siendo digno de notar que las transcritas por él eran las mismas Runas conocidas que encontramos en las tradiciones nórdicas, es decir, las “Runas”, “Hombre”, “Dios”, “Vida”.

Y estos mismos indios aseguran que existe correlación entre tono, color y perfume, asunto a que hemos de volver más tarde.

Siendo el maíz el alimento principal de los antiguos como en los actuales mexicanos, diremos que con él se preparaban muchas cosas y, entre ellas, sustancias odoríferas.

En uno de sus códices antiguos, manuscrito, se ve a una mujer cocinando maíz para sahumeros, y el texto dice: “auh in izquitl ín quincequía uel ípan onmolonja on motecaica icematonaoac tia quivelmatía” (y el maíz que ella tostaba se esparció por todos los habitantes del mundo y, cuando los toltecas olieron el maíz tostado, les olió muy bien).

La fabricación de perfumes y esencias hizo que se llegara a la ciencia moderna del asfalto. Sabemos aún, por las narraciones de los conquistadores europeos, que los antiguos mejicanos ya conocían la extracción de esencias del asfalto (alquitrán) , otra prueba de la altísima cultura de ese pueblo.

En el calendario mexicano, los festejos de la primavera comienzan con el sacrificio de las criaturas en el altar de los dioses Tepictoton y otros en el templo de Tlaloc. La población mexicana en los primitivos tiempos de los aztecas y mayas se calcula en más de 8° millones. La mujer mexicana es sumamente fecunda, y aun hoy no son pocas las Familias de 20 y más hijos, de modo que así puede comprenderse este uso religioso empleado para contener el fuerte aumento de población. Esas inmolaciones fueron descritas por los sacerdotes españoles como horribles crueldades, sirviendo ellas de pretexto principal para que los

colonizadores españoles arremetieran contra la religión y el culto de los indígenas. Cuando comparamos sinceramente hoy día los crímenes que se cometen en torno al artículo 218 del Código penal alemán, tal vez notemos un “plus” para la moral de México en aquellos tiempos remotos. Con respecto a las inmolaciones humanas, es preciso decir que los mexicanos creían en una reencarnación; cada una de esas criaturas se volvía una especie de dios que partía para una más alta encarnación. Los sacerdotes de Tlaloc que practicaban actos, para nosotros tan horribles, ostentaban los colores del culto solar y estaban provistos de un saco de copal. Quemaban el incienso y éste, hecho con resinas de árboles sagrados, se mezclaba a los vapores que se desprendían de los corazones incendiados de las víctimas moribundas y eran ahí aspirados ávidamente por los creyentes, para encarnar en sí mismos las fuerzas espirituales de las criaturas. Estaban como en la presencia de dioses y dejaban que el vapor actuara en ellos como un misterio.

Si estudiamos las condiciones de las guerras actuales y observamos que los beligerantes apelan al mismo dios implorando victoria para sus ejércitos, nos ha de complacer el relato del cuadro que describimos a continuación y tomado del antiguo país civilizado de los aztecas.

En la vasta planicie mexicana acampaban varias poblaciones. Las más conocidas eran los Mexitis, cuyo nombre fue el que sirvió para designar el país; venían después los totonaques, los otomíes y muchos otros, que por lo general peleaban entre ellos, esas guerras no eran tan brutales como las nuestras ni de exterminio. Hasta cierto punto la guerra figuraba como un acto sagrado, Debemos comprenderla como una lucha de los propios dioses que se debía decidir en la tierra. Los hombres eran los instrumentos y los enviados para ello de los dioses omnipotentes.

En determinadas épocas y por intermedio de delegaciones previamente designadas, aparecían los adversarios, vestidos de guerreros, en las arenas del combate. Se utilizaba un gigantesco templo en las dos plazas principales y delante de ese templo se realizaba una ceremonia sagrada real, del modo más dignamente posible, quemando perfumes y olores exquisitos en su puerta. Mediante los vapores que ascendían imploraban a los dioses para que bendijesen las armas de ambos contendientes. Entonces, las sacerdotisas, puestas en trance, indicaban el tiempo y lugar en que debía realizarse el primer encuentro.

Las batallas se trababan en forma caballerosa. Una vez terminada la guerra volvían juntos para la capital del vencido, a fin de firmar satisfactoriamente la paz, que celebraban con grandes ceremonias y perfumaciones de acción de gracias a uno de los dioses.

Entre nosotros, por el contrario, vemos el descortés tratado de Versalles, firmado por los modernos pueblos civilizados que en todo instante discuten las altas conquistas de su cultura.

¿No sería lícito pensar con cierta razón en la conocida frase de Seume: “Mirad, acaso nosotros los salvajes no somos todavía gente mejor”.

CAPÍTULO SEXTO

Culto y Medicina

Tendamos ahora el puente del terreno religioso al de la medicina, aun cuando a veces sea menester tocar nuevamente la religión.

Un tema sobre el cual todavía hoy día y debido al mal trato infligido por los sabios, bien poco tenemos que decir, es la medicina de los pueblos lamaicos. Sin embargo, hay una cosa cierta, estrecho es el lazo entre la acción religiosa y la médica, y en el lamaísmo la actividad del culto y de la medicina se hallan reunidas en la persona del sacerdote. Sucede esto hasta tal punto que ahí pocas veces el médico es sacerdote, pero al contrario, el sacerdote es siempre médico. La admisión al estudio de la medicina lamaica presume una práctica obligatoria de trece años, con todos los especialistas budistas, tal cual lo enseñan en los claustros. El monje que venciera con éxito esa ardua tarea, debía hacerse la idea de ser discípulo del Esculapio búdico y, después de un año de estudio, recibirse de médico titulado.

Evidentemente que ahí también aparecen “médicos no recibidos y charlatanes”, pero allá es el éxito en los resultados quien define.

Ya dijimos que habíamos de renunciar a examinar más de cerca la medicina lamaica. Hay, sin embargo, una cosa cierta: La medicina lamaica trabaja con un repertorio bien organizado, a su modo de ver; en él desempeñan un papel preponderante las esencias de origen vegetal. Salta a la vista que los lamaístas no conocen las combinaciones químicas. Pero, como hijos de la naturaleza, son sus celosos observadores y tal vez con sus ojos y la prolongada experiencia de siglos, vean más que nuestros penetrantes reactivos y nuestros lentes microscópicos.

La predominante del tesoro de la medicina india consiste en esencias aromáticas, siendo las más oriundas del reino de Flora. Es digno de notar aquí que la farmacología de las materias aromáticas no se restringe a las olorosas, comprende otras que para nuestro gusto no merecen tal designación. Ellos agrupan estos perfumes en cinco categorías, a saber: repugnante-penetrante, picante, aromática, según el sentido nuestro, rancia y azumagada. La misma división hacen los chinos.

A fin de dar, finalmente, al lector una idea sucinta de cómo sabe acumular la medicina del lamaísmo las esencias de las plantas como factor activo, vamos a traducir aquí algunos datos del primer capítulo de “La Quintaesencia de los remedios”, obra cumbre de la medicina lamaica (en tibetano: “bdud rtsí srjñg po”; en mongol: “rasian-u jirüken”), que tiene especial relación con todo esto.

Se describe allí una ciudad situada en la India, en cuyas murallas se dan lecciones de ciencias médicas. Está cercada de jardines floridos y fragantes donde se producen las más excelentes hierbas medicinales. Se enumeran una a una estas plantas. Nosotros sólo citaremos algunas de ellas, como la granada, la pimienta, el sándalo, el alcanforero, la canela, etc. Cuatro montañas circundan la ciudad orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, de modo que cada una de ellas produce sus plantas características. En esta obra se describen las fuerzas curativas inherentes a cada planta, entre las que se describe particularmente su perfume. “Con el perfume de sus fragantes, espléndidos y agradables remedios, de cuyas propiedades activas están llenas sus raíces, tallos, retoños, hojas, flores y frutos, se calman todas las dolencias de cualquier persona.” Es de mencionar, todavía, que la montaña que está al oeste de la ciudad y en cuyas faldas crece la “arrura” (*Terminalia chebula*) la planta panacea de la medicina indotíbetana, se denomina expresamente “montaña olorosa”. En el idioma tibetano se llama “boj (bo) dschí-Ri” (escrito: “spos kyj ri”), en cuya primera sílaba “boi”, reconocemos inmediatamente aquella palabra que antes encontramos para significar el incienso. En sánscrito, ella corresponde a la expresión “gandhamadna” de la cual, como ya sabemos, provienen los “djsas”, aquellos genios que se nutren de emanaciones.

De éstas volveremos a tratar más tarde, pues también los autóctonos mexicanos contaban con ellos. Hablaremos ahora de un caso interesante. Las cuadrillas de ladrones de la Malasia (también Insulindja) se sirven de un notable veneno en el ejercicio de sus fechorías. Una campanulasia de elegante forma e inflorescencia blanca, que tiene un palmo de largo, produce, desperdiciando lo más posible una gran cantidad de polen. Cuando fresco es propiamente inóculo. Se esparce el polen sacudido de las flores maduras durante algunos días y queda expuesto al sol índico sobre las piedras; este sol abrasador hace que la masa de polen se convierta pronto en un narcótico extremadamente drástico. Los criminales se sirven de ella poniéndose una gruesa máscara (un paño mojado en la nariz) y dándolo con un tubito por la cerradura del cuarto donde pretenden entrar a robar. El narcótico, levemente, alcanza poco a poco hasta los pulmones (le las víctimas dormidas y las entorpece. Media hora de espera, y obtenido el resultado, penetran los asaltantes en la habitación, sin preocuparse de la bulla, matan a los adormecidos, echándoles en un segundo por la boca o nariz grandes dosis del veneno y así pueden dedicarse a su criminal labor sin ser estorbados.

Existe la creencia de que las serpientes atraen a los pajaritos con su mirar hipnótico; eso, sin embargo, no es verdad. Existen ciertos investigadores que suponen que todo proviene de cierto olor o especial emanación de la serpiente, capaz de entorpecer o adormecer a los pájaros y forzarlos a inmolarsse. Para ilustrar este asunto sirve la siguiente experiencia: enciérrese una serpiente en una caja de vidrio y hágase pasar por el frente a algunos pajaritos; éstos no serán influenciados de ninguna manera por la mirada del reptil. Sin embargo, si se les introduce dentro de la caja, se atontan pronto con las emanaciones. Los antiguos mexicanos que conocían mucho las serpientes ya refieren esto, y al referirlo

quisiera mencionar que los indios mexicanos precolombianos, no solamente tenían parlamentos constituidos sobre el principio de un Caudillo, tal como lo tenemos hoy día para bien de la cultura en España, en Italia y Alemania, sino que tenían también congresos científicos, a veces astrológicos, como refiere el Padre Sahagún, sino que poseían también escuelas médicas de las cuales salían médicos notables. Esas escuelas estaban ubicadas en conexión con jardines botánicos donde se cultivaban hierbas aromáticas. Remito al lector al libro “Huaxtepec y sus reliquias arqueológicas”, así como a la descripción del antiguo templo de Ome Tochlí. Habían dos sistemas de curas que se complementaban, la hidrohelioterapia y la osmoterapia. Además de eso, usaban plantas medicinales, algo de fototerapia, sistema curativo basado en la influencia de los rayos luminosos y tratamientos por hechizo o encanto complementaban estas curas, que se mantienen desde entonces hasta hoy día y de los cuales se puede aprender mucho.

Cuando tomamos un baño caliente de media hora, eso nos exige un sacrificio de tiempo y paciencia. En el antiguo México, un baño caliente saturado de todos los perfumes duraba un día entero. Yo mismo experimenté ese método y llegué a un resultado sorprendente. Un oficial americano fue desligado de todo ejercicio, por haberle inutilizado una grave hernia . Años más tarde supo de esos baños mexicanos, se sometió a tres baños en un día y alcanzó completa curación, lo que sólo parecía posible mediante una operación. Podemos suponer con razón, que tal sistema está llamado a volverse, dentro de poco, nuevamente popular y debemos recordar que eso hemos de agradecer a los antiguos mejicanos. Por lo menos nos animará a estudiar todos los sistemas curativos de los aztecas y mayas y entonces encontraremos comprobación para la Osmoterapia.

La región originaria de todos los perfumes, en la más amplia acepción del término, ha sido hasta hoy el oriente en la extensión en que se conocía en la antigüedad y la edad medía hasta el tiempo de los grandes descubrimientos geográficos. No he de admirar, pues, que todos los numerosos cultos oriundos de allí, con la larga evolución que tuvieron y en que viven hoy en parte, hayan usado en abundancia materias aromáticas de toda clase con fines ostensiblemente de culto o allegados a él.

Podríamos dejar de mencionar las ricas aplicaciones de especias en la medicina si no fuera precisamente el fin de este libro el insistir sobre ellas.

Conviene, pues, no olvidar que su empleo estaba en forma predominante sino exclusiva en manos de los sacerdotes y servidores de la religión que casi siempre fueron también médicos.

Recordemos que debían poseer un conocimiento especial de las propiedades activas de estas hierbas, especialmente los miembros de la casta sacerdotal, a quienes en el Egipto se les confiaba el embalsamamiento de los cadáveres. La opinión de nosotros, los europeos, sobre ese proceso, es que en él se empleaban,

sobre todo, substancias de aroma fuerte, contenidas en el bálsamo que así era denominado en forma general.

Sería menester escribir un libro entero sobre estos procedimientos egipcios si quisiéramos seguir de cerca la aplicación de las esencias y su procedencia en cada religión y método curativo del antiguo oriente.

Iguales resultados nos daría una investigación de este asunto entre los pueblos todavía vivos, sus religiones y prácticas médicas consagradas por la tradición e instituidas por la experiencia primitiva.

Nos limitaremos a ciertas indicaciones que nos proporciona el recuerdo o las más de las veces que hemos visto, lente en mano, de algunos actos del culto de la iglesia ortodoxa, la que con orgullo se denomina greco-oriental. Sus adeptos no se reclutan sólo en Grecia y otros países de levante; a ella se afilian los búlgaros, servios, rumanos, rusos, los del cárpato, georgianos y gran número de árabes. Hasta en Berlín hay una sede de esta confesión en su apacible iglesia, a cuyos servicios he asistido frecuentemente no sólo para escuchar su coro incomparable, sino para ver la cantidad de perfumes que gastan quemándolos ante el altar.

Naturalmente que no existen diferencias dogmáticas entre los adeptos de esa iglesia en las mencionadas naciones, en cuanto a miembros de una iglesia y las diferencias de culto sólo se limitan al idioma en que se hacen los oficios divinos.

Hemos citado entre las naciones que profesan dicho culto a Bulgaria, y es bueno recordar que esa nación tiene como más importante fuente de riqueza y producto de exportación la esencia de rosas que se elabora en los innumerables laboratorios del país con las flores que abundan muchísimo y son especialmente cultivadas a ese fin.

Cuando uno atraviesa el sur de Francia o algunas regiones de España, sus ojos pueden contemplar campos extensísimos dedicados al cultivo de la vid; en Bulgaria existen regiones enteras donde se cultiva exclusivamente el rosal.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Significado del empleo y del comercio de sahumerios y perfumes en la antigüedad y en la Edad Media

Para la recolección de las flores y la fabricación de esos perfumatorios son observadas estrictamente las constelaciones de los astros y sobre todo la marcha de la luna, a fin de prepararnos en el tiempo y fechas exactas. Los campesinos de España y de Iberoamérica saben mucho de esas cosas. De paso podemos recordar la liturgia de la iglesia católica romana para darnos una idea del uso del incienso en la Santa Misa. En muchos pueblos de ultramar, sobre todo, los católicos llevan sus enfermos a Misa para curarlos, lavándolos con agua bendita y pidiendo al sacerdote oficiante que le bendiga con incienso. Eso entre sus antepasados se hacía siempre y servía de sortilegio.

No hay pueblo primitivo, ya sea en el África, en las estepas argentinas, en las islas del Mar del Sur o en el norte de Siberia y sobre todo en la América Central y México, entre los que no se encuentren hechiceros o magos que transmiten de padre a hijo el secreto de la preparación de esencias y sahumerios y que ejercen su especial y lucrativa profesión de curanderos.

Son, pues, valores de todos los pueblos primitivos, de los que no debemos reírnos, sino aprovecharlos, llevándolos en lo posible a un nivel científico y aplicándolos en beneficio de nuestros contemporáneos.

Los sacerdotes españoles que otrora avanzaron con los conquistadores de México, destruyeron muchos documentos de aquella civilización. Sin embargo, la rica literatura transmitida por el devoto padre Sahagún y otros, nos proporciona informaciones fidedignas respecto a la preparación de las esencias y sahumerios en aquellas misteriosas partes de América.

Cuando la naturaleza es pródiga no hay que ser avaro con sus dones, y por cierto que eso no acontecía en México, y sobre todo en Oriente, pues está probado, históricamente, que en el entierro de Herodes cinco mil esclavos iban delante del cortejo llenando el espacio de sahumerios, vapores y perfumes.

Por el Nuevo Testamento sabemos que la bella pecadora María Magdalena lavó los pies del Señor con bálsamo y que los secó con su cabellera. Y por los Proverbios del Antiguo Testamento nos enteramos de que Judith fricciónó el rostro con ungüentos aromáticos.

Los fenicios, artistas en la preparación de tales medios, se lo enseñaron a los griegos y hoy, al viajar por las montañas que el sol de Homero iluminó, vemos una flora natural magnífica, especial para esos fines. Los griegos, que siempre procuraban importar lo mejor de otros países, sacaron mucho y aprovecharon ese

arte de los egipcios. En los cantos de Homero, Hera es friccionada con óleo aromático. Basta recordar las leyendas griegas de la creación de la diosa olímpica Perséfone, la historia de los viajes y andanzas de Hércules y Ulises, para ver cómo en todo, aquí y allí los griegos impregnaban de hierbas aromáticas no sólo sus vestiduras, sino hasta los muebles. Por la Ilíada sabemos que Hera se perfumaba con esencias especialísimas para atraer a Zeus, el gran dios. Hasta se conservan en los nombres de ciertos perfumes los de productos helénicos. Puede decirse que en aquel tiempo cada una de las islas griegas se hizo célebre por un olor especial de su fabricación, lo que se fue transfiriendo, de tierra en tierra, como instrumento de cambio.

Uno de los mayores exportadores en la especialidad de esencias fue la Arabia. Su cielo siempre azul que durante ocho meses da en las montañas libre acceso al sol, y que marca a la sombra una temperatura de 45 grados, difunde durante toda la noche un extraordinario rocío que influencia especialmente en las flores con un olor fuerte. Existen ahí florestas enteras de una especie determinada de enebro; ahí crecía el raro “Adenium obesum”. Es imposible fabricar en el resto del mundo incienso tan perfumado como el de esos prados tropicales. De cuán valioso era, por otro lado, el consumo del producto árabe, colíguese de informaciones interesantísimas de un escritor coetáneo, el cual evaluaba el gasto de sahumeros y defumatorios que Nerón había gastado en el entierro de Popea Sabina, su esposa, muerta el año 65 d. J., en toda la producción de Arabia podía proporcionar en un año entero. Pensemos ahora en que Arabia mantenía una gran flota. De Arabia se llevaron después los moros norteafricanos las esencias a España, de cuyas bibliotecas podríamos copiar innumerables recetas de su voluminosa literatura. De España muchas de esas cosas pasaron a la América Latina llevadas por los misioneros, y juntándose allí con las recetas de los aborígenes tenemos hoy, aun cuando algo confusas, una valiosa fuente de investigación que nos ilustra sobre el intercambio entre Europa y América, en asunto tan especialísimo.

Es imposible poder fijar los límites entre la leyenda y las primeras manifestaciones de la historia. En México, India, Grecia y la antigua Roma, encontramos innumerables leyendas y cuentos en los que se refieren curaciones de enfermos por medio de vapores y sahumeros, y de ahí puede desprenderse que esa práctica no es de ahora sino de todos los tiempos. En todos los países citados, no solamente en los templos, sino en las casas particulares se colocaban vasijas con plantas aromáticas para procurar con ellas la curación de los enfermos y alejar sus achaques, esto es, estimular el interior del organismo para su propia curación. El que no haya permanecido, ni se haya desenvuelto hasta hoy esas actividades se explica así: Los pueblos de esas épocas combatían en la arena religiosa por sus intereses económicos; desterraron, más o menos, el empleo de los defumatorios, y así obscurecieron en lo íntimo la comprensión de sus fuerzas curativas que ahora tratamos de reconstruir.

Así como los sacerdotes describieron su olimpo con todas las sobreexcelencias de su propio gusto, así tampoco se olvidó Mahoma de mencionar que los lindos cuerpos de las huríes de ojos negros eran hechos del más puro almizcle y por eso envolvían a Alá en su paraíso. El Sultán Saladino ordenó que las paredes de las mezquitas fuesen lavadas con agua de rosas y esa orden se conserva aún hoy día como un hábito.

Se protegían con todo esmero ciertas especies de materias fragantes y ciertos perfumes: Plinio, en el año 65 a. J., habla de persecuciones por causa de falsificaciones de ciertos productos aromáticos.

Más tarde, vemos que los Estados monopolizan el comercio de las esencias, rindiendo en esa época el impuesto tanto como hoy el monopolio del tabaco y del alcohol. Un ejemplo fehaciente lo tenemos actualmente en Bulgaria con la fabricación y exportación de esencia de rosas.

Así como en la Edad Media los magos y astrólogos tenían un lugar oficial en las cortes, para indicar a los señores con datos astrológicos el posible porvenir, o actuar sobre ellos, suavizándoles las desarmonías de la sensibilidad, así también había perfumistas que, llegada la ocasión, debían preparar la esencia adecuada para las recepciones. Mas no siempre estas cosas, que deberían haber sido sagradas, se empleaban con buen fin. Vemos así que Catalina de Médici, esposa de Enrique II de Francia, se valió de esencias venenosas que ocultaba en su guante para tenerlas a mano y ahuyentar a un adversario o un adorador que no aceptaba. Luis XV tenía un olfato tan especial que exigía que su cuarto fuese perfumado todos los días con una esencia distinta.

No siempre un olor drásticamente desagradable es causa de daños en la salud; por otra parte, puede, presentando síntomas que puedan relacionarse a él, ser gran peligro para la salud y en tales casos deben servir de alerta.

Se sabe que los vellitos cercanos a los nudos de la caña de la mayor parte de nuestros bambúes son aplicados por muchos salvajes con fines criminales. Se pican los vellitos con cuchillos bien afilados durante horas, secándolos después sobre piedras calientes por espacio de días enteros. Las fibritas, bien picadas al ínfimo tamaño, se curvan en gancho y en ese estado se mezclan, con instinto asesino, a los alimentos de un enemigo odiado. Éstas se enganchan a las paredes de los intestinos, los alimentos siguientes las arrastran e impelen; los intestinos sangran y ya después de la primera deposición de la comida fatal aparece la sangre. Sigue la supuración del canal digestivo y de la dosis suministrada y del número de repeticiones, depende que la víctima muera de esa desgracia a los pocos días, o hasta tres años más tarde. Cabe decir que los alimentos con esa mezcla fatal toman un olor especialmente desagradable, de forma que el que conoce este procedimiento se da cuenta inmediatamente. En Colombia, entre Cali e Ibagué, existen bambusales paradisiácamente hermosos. En un viaje que hice por ese edén, mi mujer me llamó la atención hacia la belleza de los bambúes, le

conté esa relación y pronto tuvimos oportunidad de lidiar con tales enfermos; desgraciadamente, la mayor parte de ellos estaban irremediablemente perdidos.

En la América Latina, los hechiceros se valen de todas las substancias posibles como portadoras de venenos; las más de las veces cenizas, otras sal, y hasta jabón. La víctima recibe de regalo una pastilla de jabón y poco después enferma con su uso.

Antiguamente ya se conocía el jabón de lavar; sin embargo, sólo después de 1713 se vieron en el comercio los primeros productos olorosos que constituyen hoy una industria universal. Ya dijimos que en el Tibet se colocan sobre el altar en lugar de las esencias prescritas para el culto substitutos en forma de jabones perfumados, de fabricación inglesa; y así en los últimos tiempos, los americanos dieron con una idea completamente nueva. Esto lo encontramos en un recorte de una revista; se describe en ella un nuevo truco comercial americano: “Sale with smell” (venta con perfume), y es natural que el olor ha de ser bien agradable. Después que las estadísticas establecieron, según observaciones hechas en todos los ramos importantes, que los clientes compran de preferencia las cosas de perfume agradable, fue de lo más natural aprovechar prácticamente esta verificación. El perfumista ganó inmensamente en muchos ramos. Tuvo que luchar ardentemente para conseguir dar a las mercaderías un perfume agradable. Artículos de caucho, de toda clase, que antes tenían un olor desagradable, traían de súbito olor a violetas y rosas. Los tejidos de olor azumagado o a quemado tomaban olor a perfume. Hasta los envoltorios en que los grandes almacenistas de víveres venden sus géneros toman delicioso olor. Con él se va el olor desagradable de la tinta de imprimir. Las medias de seda, el cuero y el papel para los más importantes “magazines” deben tener ahora buen olor. Nadie sabe todavía cuánto va a perdurar esa moda. Para muchos productos tratase de una moda permanente. Sin embargo, la mejor idea fue la de una firma contra incendio que esparció reclamos con olor a madera quemada.

Los fumadores saben que el gusto del tabaco mexicano es un tanto acre y el aroma, principalmente en ciertos tabacos habanos, no priva sobre todo si se les compara con los cigarrillos manufacturados en el Estado de Veracruz. ¿Cómo proceden en eso los indios? Preparada una especie de esencia de las más finas hojas del mejor tabaco la derraman en pañuelito y lo depositan en una caja llena de variedades inferiores. Los cigarrillos así tratados mejoran tanto que bien pueden comparárseles a los más finos habanos. Ese proceso debería ser recomendado al fumador mismo, ya que todo se podría perfumar al contacto con la cigarrera.

Un corifeo de la ciencia internacional, el Profesor Ballestero, de la Universidad de Madrid, dio hace poco en Berlín una interesante conferencia. Habló acerca del descubrimiento del Nuevo Mundo que fue forjado en la península ibérica e investigó las profundas causas económicas latentes en la búsqueda de un camino a las Indias. La India era el principal proveedor de toda clase de aromas y

especias. El interés por esas cosas, entre las que se incluyen naturalmente las materias primas para defumantes y esencias, fue tan extraordinario que no podía ser satisfecho por las vías normales de navegación ni por las caravanas de esa época. Se vieron obligados a buscar nuevos caminos y tierras productoras para traer a Occidente especias en mayor escala.

Al principio no fue sólo la caza del oro el estímulo para los grandes descubrimientos. Se sabe que habían en ese tiempo grandes especieros que reunían todos los medios para armar navíos y enganchar a osados navegantes capaces de arriesgar sus vidas por los planes fantásticos de aquella época. Se sabe también que no hay que dejar como de las últimas causas invocadas para el descubrimiento de América el ir a buscar una fuente de nuevas esencias, y para ello de las rutas indispensables. Es verdad que junto con las nuevas tierras se hallaron muchas materias primas de esas especias; y, entretanto, el oro y el ansia de obtenerlo cada vez en mayor cantidad, fue sofocado en los inmigrantes todos los buenos gérmenes, aniquiló la secular cultura y promovió hecatombes de vidas humanas.

CAPÍTULO OCTAVO

Los sistemas de cura conocidos y sus consecuencias

Ya describimos suficientemente el uso del incienso y esencias en la vida religiosa de los pueblos, pero sólo ligeramente dijimos que esos mismos productos son empleados como remedio.

Podríamos ahora, bajo el aspecto de la historia de la civilización, alargar la materia y agregar, aquí y allí, muchas cosas interesantes y explicarlas. Sin embargo, la idea de este libro no es sólo, documentar la osmoterapia en la literatura religiosa antigua, sino es establecer hoy las posibilidades de valorizar la utilización y realización de los olores y perfumes en la curación de los hombres.

Se nos presenta, irremisiblemente, una pregunta: “¿En este asunto, vale la pena presentar algo nuevo? ¿No estamos saturados de sistemas y medicinas?”

Cuando examinamos el laberinto de las medicinas en el que anualmente se abren cuatro o cinco brechas, medicinas que aparecen a veces como simple moda y que luego desaparecen, la frecuencia de tales novedades suscita, naturalmente, dudas. Se dirá: “ya esperábamos con alguna certeza esta otra, que alguien se propusiera curar a los hombres con perfumes y sahumerios”. “Ya hemos tolerado resignados la cura de agua fría del Padre Kneipp, al espiritista Weisenberg con su queso blanco, la cura por medio del “torrente del vientre” y otras; “pero ya es de más el tener una cura por aspiraciones, defumaciones, perfumes curativos, etc., cosas que entran en el terreno del lujo, de los muestrarios de los peluqueras e institutos de belleza”.

Nos permitimos rogar al lector que tenga paciencia con este libro y no emita su juicio hasta el final, sobre todo si abandonó un consultorio médico sin obtener la cura deseada. La Osmoterapia vendrá a ser algo especial, principalmente legítima, que ha tenido por padrinos el entendimiento humano, la razón y la lógica, pues es una herencia tradicional que estamos obligados a propagar hoy en gran escala a todo el mundo.

En todo momento se presentan personas que sienten y perciben fuertemente, aun cuando no todo, fuerzas y corrientes invisibles a nuestra corta vista. Goethe, por ejemplo, trata en su “Fausto” de todas esas cosas y tiempo ha de venir en que se vuelva también a la comprensión de su teoría de los colores.

Veán el gran descubrimiento del día: “la radio”. Cuando conversamos todas estas cosas con personas ligadas íntima y sensiblemente con la naturaleza ya sean navegantes del mar o del aire, comprendemos entonces la frase de Shakespeare, puesta en boca de Hamlet: “Hay más cosas en el cielo y en la tierra que en tu vana filosofía.” Pasma oír cómo debate la gente sobre cosas que aun son tan

secretas. En los últimos años hemos aprendido a ver muchas cosas de los salvajes con otros ojos y a no rechazar lo no probado como supersticiones, sino probar y al contrario, investigar, escudriñar y aplicar los viejos sistemas y procesos ajustándolos a los actuales. Nos quedan siempre dudas; buscar, para esclarecerlas, nuevas rutas es nuestro deber.

Al dejar, recientemente formada, la Facultad de Medicina, ¡Dios sabe lo que supuse!; pero luego después en la clínica, busqué con mi ignorancia y encontré otros maestros entre los aborígenes de la América Latina. Fue mi camino.

Esos indios no habían perdido el contacto con la naturaleza, con el cosmos, el todo y los hombres; sabían observar a los animales, Los perros y los gatos, nuestros animales domésticos, cuando enferman, aunque por su constitución interna sean carnívoros, buscan hierbas, plantas, para curarse. ¡Qué instinto tan admirable, tan maravilloso! Los indios, desde tiempo muy antiguo, hacen algo parecido; pero así como en los animales es el instinto quien los mueve, en los hombres es la intuición.

Aquellos pueblos primitivos tenían templos y colegios regidos por sabios sacerdotes, los cuales hicieron estudios admirables en botánica; comprobando que no sólo es la raíz, el tallo, las hojas, sino también la flor y el fruto, los que tienen propiedades curativas. En el perfume extraído de la flor y del fruto de las plantas se sintetizan todos los valores curativos de las mismas.

Dirá el lector: ¿Pero tenemos necesidad de regresar a tiempos milenarios, a los conocimientos y usos de los indios? ¿No tenemos hoy día cosas muy superiores?

TENGAMOS PACIENCIA Y VEAMOS. - Examinemos más de cerca los sistemas de cura conocidos. Tenemos, desde luego, la alopátia, medicina oficial elevada por sus especialistas a un altar de infalibilidad, ¿Quién no ha visto, sin embargo, a la cabecera de un ser querido enfermo todas las fallas de esa ciencia humana? Basta con leer la crítica de un Bernard Shaw, tijera que recorta los tejidos de la opinión médica oficial.

Allí se ve cuán débil es todo aquello y escarnece en forma más venenosa que Moliere. O bien recordemos la desastrosa vacunación de niños en Lübeck y nos horrorizaremos de ese experimento desgraciado. Es verdad que a veces aparecen en la medicina oficial innovaciones como el psicoanálisis del Profesor Freud, de Viena, o las de sus discípulos Adler, Jung y otros, que más tarde se desligaron de las ideas de Freud. Nosotros mismos refutamos al Profesor Freud y lo rebatimos fuertemente, aunque en verdad él mostró una ruta en la que considera lo psíquico y lo parapsíquico. Fuera de eso, todo se mueve en grosera base material, tratan, más o menos, al organismo como máquina impelida por energías e intentan actuar casi siempre químicamente en el grosero cuerpo material.

El triunfo todavía en la medicina oficial es generalmente empírico que dice: el remedio, si hizo bien a Juan, debe servir también a Pedro y Federico. Nadie piensa que muchas veces, las naturalezas de Pedro y Federico son fundamentalmente distintas de la de Juan.

Hipócrates, padre de la medicina, pregonaba esta fórmula: “Natura sanat, medicus curat.” Y así es, la naturaleza sana a los hombres con sus medios; es preciso, pues, estimular la naturaleza, influirla favorablemente si quiere obtener la salud. Por naturaleza entiéndese, pues, cierta fuerza inherente al cuerpo que no sólo actúa repeliendo las molestias, sino también curando. Todo impulso o reacción es fuerza curativa natural.

Más tarde volveremos sobre esto.

Por de pronto no nos satisface la alopátia reinante mientras emplea venenos, pero la respetamos, porque admite esa fuerza curativa propia del organismo.

Al lado de la alopátia tenemos entre los sistemas curativos más conocidos, la homeopatía. Su descubridor, Hahnemann, tuvo la idea de que algo debía haber dentro de nosotros, una naturaleza, una energía sanativa provocadora como reflejo, de síntomas mórbidos. Le vino después la idea genial de hacer actuar primero en un cuerpo sano los medicamentos, extractos vegetales o sustancias minerales, tal como los emplea la alopátia. Después, si provocan los mismos síntomas de la enfermedad, los incorpora a su tesoro terapéutico. Él los describe como una especie de medios excitantes de la naturaleza íntima de las personas. Los homeópatas piensan que para obtener tal excitación no hay necesidad de suministrar el remedio en dosis excesiva, maciza, al contrario, siendo esa fuerza curativa sutilísima en los actuantes, hacen mejor las dinamizaciones decimales, centesimales y aún más altas, infinitesimales.

Convengamos, pues, en que ambos procesos curativos tienen, de común, el empleo de extractos vegetales y ambos desarrollan una fuerza medicinal interna. La diferencia consiste, apenas, en la cantidad de droga suministrada. La homeopatía, como la alopátia, admite la fuerza curativa propia del organismo y por eso también la respetamos. La homeopatía es más sutilizante; y aquí por de pronto nos asalta una idea: “¿No sería posible sutilizar tal vez aún más esas cantidades hasta la forma de un gas o emanación?” Eso, homeopáticamente, es concluyente.

Vamos a los naturistas.

Los médicos naturistas, por lo general de pocos conocimientos, toman en cuenta, ante todo, esa fuerza natural y dicen: “Si existe tal fuerza o agente físico, es muy posible activarla o excitarla también por medios físicos.” Y para ello se valieron del sol, de la luz, del aire, del agua fría o caliente, de la electricidad, de los masajes y de otros agentes, como factores medicinales.

Sería preciso un capítulo especial para mostrar cuán perjudicial es a veces infundir calor al cuerpo por medio de chorros de agua fría. Con masajes exagerados, quemaduras de la piel con los baños de sol y procesos eléctricos mal aplicados, esa terapéutica se ha tornado en un peligro general.

Los sistematistas principales, como Kneipp y otros, no menosprecian las plantas medicinales; al contrario, recomiendan una serie de test para ayudar a sus procedimientos. También concuerdan con las ideas de ellos el empleo de las plantas y dentro de la naturaleza íntima ven las propias fuerzas inherentes al cuerpo, el principio capaz de efectuar la curación. Los purgantes de Kneipp han producido, mediante los áloes, dolores de estómago y trastornos intestinales.

¿Y los magnetizadores, tan populares en Estados Unidos y Alemania?

Con Mesmer surgió una nueva idea. Él, como primer magnetizador, decía: “Sí el hombre posee esa fuerza curativa interna, ella sólo puede ser de naturaleza espiritual magnética y es evidentemente transmisible de hombre a hombre.” Concibió él una especie de rayos N, una especie de “od” a lo Reichenbach, y pensó: “Si en un paciente no es suficiente su fuerza magnética interior curativa para salvarlo, debe tomarla él prestada de otro que le transmita algo de su fuerza medicinal.”

Los magneópatas creen poder alegar que poseen fuerza como los acumuladores de la que nos podemos proveer.

Veamos el peligro de este sistema. Hay hombres conocidos como “portabacilos”, es decir, personas que en sí y para sí enteramente sanas llevan en la nariz, en la garganta o en otra parte, bacilos peligrosos para terceros con quienes ellas tienen contacto íntimo, principalmente si éstas son más sensibles que ellas. Se conocen casos de magnetizadores portabacilos que han sido causa de tremendas desgracias. ¿Quién nos asegura que no podarnos caer en manos de tan nocivas criaturas? Ya que en todos los centros espiritistas dan fases que Pueden constituir un peligro.

También los magnetizadores están de acuerdo sobre esa fuerza curativa o natural inherente al cuerpo. Algunos de ellos no se convencen de esa provisión y dicen que cada persona lleva en sí, por naturaleza, la fuerza curativa necesaria. Que ésta debe ser dirigida, o mejor dicho, comandada, ya sea por el paciente, ya por otra persona. Por fin se ven los hipnotizadores y frente a ellos los partidarios de la autosugestión. Ambos tienen de común el creer que tal fuerza curativa se halla en el subconsciente. Sobre todo Coué, que es en este campo el precursor, alcanzó un éxito colosal, El psicoanálisis de Freud gira sobre este mismo plano. Hasta los “Gesundbeter”, como partidarios de la “Ciencia Cristiana” no conocen otra cosa y llaman a esa fuerza “Dios”.

Es de suponer que con tantos sistemas y escuelas rivales no habría de haber enfermos. Para simplificar las cosas bien podían acordar en cualquier sistema ecléctico. Nada de eso. Aquí también parece imperar la máxima: “¿Para qué simplificar una cosa, si aun cuando todavía complicada, marcha a pesar de toda?”

Recientemente se recomendaban toda clase de panaceas que hacían recordar a la “panacea mercurialis” de los alquimistas, y con ellas se cometen muchas imposturas y desórdenes. No obstante, no todo en ellas es falso.

Existen, puede decirse hasta cierto punto, ciertos curalotodo; de entre ellos, sólo a título de curiosidad, quiero mencionar dos. Uno de ellos es la miel de abejas y su principal elemento el azúcar.

La miel, ese verdadero preparado de los dioses, puede curar infinitas dolencias, pues encierra elementos valiosísimos, ya que las abejas saben extraer de los cálices de las flores las infinitamente pequeñas y sutilísimas substancias curativas y esenciales. Naturalmente, que el éxito medicinal de la miel depende directamente de la región de donde proviene el panal. Igualmente de eso depende el color, el olor y la calidad. La miel del valle de Luxemburgo difiere mucho en valor de la de las grandes haciendas de Costa Rica. Hay muchas veces plantas venenosas en las cercanías de la colmena. Eso puede influir desfavorablemente en la calidad de la miel, del mismo modo que influye la clase o especie de abejas.

Todos saben lo sana y nutritiva que es una buena miel de abejas, porque su principal componente, el azúcar, es un elemento básico nutritivo y curativo. Sí, es de los mejores remedios y es lástima que muchas personas lo ignoren. Con el azúcar pueden obtener maravillosas curas de la vejiga y del riñón. Para tales molestias receté hasta una libra de ese alimento con excelente resultado.

Es también un remedio excepcional contra la fiebre. A estos enfermos no se les debería prohibir jamás jarabes o limonadas con azúcar, pues el azúcar es fácilmente digerible, influye favorablemente en el curso de la temperatura y provee, además, de las calorías necesarias.

Aún más, el azúcar fortalece la resistencia del sistema nervioso y actúa calmándolo; no hay inconveniente, por lo tanto, para satisfacer la constante exigencia de los niños por ese dulce alimento. El azúcar, siendo un remedio tan sencillo, es casi desconocido en su acción contra las picaduras de insectos, de las que impide la hinchazón y evita la comezón.

En las grandes heridas, tajos en las piernas, incisiones profundas, hace mucho bien, actuando con gran rapidez y casi siempre mejor que cualquier otro curativo por más cuidadoso que sea. Tal acción se explica si se sabe que toda herida sana por medio de una secreción propia y que esa secreción descompone el azúcar en alcohol y gas carbónico; y que los dos impiden el desarrollo de las bacterias. Además, hace que las ligaduras no sean renovadas muy seguido, cosa que, aun

cuando algo antihigiénico, favorece más la cicatrización, pues la herida no se ve privada con tanta frecuencia de su humor curativo. Dejando el emplasto de azúcar durante una semana sobre la herida, es segura la obtención de una pronta curación. Miel y azúcar no hacen más que activar la fuerza curativa propia del organismo.

Podríamos seguir con otros sistemas: cura por el agua de mar, cambio de clima, etc., y decir a los colegas que no desprecien estas cosas sencillas, al contrario deben probar todo lo que puede ser útil, inclusive los olores.

Pero vamos a lo que nos interesa, Probamos que los principales sistemas terapéuticos se valen de plantas medicinales y que tales procesos tienen la pretensión de constituir la historia de la medicina. Ya vimos que los pueblos primitivos se sirvieron de tales plantas.

Para todas las medicinas hay que tener en cuenta que existe un síntoma que denominaremos idiosincrasia. Se trata de una hipersensibilidad del organismo ante ciertas sustancias. Varias personas después de usar ciertas hierbas medicinales, o bien fresas, camarones y otras cosas, se ven acometidas por la urticaria, que a veces llega a producir serios trastornos. Otros, en cambio, permanecen indemnes a tales influencias. Eso quiere decir que lo que a unos hace daño es útil y favorable a otros. Por otro lado, sabemos que hay gran cantidad de plantas venenosas que aun tomadas en pequeñas proporciones acarrearán desastres y a veces la muerte. Eso nos impele a rechazar la alopatía y a colocarnos, de preferencia, al lado de la homeopatía que sólo receta dosis inocuas, aunque no resuelva todas nuestras exigencias. Volveremos sobre esto al hablar de las enfermedades alérgicas.

Cabe preguntar ahora si al entrar los medicamentos al estómago éste no separa las sustancias químicas, haciéndolas ineficaces. Es por eso por lo que estamos obligados a buscar nuevos caminos que nos proporcionen sustancias más sutiles todavía y posiblemente más activas. Este nuevo método es la “Osmoterapia”, la curación por medio de esencias odoríferas.

Antes de entrar nuevamente en la historia directamente relacionada con las perfumaciones, quiero recordar el sistema curativo por medio de las plantas tal cual lo presenta Paracelso y que tan admirablemente nos transmitió el médico doctor Kart Zimpel, allá por el año 186° en su terapéutica espagírica.

En el tiempo en que todavía estaban fundidas la medicina y la religión, se sabía que casi todas las plantas son más o menos venenosas y que contienen sustancias vitalizantes. Esto es: que cada planta posee algo nocivo, pero, al mismo tiempo, algo curativo y benéfico.

La misión de nuestros químicos sería entonces separar lo bueno de lo malo. Eso se llama “ars spagyrica” o de Paracelso. Los sabios de la antigüedad no

publicaban estos secretos, No había entonces registro de patentes que los protegiese. Tampoco querían que un sistema elaborado con tanto celo y cuidado, fuese a perderse en el futuro. Por eso se lo transmitían a ciertas sociedades que entonces, para las nuevas generaciones de médicos, representaban como una universidad. Como hemos visto, la tradición de esas ciencias se remonta a los misterios egipcios y griegos y se completa con las investigaciones del autor de este libro en el ámbito de los misterios toltecas, mayas e incas, en cuanto se refiere a medicina.

En nuestras investigaciones arqueológicas, cuando visitamos excavaciones y museos, nos encontramos con la indubitable prueba de que los hombres prehistóricos no desconocían, ni mucho menos, las enfermedades.

En algunos jarrones que nos quedan del tiempo de los Incas podemos ver dibujos de hombres afectados de diversas dolencias: parálisis, abscesos. Interesantes son los “Etwín Smith papirus”, que se remontan a 1500 y a 3000 años antes de Jesucristo, En México, como dejamos anotado en otro capítulo de la obra, existía una divinidad de la sítilis. Cirujanos primitivos tenían que extraer astillas y flechas; y ya se sabe con qué éxito llegaron a aplicar una especie de prótesis rudimentaria en miembros mutilados. Los sumeríos (3000 a J.) preparaban remedios para combatir el dolor de muelas y hacían empastes en las dentaduras.

Los remedios que usaron todos estos pueblos primitivos fueron naturales: aire, sol, agua, tierra y plantas medicinales y sus perfumes, que intuitivamente aplicaban. Era una medicina netamente popular.

No hace muchos años, el doctor suizo Rickli curaba por la acción de los rayos solares; el Profesor Kneipp, por la hidroterapia; Schroth y el teólogo Órtel fueron los introductores de la Dietaterapia moderna, y en esta especialidad es, actualmente, universalmente conocido Bírcher-Benner. Los médicos modernos, los que saben apreciar y aplican los nuevos sistemas, son enemigos acérrimos de tanta medicina de patente. Se ha llegado al extremo de que existen inyecciones para todo, desde el simple catarro nasal hasta el cólera. Parece que el médico no tiene más que adquirir los inyectables contra la enfermedad que diagnosticó. La medicina, creernos, ha de ser menos ortodoxa y científica y más popular, y los médicos que se distancian del pueblo y de la naturaleza tendrán que sufrir las consecuencias, pues por muy adelantados que nos ufanemos, los fracasos a veces son tremendos.

CAPÍTULO NOVENO

Nuevos fracasos y éxitos

Hace unos veinte años tuve ocasión de asistir a un Congreso médico sobre la malaria. Para documentarme tuve que estudiar la historia y antecedentes de tan terrible enfermedad.

Desde las primeras investigaciones de Klebs y Tommasi Crudeli, descubridores del “bacillus malarie”, pasando por investigaciones posteriores que dieron como resultado el descubrimiento del “anopheles” como propagador de la enfermedad, hasta nuestros días, la ciencia ha hecho maravillosos progresos hasta el punto de que en la actualidad se dispone de medios eficaces para ayudar y proteger a la pobre gente que vive en regiones azotadas por esta enfermedad.

Uno de los países más castigados por la malaria era el Panamá. Como se sospechaba que las aguas sucias podían ser motivo de la propagación de los microorganismos productores de la malaria, las autoridades sanitarias del país ordenaron que en la azotea de todas las casas se instalaran depósitos de agua limpia y pura. El resultado fue contraproducente en absoluto. Pero las autoridades echaron la culpa al público a quien acusaban de negligencia y descuido en la conservación y limpieza de los depósitos de agua; por lo cual fueron dictadas órdenes severísimas y se impusieron fuertes multas. Una comisión especial era la encargada de vigilar el cumplimiento de las anteriores disposiciones y, entre los infractores, fue seriamente sancionado un pobre hombre que había dejado caer, seguramente sin intención, petróleo en su depósito. Poco podía sospechar aquel ciudadano que, sin darse cuenta, había dado en el clavo, ya que, como se comprobó más tarde, el petróleo era un medio eficaz para combatir la propagación del “anopheles”, portador de la infección.

Después de ese fracaso ruidoso, vinieron los modernos procedimientos alemanes, y ya la malaria se vence gracias a ellos.

Un caso parecido, aunque no análogo, ocurrió en Alemania. Se creía que los obreros que trabajaban en fábricas donde se laboraba con ácidos, estaban fácilmente expuestos a enfermar. Se decía, que el aire saturado de gases inorgánicos era altamente dañino y perjudicial para el organismo.

Un químico y médico experto, el doctor Kapff, hizo interesantes observaciones que dieron como resultado la demostración del error en que se estaba a ese respecto. Al visitar dicho doctor diversas fábricas donde se laboraba con ácidos se encontró con que, contra lo que venía creyendo el mundo médico hasta entonces, los obreros de estas fábricas estaban completamente sanos, y no sólo esto, sino que, además, entre ellos se desconocían las enfermedades infecciosas, los resfriados, la bronquitis, el asma, la tuberculosis, los desarreglos intestinales;

disfrutaban de excelente apetito y vivían más de lo común. Y para patentizar que sus demostraciones tenían sólido fundamento, recordó que en la antigüedad, Galeno, uno de los padres de la medicina, había curado muchos casos de tuberculosis mandando inhalar a sus pacientes las emanaciones de ácido sulfúrico del Vesubío.

Por el año 1840, hubo en Inglaterra una epidemia de cólera. Se sorprendieron los médicos de que entre los obreros de las fábricas de lana artificial, que estaban constantemente bajo la acción de las emanaciones del ácido clorhídrico, no se había dado ningún caso de cólera.

Recientemente, médicos eminentes han continuado las investigaciones iniciadas por el doctor Kapff, y se han dedicado a reconocer y estudiar a obreros que trabajan en fábricas donde se labora con ácido acético, ácido fosfórico, ácido nítrico, ácido salicílico, etc. Fruto de esas investigaciones y estudios es la naciente Acidoterapia y la instalación en importantes clínicas alemanas de inhalatorios.

Cada día son más conocidas las publicaciones del doctor Hartmann sobre la acción terapéutica de los ácidos, médico que se hizo célebre por su interesante trabajo a este respecto presentado en el Congreso Médico de Insbruck, 1924.

De todos es conocida, hoy en día, la labor desinfectante de muchos ácidos; pues bien, nosotros afirmamos, junto con las eminencias antes citadas, que a esta interesante cualidad de los ácidos hay que añadir otra muy importante y trascendental, la de que por la inhalación de emanaciones de ácidos pueden combatirse con gran eficacia enfermedades, como la difteria, la escarlatina, la tos ferina, las enfermedades cerebrospinales, etc. En el hospital de Karlsruhe, llamado clínica Weinbrenner, se ha usado también esas emanaciones para evitar las temidas complicaciones que suelen presentarse al operar, tales como embolias, pulmonías, Y, en la actualidad, muchos cirujanos alemanes sólo trabajan en un ambiente completamente antiséptico obtenido mediante emanaciones olorosas de ácidos.

En Nuremberg, un médico práctico ha instalado inhalatorios públicos. En una amplia sala se distribuyen cómodamente sentados unos cincuenta pacientes de diversas enfermedades de los pulmones. Encima de una mesita central está colocado el inhalador, más complicado que el nuestro (descrito en otro capítulo del libro), pues es de funcionamiento eléctrico aunque su efectividad sea la misma. Mientras los enfermos aspiran el remedio osmoterapeuta el doctor da conferencias médicas o simplemente instructivas de otras ciencias.

Han sido tantos sus éxitos y maravillosas curaciones, obtenidas todas de una forma tan sencilla, que a veces cuesta trabajo obtener un asiento en una sesión osmoterapeuta de dicho doctor.

Médicos de primera fila han instalado inhalatorios similares.

Así, pues, querido lector, así como médicos modernos evitan y curan la malaria con nuestra Osmoterapia, que como hemos visto es inhalación, curaremos casi lo incurable.

Hay una diferencia esencial, capital, entre los sistemas anteriormente mencionados y la Osmoterapia, y esa es la que quiero yo, en mi carácter de fundador de la Escuela Osmoterapéutica, dejar bien subrayada para los tiempos venideros, pues estoy seguro que el día en que la ciencia médica, tanto alopática como homeopática, reconozcan la validez de ese principio, la Osmoterapia será uno de los sistemas imperantes.

Todas las escuelas anteriores actúan principalmente sobre el cuerpo físico, aunque sea sobre el sistema nervioso y animan justamente la fuerza latente curativa propia dentro de nosotros.

La Osmoterapia, teniendo en cuenta que no tenemos en el cuerpo material algo estable sino que nuestro organismo está sujeto a un constante morir y nacer, hasta tal grado que a los siete años somos completamente distintos de lo que somos años más tarde, no podemos tener resultados matemáticos en la curación de las enfermedades, pero tenemos otro cuerpo, un cuerpo prototipo, causal, específico que permanece siempre idéntico en su esencia; la Osmoterapia va actuando con sus olores o arcanos (esencias curativas) sobre ese cuerpo base, y entonces resulta, como efecto reflejo sobre el físico y por ende la curación, pues así llegamos a la esencia dinámica de la fuerza curativa.

Kant, como filósofo, y muchos médicos de conocimientos avanzados, admiten ese “nisus formativus” como agente que preside la evolución de las formas orgánicas.

Nuestros resultados son por eso tan grandiosos y esa es la novedad de nuestra escuela, que la pone por encima de todas las demás. Y basado en esto, invito a todos mis queridos colegas a hacer la prueba con nuestras esencias curativas, nuestros perfumes osmoterapéuticos.

Que abandonen por un momento esa rutina, casi ciega, en la aplicación de inyecciones, y que se remonten al mundo de las causas, que penetren en el verdadero Yo, que experimenten con nosotros la íntima satisfacción de aportar al noble campo de la medicina el sistema terapéutico definitivo. Es necesario armarse de valor para abandonar el viejo mundo rutinario y penetrar resueltamente en el nuevo de las verdades y de las causas.

CAPÍTULO DÉCIMO

Fuerza curativa natural del organismo

Los médicos que se gradúan en nuestras escuelas no tienen más que un ideal, y es que, cuando obtengan el título, se puedan establecer provistos de todos los aparatos técnicos modernos en una parte céntrica de la capital o en uno de los pueblos principales de las provincias o Estados, Raros son los que se conforman con ir a un pueblo de segundo orden, pero ninguno, o por lo menos muy pocos, son capaces de sacrificarse e ir a un poblado aislado. Ahí se deja el cuidado de los enfermos a falsos practicantes, las más de las veces curanderos; y hay que confesarlo con honradez, que existen, por ejemplo, en América, curanderos indios a quienes hay que rendirles el sombrero.

Allá más lejos todavía de los poblados y rancherías, en las serranías, ni curanderos hay, y cuando se presentan casos graves quedan, como vulgarmente suele decirse, a la buena de Dios.

Cuando uno pasa por esos lugares, la gente del campo relata sus últimos apuros, y se ve que han habido casos de pulmonías, tifus, viruela, apendicitis, peritonitis, lesiones traumáticas, en fin, todas las enfermedades que vemos en los hospitales, y sin embargo, esa gente abandonada, ha sanado sola, mediante el impulso de la fuerza propia curativa del organismo.

A los animales les pasa igual, también enferman y se curan gracias a su propia naturaleza; los pobres animales se acomodan al sol, no comen, obedecen en suma al instinto, mucho más que nosotros a la intuición.

Recordemos a este respecto las palabras bíblicas, cuando dicen: “no sabéis que sois templo de Dios y que él mora en vosotros”.

Pues esa fuerza curativa propia puede llamarse un impulso divino y ese impulso en este caso es curativo.

Los médicos debemos contar siempre con esa fuerza reactiva, guiarla, mas nunca pretender reemplazarla por los medicamentos.

Sí observamos nuestra propia naturaleza a diario, veremos fenómenos que, por lo a menudo que se presentan, no nos llaman la atención.

Estamos sentados junto a la ventanilla de un tren y de pronto se nos mete en un ojo un pedacito de carbón procedente del humo de la locomotora, instantáneamente nuestro ojo queda bañado en lágrimas que tratan de expulsar hacia el exterior el pedacito de carbón para evitar la sensación molesta que nos ocasiona el cuerpo extraño; nos entra polvo en la nariz, inmediatamente se

produce el estornudo expulsor del elemento perturbador; cuando en el campo de batalla el soldado recibe un balazo que no puede después ser extraído, el proyectil va quedando envuelto poco a poco por unas secreciones calcáreas que terminan por hacerlo inofensivo a nuestro organismo. Podríamos seguir citando una cantidad de ejemplos para explicar la fuerza de la naturaleza que se presenta de una forma tan sencilla, pero queremos mencionar un fenómeno más complejo. Nosotros tenemos dentro del organismo una especie de ejército que combate a los elementos nocivos y cura así muchas de nuestras enfermedades, son los glóbulos blancos, los llamados fagocitos, que acuden como al mando de inteligentes oficiales a comerse (por eso se llaman fagocitos) los gérmenes nocivos.

Todos estos fenómenos no dependen de nuestra voluntad, sino que están supeditados a algo espiritual dentro de nosotros, porque el impulso mismo en su esencia íntima no puede ser material, no puede ser explicado por leyes de quimiotaxia o de mecánica, es algo divino.

Lo que sabemos es que ese esfuerzo propio curativo disminuye con una vida antinatural, anormal, se apoca con nuestros vicios, cuando ingerimos venenos por vía bucal o por medio de inyecciones so pretexto de curar las enfermedades. El hígado es capaz de retener hasta un litro de sangre y substraerla de la circulación en afecciones cardíacas, y así salva a muchas gentes de una muerte repentina. Estas observaciones que son recientes han obligado a los médicos a cambiar radicalmente ciertos tratamientos en las enfermedades del corazón; ¡qué tarde descubrieron que habían hecho mal!

Curioso es el fenómeno que, estando el hombre en las regiones árticas o en las cercanías de una caldera de vapor, al atravesar la región del Ecuador, donde en el primer caso se tienen muchas veces temperaturas de 5° grados bajo cero y en el último 85 grados sobre el punto de congelación, el cuerpo permanece inalterable a 37 grados poco más o menos, esto puede muy bien explicarse por la acción del subconsciente o del alma humana.

Antes considerábamos la fiebre como una enfermedad, y fueron los naturistas los que por muchos decenios predicaban que la fiebre constituía otro impulso del organismo para deshacerse de las enfermedades, es decir, para curar el organismo. La Osmoterapia ofrece un medio de una importancia incalculable para impulsar la fuerza curativa propia y ésta se manifiesta también en que actúa sobre el carácter, sobre el modo de ser del enfermo.

En la práctica diaria nos encontramos con pacientes que derraman lágrimas cuando nos refieren los síntomas de su enfermedad.

Otros son diferentes, no se emocionan a pesar de la gravedad de la enfermedad que sufren; los hay que son irascibles, se enojan cuando el médico no les da la

respuesta que ellos esperan; susto, angustia, agitación del corazón, son síntomas característicos, unos tienen lasitud y otros postración.

Durante la enfermedad se acentúa más este modo de ser y nos aflige el comportamiento de los pacientes al tomar con disgusto el remedio. ¡Cómo nos satisface cuando lo toman con cierta alegría y fe! Cuando insistimos a los mismos enfermos queriéndoles sugerir el factor fe, nos contestan: “Ay, no puedo, soy así, es mi modo de ser”; y realmente así son, si los estudiamos veremos que es cuestión de carácter y temperamento,

Las investigaciones experimentales de la psicología moderna provocadas con gusto, con olores, ruidos, tonos y colores, han logrado provocar reacciones efectivas. Podríamos citar a Brunswick, a Leontiev, o también la obra de A. Lehmann (Grundgesetze des menschlichen Gefühleslebens) . Muchos de estos psicólogos aceptan a Freud y creen que el carácter sea debido a deseos sexuales no satisfechos durante la época de la pubertad. Esto nos lleva a la siguiente consideración: Los perfumes habituales del comercio a base generalmente de almizcle excitan más la imaginación y las glándulas endocrinas; en el sentido sexual ayudan, pues, a descomponer el carácter y apocan la fuerza curativa propia del organismo. Sería, pues, recomendable a los padres que elijan prudentemente el perfume que usan.

Concretamente, en las enfermedades, como han probado las experiencias psicotécnicas, la Osmoterapia ofrece a todos los tratamientos médicos una ayuda grandiosa, por ser las esencias osmoterapéuticas las mejores impulsoras de la fuerza curativa propia del organismo.

Recomiendo a los alópatas, homeópatas, naturistas, a todas las escuelas médicas, que experimenten unida a sus tratamientos la Osmoterapia y pueden estar seguros de su mayor éxito. Por otro lado, llamo la atención a los perfumistas de la inmensa responsabilidad que pesa sobre ellos y que se percaten de los efectos excitantes o sedantes de las sustancias que usan.

En la práctica diaria han quedado maravillados muchos padres quejándose del carácter de sus niños, ya sea por la falta de atención en el colegio o en su comportamiento en la calle, o en la casa, al aplicar nuestros perfumes.

Ya volveré sobre esto.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Energía solar y rayos osmóticos

Sin luz no hay vida. A esta verdad axiomática añadiremos la afirmación de que la luz, en todos sus aspectos, es una emisión de ondas. Toda luz, que es al mismo tiempo energía, proviene del sol; por eso es el astro rey la fuente de la vida. Energía solar son el crecimiento y la reproducción.

Los investigadores modernos han probado que la materia no es más que energía compacta. Inmensa es la diversidad de manifestaciones de los rayos solares; de éstos los más importantes son los rayos directos. A ellos se debe la formación y la actividad de la célula vegetal, que es, a su vez, la base de la vida física en la tierra, porque cuanto comernos, bebemos o aspiramos es energía solar acumulada en nuestros alimentos sólidos y líquidos y en los perfumes que exhalan las plantas y otras sustancias aromáticas y que actúan sobre nuestro sistema nervioso central por medio de nuestro sentido olfativo.

Nosotros necesitamos luz directa; existen animales que pueden vivir en la oscuridad. En las minas de Alemania hay caballos que nacen dentro de la misma mina y nunca ven la luz del día; sin embargo, se desarrollan perfectamente bien. ¿Pero, viven sin energía solar estos animales? No, porque el mismo carbón o el mismo hierro que les rodea no es más, repetimos, que energía solar acumulada.

La energía solar es única pero, como ya dijimos, su manifestación es muy diversa. El fuego, el calor es energía solar desprendida del carbón o del combustible, cualquiera que sea.

La electricidad y el magnetismo son también energía solar.

El sol, decimos, emite rayos de color blanco y estos rayos blancos contienen todos los demás colores, porque la diferencia entre estos no estriba más que en la longitud de onda de sus rayos. El color rojo, por ejemplo, sólo se diferencia de los demás, del verde, del amarillo, etc., por su longitud de onda. Los rayos luminosos de los colores se perciben a simple vista, pero sabemos que hay rayos que son invisibles.

Los objetos, las cosas tienen color, de otro modo no podríamos verlas; es decir, todo cuanto nos rodea y podemos percibir mediante nuestra vista y distinguir por sus distintos colores, irradia ondas.

Por el alambre eléctrico que nos trae la corriente corren millones de electrones, del mismo modo que corren millones de gotas de agua por las tuberías de conducción. Cuando quemamos gas en lugar de usar la electricidad, sabemos que el gas está formado de trocitos invisibles de carbón, acumuladores a su vez de

electrones, los cuales dan el color y la llama al gas en combustión, que son sinónimos, en este caso, de luz y calor.

Vemos que en el fondo todo son emanaciones de electrones.

Hablamos de rayos luminosos, de rayos caloríferos, pero existen unos rayos de los que la ciencia no ha hablado aún y nos cabe a nosotros la satisfacción de lanzar esta hipótesis; se trata de los rayos olorosos, a los que denominaremos rayos "Osmóticos".

Así como los rayos luminosos los percibimos mediante nuestra vista, los rayos osmóticos son percibidos por medio del olfato. La ciencia que se ocupa de estos rayos es la Osmología, y la que cura con ellos es la Osmoterapia.

La unidad de medida de los rayos luminosos es el metro; la ciencia tiene, pues, para estos rayos una unidad fija. Respecto a los rayos osmóticos vamos a proponerla nosotros; la unidad rosa, y así decimos: la reseda puede tener tres unidades rosa, el jazmín, cuatro, etc. En último término todo se reduce a diferencias de longitud de ondas osmóticas.

En el ambiente tenemos moléculas de Oxígeno, cada molécula tiene dos átomos; dicha molécula es la unidad independiente más pequeña. Cuando cae un relámpago en la atmósfera se destruyen probablemente algunas moléculas y los átomos libres son atraídos por otra molécula; pero no están unidos como los dos átomos base. La nueva molécula formada de dicho modo constituye lo que llamamos ozono, el cual es perceptible por el olfato. ¿Por qué el O₃ es percibido por el olfato y el O₂ no? Pues, sencillamente, porque se ha realizado un cambio de longitud de onda; lo que nos indica que es por ahí por donde debemos continuar nuestras investigaciones para hallar el lugar que les corresponde a los rayos odoríferos en la escala clasificativa de todos los rayos.

Con el Cloro hemos realizado experiencias semejantes a las hechas con el Oxígeno; encontrándonos con que en el momento en que al Cloro le hemos unido un electrón, con lo que hemos cambiado su longitud de onda, ha empezado a emanar ondas odoríferas.

En el grabado tenemos una célula vista al microscopio. La célula asume las más diversas formas más o menos irregulares según los tejidos que constituyen; la célula vegetal, por un regular, es apretujada y de forma rectangular. Las funciones de la célula son tan complejas que podemos decir que es el organismo elemental con todas las posibilidades y potencialidades de la vida fisiológica.

Aunque su forma varíe muchísimo su estructura es siempre la misma, y está constituida de la siguiente forma: Una envoltura membranosa muy delgada, que

es lo que en los vegetales llamamos celulosa; el citoplasma o protoplasma, que es una sustancia viscosa con granulaciones; el núcleo, envuelto por una membrana nucleosa, que contiene a su vez el ácido nucleico y, casi siempre, el nucleolo.

El citoplasma, entre varias sustancias contiene hierro, albúmina y otras sustancias electrolíticas. Así podemos considerar que cada célula es un campo eléctrico con sus polos, positivo y negativo. Y como las células forman los tejidos, éstos a su vez los órganos, y el conjunto de los órganos nuestro cuerpo, es decir, un todo formado de millones y millones de células, podemos comparar nuestro organismo a un aparato eléctrico de radio, con su central emisora que es la epífisis y su centro receptor que es el plexo solar.

Centro de recepción de ondas odoríferas es la nariz, y del mismo modo que los rayos blancos del sol contienen todos los demás rayos, como los ultravioleta que penetran en los puntos más recónditos de nuestro organismo para realizar su labor constructiva e impulsar la fuerza curativa del mismo, las ondas odoríferas no solamente penetran en la nariz produciendo la sensación olfativa, sino que invaden todo el organismo.

Ahora bien, estas ondas pueden tener como vehículo o ser vehículo de corpúsculos de materia, por lo que no se puede decir que el olor sea solamente un fenómeno electromagnético sino también químico; pero puede muy bien ser que, a fin de cuentas, toda actividad química no sea más que un fenómeno electromagnético.

Experiencias han demostrado que la división de las células es un acto mitótico y que el proceso en sí es de carácter oscilatorio; con lo cual se ha demostrado la existencia de unos rayos mitogénicos. Una vez germinada la nueva célula, separada ya de la de procedencia, es decir, convertida ya en una entidad con vida propia; es necesario no perturbarla en su actividad biológica. Ciertas corrientes eléctricas tienen ese defecto.

Haberlandt y Gurbitsch, citado este último en otra ocasión, han descubierto estos rayos “Mitogénicos”, rayos del crecimiento. Estos rayos están llamados a explicar muchos fenómenos biológicos hasta ahora inexplicables, ya que ellos son los rayos intercelulares, los que promueven e impulsan la división de las células en toda la vida orgánica.

Con estos estudios se convence uno de que son siempre los mismos procesos los que se verifican tanto en el átomo como en el Cosmos.

El átomo, hasta cierto punto tiene su metabolismo, puede decirse que incluso respira; es un microcosmo frente a la célula, que se alimenta, asimila y desasimila e irradia. Es la célula un microcosmo frente al organismo en general, y éste, a su vez, es un microcosmo frente al Universo y también irradia y emite ondas. Estas ondas no se circunscriben a un terreno reducido, van, como toda

onda, tratando de abrirse camino, y así el ser humano es emisor de ondas invisibles a la vista ordinaria.

La ciencia ha podido hacer experiencias muy curiosas con los rayos mitogénéticos emanados de los extremos de las raíces de cebollas y de ciertas flores; sobre todo Gurwitsch, quien con levaduras ha hecho interesantísimos experimentos dando un paso hacia adelante en el progreso de la biología; y ya son hoy día un ejército la cantidad de médicos y biólogos que estudian la mitogénesis.

Los rayos mitogénéticos constituyen un importante vehículo de la fuerza curativa propia del organismo; de ahí su importancia para nuestra Osmoterapia, habida cuenta de que lo que nuestro sistema pretende ante todo es promover e impulsar la fuerza curativa del organismo, como hemos dicho repetidas veces.

Woltereck, en su novísima y magnífica obra “Die Welt der Strahlen” (El mundo de los rayos), resume los estudios de Debye, Dehlínger, Friedrich, Kohlhrster, Pfeiderer, Ramm, Schreiber y Wintz, y nos compendia los estudios hechos hasta 1937. Angstrom, Bequerel, Blondlot, Bunsen, Curie, Heavisíde, Hertz, Nernst, Roentgen, Rutherford, pasan ante nuestra vista con sus métodos y resultados obtenidos.

Por primera vez vemos clara la existencia de los rayos atómicos y moleculares; la construcción del átomo, de la neblina de electrones, y así llamamos a los rayos mitogénéticos, a los que podemos fácilmente añadir los rayos osmóticos, en los que se basa la Osmoterapia, y que hacen comprender que el olor no puede ser más que irradiación.

La piel absorbe y refleja rayos. Este nimbo constante constituye el Aura humana, y si consultamos la Enciclopedia Webster veremos que define la palabra Aura como “... una sutil e invisible emanación o exhalación de una sustancia, como el aroma de las flores, el olor de la sangre, la emanación fecundante del polen de las flores. Es una radiación o emanación que rodea como una atmósfera a todo ser humano y se extiende omnilateralmente hasta una distancia de varios centímetros”.

En medicina llamamos aura a una sensación igual a la que ocasionaría un vapor que se elevase desde una región del cuerpo hasta la cabeza, que es generalmente síntoma remonitorio de ataques epilépticos o histéricos, o de cualquier neurosis.

Sabemos que el tejido nervioso de la piel emite sus rayos y actúa, ya de receptor ya de emisor. Está comprobado, por otra parte, que la piel elabora vitaminas, sobre todo la E y la D. Si estudiamos los efectos de estas vitaminas podemos lanzar tal vez la hipótesis de que los abrazos, besos y demostraciones similares, no son más que fenómenos electrorradiantes en los que los sexos procuran estimular la producción de las vitaminas procreativas. Recomendamos, a este

respecto, las tablas de Bachen que nos demuestran la reabsorción de la piel y sus reflejos y con ello es posible comprender de qué manera puede actuar el olor en ese sentido.

Existe, como sabemos, en las células un proceso de ósmosis, el cual puede ser provocado mediante una corriente eléctrica de alta frecuencia. Las corrientes de alta frecuencia fueron descubiertas por Tesla, D'Arsonval, Nernst y otros enseñaron al mundo médico la grandiosa aplicación de esas corrientes. Entre el vulgo reina todavía cierta incomprensión en la aplicación de estas corrientes, pues las confunden con las corrientes de alta tensión que nutren nuestras fábricas y alumbrado eléctrico.

En la diatermia se usan estas corrientes, que tienen alto amperaje y un pequeño voltaje. Hoy tenemos aparatos que usamos en la Osmoterapia, los cuales tienen una frecuencia de varios millones de ondulaciones y son irremplazables en la aplicación de medicamentos.

El cuerpo humano tiene un sesenta por ciento de sal; por esto podemos considerarlo como un electrólito. La isotonía, es decir, la tensión de la célula puede ser modificada irritándola por medio de corrientes eléctricas. Para lograr esta irritación es necesario que la corriente pase de polo a polo por las membranas celulares llevando los iones. Mientras más frecuente sea la ondulación más rápido tiene que ser el cambio que origina en la célula, cambio que probablemente será una perturbación de la misma. Usando corriente de alta frecuencia ya no hay cambio, es decir, no irrita.

La corriente de alta frecuencia lleva las sustancias medicamentosas a todo el organismo; naturalmente que tiene que ser puesto todo a su alcance en forma sutil, De los estudios de Nagelschmidt, Mann y Kahane se desprende que la corriente de alta frecuencia en sí aumenta la fuerza curativa del organismo, le hace reaccionar, es tónica, y por eso se obtienen tan grandes resultados con ella.

La Osmoterapia se vale del aparato que vemos en el grabado de la página siguiente; se trata de un "electrode" de inhalación. Introducimos los dos tubitos en las dos fosas nasales, animando la corriente de aire por medio del pequeño fuelle que lleva el aparato. En la parte superior se introduce el medicamento, el cual va en forma de extracto osmoterápico al pulmón, y por ende a la corriente sanguínea.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Hormonas y Vitaminas

El estudio de las hormonas es de mucha importancia y no hay ningún país donde no se dediquen los científicos al estudio detenido de estas substancias tan curiosas. Alemania, sin duda, marcha a la cabeza en estas investigaciones.

Las hormonas son una especie de humores elaborados por las glándulas. La palabra “hormona”, viene del griego “hormao” (excitar) . Interesantes son las glándulas endocrinas que biológicamente, podría decirse, constituyen un sistema nervioso líquido. Las laboriosas investigaciones hechas no han permitido aún llegar a conclusiones definitivas, pero el hecho es que las hormonas constituyen la base de la vida. Del mismo modo que las plantas crecen y obedecen a cierta excitación, se puede decir que tienen hormonas, ya que de otro modo no podrían crecer.

Investigando se encontró una substancia llamada Auxina, del latín “auxere” (agrandar). Esta substancia se encuentra en todos los órganos del crecimiento de las plantas, especialmente en los brotes y en los extremos de las raíces. Ya la hemos indicado al hablar de los rayos mitogenéticos, los rayos del crecimiento (agrandamiento). La base celular de las hormonas y vitaminas está activada por estos rayos. Si cortamos los dos extremos de una planta, se detiene su crecimiento, pero basta sumergirla por un momento en eteroxina para que reemprenda inmediatamente su crecimiento.

Esto abrió nuevos horizontes a los agricultores, pues con ello el abono de la tierra sufrirá, posiblemente, grandes cambios. En lugar de nitratos, fosfatos o guano, se producirá eteroxina en grandes cantidades, la cual, convenientemente aplicada, permitirá un inaudito desarrollo de las plantas. Y, para nuestra especialidad, nos favorecerá en grado sumo para el cultivo de plantas medicinales y plantas odoríferas productoras de nuestros perfumes osmoterápicos.

Sin embargo, creemos nosotros que no será necesario este artificio. Karl Utermöhlen ha escrito una interesante obra dedicada a los campesinos de Alemania, en la que recomienda que abonen la tierra con piedra molida de rocas primitivas. Las experiencias prueban que cada partícula de polvo de esa piedra es un acumulador de fuerza solar y, por lo tanto, un magnífico abono. En el cantón de Zurich, de Suiza, hicieron una plantación de árboles frutales y la abonaron solamente con ese polvo de piedra. Desde entonces no volvieron a abonar con estiércol, ni con nitratos. Estudios históricos nos dicen que en China se usó este procedimiento hace miles de años.

Volvamos a nuestro tema.

El sabio doctor Waldschmidt, de Praga, ha publicado últimamente interesantes trabajos sobre hormonas, fermentos y vitaminas. Sabemos que la actividad de los fermentos puede demostrarse fácilmente en un vaso de reacciones en el laboratorio, en tanto que las hormonas sólo actúan en la célula viviente; por otra parte, las vitaminas se diferencian por provenir de las plantas vegetales. Sin embargo, química y biológicamente existe una íntima conexión entre estos tres elementos.

Los fermentos son los productores de reacciones químicas en nuestro organismo; la transformación de grasas, por ejemplo, y albúmina. Vemos que estas sustancias se transforman, pero no se destruyen, como decía Liebig en un principio. Los fermentos están unas veces en condiciones activas y otras en condiciones de inactividad. La naturaleza ha creado moléculas grandes que en su actividad son iguales, pero pronto asumen misiones diversas; entonces se forman atómicamente grupos, los llamados grupos activos.

Waldschmidt nos expone un ejemplo muy fácil de comprender:

Para abrir una puerta se requiere una llave, pero la cerradura de nuestro organismo es muy complicada y complicadísima ha de ser la llave, una llave con muchos dientes.

De gran importancia son los fermentos en la digestión y, en general, en el metabolismo, y al descubrir la ciencia las vitaminas, se dijo que no era posible que la naturaleza hubiese hecho esto para evitar o curar estados patológicos; como, por ejemplo, la vitamina C, que cura el escorbuto; la vitamina B, que es el fermento de la respiración, etc. Ahora vemos, pues, que son las vitaminas en sí quienes constituyen los dientes de la complicada llave. Y así podemos decir: sin vitaminas no hay fermentos y sin fermentos no hay hormonas.

Cuando a la llave le falta un diente, no podemos abrir el cerrojo; cuando faltan vitaminas en nuestro organismo no puede haber asimilación ni nutrición; las hormonas no pueden desarrollar su acción impulsora del crecimiento (asimilación y desasimilación) cuando faltan vitaminas. Avitaminosis significa siempre un desarreglo metabólico; por eso debemos tratar siempre de proporcionar vitaminas a nuestro organismo.

Alemania es el país donde los químicos, físicos y médicos-biólogos luchan constantemente para arrancar los secretos a la naturaleza.

Es sabido que la transmisión de excitaciones nerviosas producen no solamente fenómenos eléctricos, sino también procesos químicos. El psicólogo Dale puso una corriente en contacto con la punta de un nervio, que luego irritó (provocó), y con esto pudo confirmar el hecho conocido de que los nervios segregan acetilcolina y adrenalina; por eso diferenciamos nervios colenergéticos y nervios

adrenergéticos. Los cirujanos saben que después de una operación solamente vuelven a unirse los nervios secretores de la misma sustancia.

El fisiólogo suizo von Muralt hizo una experiencia muy curiosa: La excitación de un nervio en un solo punto dura solamente una milésima de segundo y las sustancias segregadas en tan corto espacio de tiempo se descomponen instantáneamente. Hizo, entonces, que la punta del nervio y la secreción entraran en aire líquido, y de esta forma pudo comprobar la ondulación de la excitación nerviosa y diferenció entre 0,5 hasta 100 metros por segundo. Vio también que los nervios segregaban vitamina B.

Hoy ya conocemos más de veinte vitaminas diferentes y se han determinado en los laboratorios las vitaminas adheridas a las flores.

La rosa tiene muchas vitaminas A, el limón y la pimienta la P, otras flores o vegetales que usamos en Osmoterapia la Y. La vitamina H, tan necesaria para la piel y la I en las flores de chícharos, nos han abierto nuevos horizontes para nuestros estudios.

Decimos nosotros que el cuerpo necesita vitaminas que le vienen del exterior por medio de la alimentación, pero, al mismo tiempo, las produce en su sistema nervioso; recordemos las vitaminas E y D, elaboradas por los nervios epidérmicos, de lo cual hemos hablado en el capítulo anterior. Esto ha sido observado y cuidadosamente estudiado por nosotros y lo hemos aplicado con gran éxito en nuestras curas osmoterapéuticas, y no sólo esto, sino que hemos observado también que el mejor tónico excitante del sistema nervioso para que éste produzca las vitaminas necesarias al cuerpo sano, lo constituyen nuestros perfumes.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Arcanos vegetales y sus tradiciones

Volvamos ahora a los arcanos espagíricos de Paracelso y Zimpel, es decir, a la división entre las sustancias tóxicas y mortales y los principios vitalizantes y curativos. Existe una extensa literatura en latín hasta hoy día conservada en las bibliotecas donde nadie les hace caso; la mayoría de estas obras datan de la Edad Media.

En ese tiempo, el médico debía presentar, tal como se usaba en los gremios de trabajadores, algún producto, algo que acreditara su competencia. Hoy llamaríamos este producto un específico, en aquel tiempo venía a ser propiedad de su autor cuando el soberano o una junta de médicos le daban el privilegio de fabricación. Muchos de esos extractos subsisten hasta nuestros días. Recuerdo las famosas gotas de Hoffmann que no faltan en ningún botiquín familiar de Alemania.

Federico Hoffmann, clínico en 1685, en el principado de Mindín, nombrado médico de la corte, experimentó varios productos más antiguos y se hizo célebre con sus gotas. Es interesante la lectura de sus obras, de las cuales todavía existe una edición completa por unos sucesores en el castillo de Bredow. En mi biblioteca tengo también unos tomos aislados, como guardo otros autores del siglo XVI, que he podido hojear; me ha faltado tiempo para dedicarme a ellas, pero he visto que son valiosísimas.

Médicos de la talla de Hoffmann presentaban, con pleno conocimiento, esos remedios que sus creadores, tres o cuatro siglos antes habían preparado. Hoffmann lamenta ya en esos tiempos y dice que es una lástima que tales preparados tengan que contentarse con instalaciones tan primitivas, cual los laboratorios de los alquimistas.

¿Qué diría un Hoffmann si resucitara, si volviendo de esa época pudiese ver un laboratorio químico moderno, donde con centrifugas y aparatos eléctricos de toda clase se puede lograr lo que en aquel entonces apenas osaron pensar?

También la botánica aplicada a la medicina ha hecho destacados progresos; a esos pertenecen las investigaciones de Mendel sobre variedades. Además, el tráfico intenso de los ferrocarriles, vapores y aviones nos facilita hoy la importación de plantas exóticas de todo el mundo a fin de someterlas a un análisis químico exacto, sobre todo aquellas que los antiguos consideraban como sagradas.

Curioso es que todos estos vehículos transportan semillas sin que nadie se de cuenta y hay botánicos especializados en la flora existente a ambos lados de la

vía férrea, porque se ha comprobado que plantas que sólo crecían en el sur de Francia han aparecido en el norte de Alemania. Una ráfaga de viento levantó la semilla y la introdujo en un vagón y otra ráfaga la volvió a depositar en el suelo a muchos cientos de kilómetros del punto de origen.

Que el sol y la luna influyen sobre el crecimiento de las plantas nadie lo duda; pero hace poco que, en un laboratorio suizo, se empezaron ciertas experiencias a fin de examinar la savia de las plantas agrupadas de acuerdo con su precipitación, es decir, en su forma cristalina. Se llegó a la conclusión definitiva de que existe relación entre las plantas y los astros.

Desde hace muchos años la ciencia debate las conjeturas de Swante Arrhenius en su manual de Física cósmica, sobre si las relaciones de los planetas con nuestra flora son absolutamente demostrables. Yo mismo, siguiendo las indicaciones de Pfeifer y Kolisko, hice anillos de alambre y experimenté durante los eclipses de sol y de luna, con preparados metálicos, jugo de vegetales y perfumes. Tuve la prueba de que todo lo que los labradores tienen por evidente y los silvicultores por incontestado, es un hecho; y especialmente esto, en cada cambio de la faz lunar, la savia de las plantas sube y cae y se agrupa diferentemente según la constelación.

Los constructores de la Edad Media, concedores de este fenómeno, empleaban madera de árboles que habían sido derribados conforme a esa ley; esas maderas están aún hoy día intactas. La prueba la tenemos en muchas catedrales de España, al paso que nuestras construcciones modernas, apenas unas décadas después empiezan a carcomerse y pudrirse.

Cuando quemamos una planta y analizamos sus cenizas encontramos sales y elementos metálicos que varían según la especie. El análisis espectral prueba que tales substancias brotan como emanaciones de los cuerpos celestes. Y como los afines se atraen tenemos en el espacio un encuentro de esas substancias que por un lado emanan las plantas y por otro los astros, lo que forma, en el espacio, las substancias coloidales.

Recomendamos el examen de la conocida planta “gobernadora” (Covillea tridentata) que crece sobre una capa de humus apenas perceptible sobre rocas calcáreas. Más de la mitad de los componentes químicos que encontramos al analizar la planta no existen en el terreno donde crecen y es indudable, forzoso, que los haya tomado del ambiente, o sea de la atmósfera. Esta planta tiene un olor penetrante, una vez macerada y extraída, que nos da un perfume especial.

Con la respiración, esas substancias coloidales penetran en nuestro cuerpo y se combinan en él con elementos análogos fabricados en nuestras glándulas.

La elaboración fisiológica, química y radioactiva del interior de nuestro organismo tiene en el núcleo de las células elementos sutilísimos, tales como

gases y los rayos mitogenéticos que animan todo el proceso. En las plantas, aun cuando en otras condiciones, se realizan los mismos fenómenos; y si ayudamos al ritmo de la elaboración natural con la introducción de elementos gaseíformes y con esencias, en este caso nada más sano, podemos animar el proceso íntimo.

Pero estamos envenenados ya en tomar nuestros remedios por la boca y que pasen por el estómago; en los últimos años se ha preferido introducir directamente los extractos vegetales y productos minerales por medio de inyecciones.

Quiéren vivificar los médicos así, pero se olvidan que ya en la Biblia se lee que Dios infundió al hombre el hálito vital en la nariz. Sólo en la narcosis (cloroformización) hacen ellos la inspiración del medicamento, pero sin pensar en la conveniencia de ampliar ese método y es precisamente en ese estado gaseiforme como podremos influir sobre nuestras glándulas.

Por cierto que toda ciencia es hija de la época. El famoso médico doctor Allendy, dice, con toda justicia, que Hanemann, con sus adelantadas sutilizaciones de sustancias medicinales, activaba siempre más el dinamismo y habría sin duda usado de diluciones todavía más altas si hubiese dispuesto entonces de la técnica de hoy.

No podemos negar que con la tendencia surgida después de la guerra de 1870, atravesamos una onda materialista en medicina y es necesario recordar lo que dice Munk: “Es un hecho altamente doloroso el de que, en la actualidad, muchos médicos adquieren sus conocimientos de terapéutica médica única y exclusivamente por las muestras que a diario reciben de remedios patentados y por los escritos de reclamo que a éstos acompañan; con cuyo proceder los médicos mismos cargan sobre sí la culpa de haberse creado este estado de cosas perjudicial para ellos y para el pueblo en general. La ausencia de toda espiritualidad impersonal en este género de terapéutica médica es, a la postre, uno de los motivos, y no el menos importante, que empujan al paciente hacia los curanderos; en particular si los médicos, desconociendo en absoluto sus deberes psicológicos ante el paciente, y obedeciendo a su propia sensación de incertidumbre, tratan de explicar al enfermo la composición y efecto farmacológico del novísimo específico.”

El doctor Liek concluye su famosa obra con estas palabras: “El médico emerge de la divinidad. Y sí es. Una parte del poder que creó el cielo y la tierra, los animales y las plantas, convive en cada uno de nosotros, los médicos, servidores del Dios que vivirá eternamente. El curar es una santa acción y ésta se halla representada en el médico por una serie de creaciones, aun cuando no pasen de ser humanas. Pero para crear es preciso tener las manos puras y no menos el corazón.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

Constitución y carácter

Dice el célebre psicoanalista Jung: “Cada cual tiene en sí algo de criminal, algo de genio, algo de santo y la vida del alma no es más que la lucha entre esos diversos algos.” Hay personas que son criminales natos; otros, genios por herencia; algunos, santos por educación y ambiente.

Lo criminal requiere un ambiente propicio y siempre el ser malo es algo apestoso, maloliente. El genio, por el contrario, esparce una agradable emanación de dignidad y saber; lo santo huele bien (conocida es la frase “vivir o morir en olor a sanidad”) Todo esto se concreta en una acepción: temperamento.

“Todas las cosas tienen su alma; lástima que los psicoanalistas usen la palabra “psique”, como si tuvieran miedo a la palabra alma o es que tal vez creen que bajo esta denominación sólo incumbe hablar los sacerdotes. Creo que el alma interesa a pues es nuestro verdadero Yo; desentenderse de él sería, como ha dicho un filósofo alemán “des-yohizarse”, desprenderse del Yo, dar sólo importancia a la envoltura, la apariencia, el cuerpo.

Jung nos explica que posición social, rango, títulos y uniforme son sólo la cáscara, la envoltura; no son el verdadero Yo, no es el alma ni somos nosotros.

Ahora bien, nuestra alma está íntimamente compenetrada con nuestro cuerpo y es difícil definir dónde acaba el Yo, alma, y dónde empieza la “cáscara”.

El verdadero Yo nos lleva por el camino del bien y los hombres de alma llevan sus títulos, fortuna y distinciones con modestia y dignidad. Se visten sin exagerar en pompas, sin provocar a los necesitados, a los desheredados de la fortuna.

El Yo verdadero es el que define al hombre, el que lo muestra a los demás tal como es. Sí bien hemos dicho que el Yo por naturaleza tiende hacia el bien; desgraciadamente, en conjunto, el hombre, como todos vemos a cada momento y como podemos experimentar en nosotros mismos, esta natural tendencia a la bondad, a la belleza, a la verdad, al bien en general, se ve muy a menudo perturbada por una serie de factores opuestos que impelen al hombre a obrar mal, a ser malo en cierto modo.

En todos nosotros hay una pugna constante entre lo bueno y lo malo: son como dos factores opuestos que se contrarrestan mutuamente en cada hombre de diferente forma. Esto es lo que constituye el modo de ser, el temperamento de cada individuo. Por analogías, aunque no por identidades, pueden clasificarse a los hombres en grupos temperamentales.

Son muchísimos los factores que influyen en nuestro temperamento y en la formación de nuestro carácter: herencia, ambiente, etc., pero por encima de todo está nuestra constitución orgánica. Como médicos, consideraremos este factor esencial y nos desentenderemos de los demás, aunque reconozcamos de antemano que, puede muy bien decirse, la herencia y el ambiente son factores a su vez de la peculiar constitución orgánica de cada uno.

Kretschmer dice: “Antes se decía que el alma estaba localizada en el cerebro o que el cerebro era el asiento del alma, y el cráneo la cápsula envolvente.

“A consecuencia de esto se hicieron muchos esfuerzos para medir la cabeza: tamaño, peso, forma, etc. De las formas exteriores se creía poder sacar consecuencias que nos diesen a conocer el contenido: el cerebro y, por ende, las facultades intelectuales y morales.

“En un principio se creía que las afecciones mentales eran afecciones cerebrales, hasta que investigando y observando se vio cómo influía el tamaño y la forma del cuerpo entero y sobre todo el funcionamiento de las glándulas. Por eso, la craneometría fue perdiendo rápidamente valor e importancia.”

A este respecto dice Schiller: “Es del alma que se forma el cuerpo; las enfermedades mentales son, pues, enfermedades del alma.” El alma reside en todo nuestro cuerpo y para curar necesitamos valernos, pues, de un vehículo que inunde todo el cuerpo, y, para eso, ninguno como la sangre.”

En nuestra Osmoterapia es muchas veces la sangre la encargada de llevar los átomos odoríferos osmoterápicos por todo el cuerpo, hasta los puntos más recónditos de nuestro organismo.

Se han hecho muchas clasificaciones de tipos biopsíquicos. Carlos Huter, el padre de los psicofisonómicos, estableció un número de tipos según la ley de herencia, la influencia del ambiente, el temperamento y la constitución física, Jaensch y Lampert han hecho trabajos interesantes para la clasificación biopsíquica de los diferentes tipos.

El que más nos interesa considerar es el del doctor Ernst Kretschmer, profesor de Psiquiatría y Neurología en la Universidad de Marburg, quien en su magnífica obra “Körperbau und Charakter”, hace una clasificación muy acertada. Nos habla de los tipos: asténico, leptósomo (delgado), atlético y pícnico (gordo) ; los cuatro, establecidos por él. Otros autores se extienden con los tipos: colérico, flemático, sanguíneo, linfático, melancólico, intelectual, sensual, apático, pletórico, cerebral, respiratorio, musculoso, digestivo, etc.

Es de suma importancia en nuestro sistema el estudio de los diferentes tipos.

La Osmoterapia aspira, como hemos visto, a brindar a todo el mundo el perfume, remedio sencillo y agradable para todas las enfermedades. Pero, ¿basta con eso? No, en modo alguno. Nosotros, los descubridores y propagadores de la Osmoterapia, no nos contentamos con sanar a nuestros pacientes, sino que una vez conseguido esto, en lugar de dar por terminada como todo médico en tal caso nuestra misión, continuamos nuestra labor ayudando a la humanidad doliente a conseguir la dicha y la prosperidad.

Para ser feliz, es preciso ante todo disfrutar de excelente salud. Ésta se defiende mediante las reservas del organismo mismo avivadas mediante los perfumes osmoterápicos. Pero, como hemos dicho, no termina aquí nuestra misión. Una vez conseguida la salud se ha recorrido ya un buen trecho en el camino de la dicha, pero hace falta armonizar nuestro carácter, nuestro temperamento con el de los demás; limar ciertas asperezas que nos hacen desagradables; hacer que nuestra Aura se imponga a los demás por atracción, por simpatía, por su agradable vecindad; conseguir, en una palabra, hacer de nosotros individuos capaces de triunfar, de alcanzar el éxito en todos los aspectos de la vida.

Para hacer dinero en cualquiera profesión, por ejemplo, el médico, todo está en infundir “confianza”. Logrando esto se hará “médico de moda”, lo que es ser médico de modo ya lo sabemos...

Esto es lo que la Osmoterapia se propone y consigue de una manera indiscutible, con los perfumes personales.

Es un hecho comprobado el que cada tipo tiene su Aura especial. Recordemos el caso que nos cuenta la revista “Natur und Kultur” : “A un muchacho le regalaron sus padres un reloj; pero el muchacho, al poco rato, devolvió el reloj diciendo que se le había parado. El padre se olvidó de llevar el reloj el mismo día al relojero y lo conservaba en su bolsillo; al día siguiente vio, con sorpresa, que el reloj estaba en marcha. En vista de eso se lo devolvió a su hijo, quien experimentó que se le paraba de nuevo. El muchacho es miembro de las juventudes hitlerianas, por lo que hizo la siguiente prueba: pidió a varios compañeros suyos que le prestasen sus relojes y comprobó que todos los que tomaba él se paraban a los pocos momentos.”

Hace dos años se vió el curioso caso de que señoras que usaban cierto perfume les ocurría lo mismo que al muchacho del que acabamos de hablar; se les paraba el reloj en cuanto se perfumaban. Una comisión de médicos y químicos han comprobado que el perfume seca el aceite que lubrica el engranaje de los relojes. Tal vez en el caso del muchacho alemán sea debido a causas parecidas.

En resumen, esto prueba que el perfume actúa hasta sobre las cosas inorgánicas. Con el muchacho probamos que cada uno tiene una emanación, olor, perfume, especial.

Con todo lo expuesto, comprobamos fácilmente el porqué hacemos nuestros perfumes personales.

Basándonos en las clasificaciones de Kretschmer, hemos establecido un conjunto de perfumes adecuados a los distintos tipos, sin perjuicio de elaborar para los casos especiales, casos en que se trata de tipos excepcionales, un perfume también especial.

De esa forma tenemos perfumes para coléricos, flemáticos, intelectuales, sensuales, atléticos, etc. Al colérico conviene proporcionarle un perfume sedante, que atempere su irritabilidad, que le proporcione una sensación de paz y de dominio de sí mismo; eso para lo que a él mismo se refiere. Respecto a los demás, el perfume para el tipo colérico dará a su Aura, a su constante emanación omnilateral, un aspecto de tranquilidad, reposo, seguridad, comprensión, en una palabra, de todo lo que sirva para contrarrestar un temperamento de por sí colérico, y, por ende, tan desagradable a los demás.

Al tipo flemático le proporcionaremos un perfume que borre su linfasis, que le haga activo, audaz, sensible, etc., en una palabra, todo cuanto contrarreste su predominante temperamental.

En fin, para cada tipo o temperamento tiene nuestro sistema un perfume adecuado.

Trataremos ahora del perfume bajo otro aspecto. El perfumarse es un arte. De ahí que las mujeres lo adopten desde tiempos inmemoriales para completar su encanto, para gustar y atraer a los hombres. Pero no deja de ser algo complicada la elección del perfume adecuado a su físico, a su personalidad, dejando aparte en esta consideración lo dicho más arriba respecto al temperamento.

De la misma forma que se elige el color de los vestidos adecuados al tono de la piel y al color de los cabellos y los ojos, así una mujer rubia y de ojos azules ensalzará su belleza con vestidos de tonos azules, marrón oscuro y sobre todo negro, y una mujer de negros ojos será mucho más atractiva con vestidos blanco, rosa y tonos claros en general; cada tipo tendrá un perfume peculiar, perfume que contraste y armonice con su natural belleza.

Perfume bien distinto ha de usar la mujer nórdica, inglesa y alemana, de la mujer de los trópicos.

Aparte de los ya mencionados, son muchísimos los factores que hay que tener en cuenta en la elección de perfumes. Incluso el modo de hablar, los ademanes de cada uno hay que tener en cuenta al estudiar el perfume adecuado.

Por todo lo expuesto, vemos que el perfumista ha de tener cualidades de artista. Pero no le basta con ser un hombre de gusto exquisito, se precisa algo mucho

más importante: necesita el consejo del psicoanalista y del biólogo. Eso es lo que nosotros venimos a ofrecer con nuestro sistema.

Dado el carácter del presente libro no nos podemos extender, de momento, en este tema interesantísimo, casi primordial de nuestra ciencia osmoterapéutica. Volveremos a él en otra ocasión.

Por el momento nos permitiremos recordar que atenderemos en lo posible cuantas consultas se nos quieran hacer sobre esta materia.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

La secreción interna y la percepción olfativa

Todo el mundo sabe hoy día que las glándulas de secreción interna influyen en el crecimiento y desarrollo, en la formación y deformación, en la salud y enfermedades de nuestro cuerpo. Apenas se descubrió ese misterio de las glándulas, cuando ya entró la terapéutica materialista y se hicieron preparados de glándulas animales para recetar a los pacientes. Y, efectivamente, algunos tuvieron una maravillosa actuación. Recordemos la “tyroidina”, producto de la glándula tiroides; la “adrenalina”, de las cápsulas suprarrenales; la “pituitrina”, de la glándula pineal, y la “insulina”, tan empleada en la diabetes.

Así como ya lo manifesté, la química moderna extrajo esas sustancias y el éxito fue atronante; sin embargo, le falta mucho para llegar a hacer lo que fabrica la naturaleza.

Por otro lado, perdura el eterno error en nuestra fe en la alta potencia de los preparados materiales, en vez de prepararlos y administrarlos en forma de gas.

Lo interesante fue que se probó un abono de plantas con “hormonoides” sexuales femeninos, y con ellos se obtuvo un magnífico crecimiento de los vegetales. Sabemos que muchas de las hormonas sexuales provienen de las plantas y las provenientes de animales poseen un olor especial, y así se sabe que cierto olor vegetal tiene relación con la sexualidad. Así se explica, que ciertos insectos vayan a determinadas plantas a libar atraídos por un olor peculiar. ¿Quién no conoce la influencia de la hierba valeriana sobre los gatos? Cuando muchachos, en la escuela, nos divertíamos con el siguiente experimento: poníamos raíz de valeriana en un saco y orinábamos encima. Luego lo dejábamos en el jardín y nos poníamos al acecho; al poco rato empezaban a acercarse todos los gatos de la vecindad, a veces hasta veinte y treinta gatos. Esto se explica porque la hierba valeriana así preparada desprende un olor igual al de la gata.

Esa atracción sexual con base química se llama Quimiotaxia, siendo, sin embargo, el fenómeno en su intimidad cosa de secreciones internas y emanación de rayos.

Las porciones que en la Quimiotaxia actúan como sustancias químicas son increíblemente mínimas. Bruno Wille dice en un artículo “Fisiología estimulante de Eros”, que no solamente las atracciones sexuales, sino también las sociales entre los individuos de una especie que vive en sociedad, se roza ligeramente con la Quimiotaxia y tiene así raíz con el erotismo propio de cada caso.

Cuando un perro levanta su pata para hacer sus necesidades junto a un árbol, lo hace siempre después de haber olido el árbol (pared, columna, etc.), percibe con su olfato la orina que dejó antes otro perro y ese olor le provoca ganas de orinar.

Wasmann recalca repetidas veces el importante papel que desempeña en las investigaciones sobre las hormigas el olor del nido (hormiguero), tanto que, por ejemplo, al transportar hormigas a sus huéspedes de una casa a otra se exige una cuarentena, por algunos días los insectos que se van a transportar, pues de otro modo el olor extraño suscita un tratamiento hostil al nuevo huésped. Además, Wassmann probó que el apego de las hormigas a ciertos escarabajos proviene de la Quimiotaxia, pues las hormigas se deleitan igualmente con una especie segregada por aquellos coleópteros.

De este modo, cualquiera puede presentarse a un hormiguero y devastarlo excitando a las hormigas a matarse unas con otras. Este es un problema vital en el Brasil donde la plaga de las hormigas ocasiona daños que llegan a millones y millones de dólares. Es tan grave aquello que hay un dicho entre los brasileños que dice: “O el Brasil acaba con las hormigas o las hormigas acaban con él”. Cuando en aquella gran República quise experimentar mi sistema con las hormigas, ya que el gobierno ha gastado millones inútilmente, me encontré con dificultades, pues sí no hubiese sido por un periodista estúpido y dos médicos charlatanes que me atacaron habría quizás adelantado en la resolución de ese problema, pero hay gentes que tienen la manía de combatir todo noble empeño. De todas maneras, advierto a los químicos brasileños que mi camino es el único seguro.

Idénticas propiedades odoríferas debida a las secreciones internas, deben tener los microorganismos, los bacilos, por ejemplo, y está probado que ciertos vapores tienen acción bactericida.

En las inhalaciones usamos sustancias fragantes, sólidas. Todos los médicos emplean preparados para ese fin; sin embargo, casi no se reconocía el valor real de este sistema.

Los médicos ya han empleado algunas de las clases de vapores. Por ejemplo, al final de la menopausia (cese de la menstruación), en la edad crítica en que muchas mujeres sufren de hemorragias, las cuales cesan con vapores de manzanilla.

Con extracto de apio se acelera la menstruación tardía. Existe una gran variedad de preparados de “apio” que se recetan en extractos y píldoras. En Alemania venden una sal inmejorable a base de apio. Entretanto, la experiencia nuestra nos ha probado que las aspiraciones de preparados a base de apio son inmejorables en las perturbaciones menstruales.

¿Cómo puede explicarse esa influencia? Con el descubrimiento de la plasmogenia se sabe que el tejido celular tiene en cada organismo una forma celular característica. Ya lo hemos hecho ver anteriormente al hablar de las ondas mítogenéticas, pero no debemos olvidar al francés Lakhovsky, quien prueba en sus estudios que conforme sea la especie y forma de las células emiten emanaciones ondulatorias. Sería posible que toda la patología pudiera obtener nuevas luces con la teoría emanista de Lakhovsky y la terapéutica con nuestras ondulaciones osmóticas.

Ya hemos hablado de Gurwitsch, el descubridor de los rayos mítogenéticos o de crecimiento; esos rayos, como hemos visto, activan la división celular. El médico Wassiljew y el doctor Frank sacaron cuidadosamente el nervio olfativo de un pez y lo colocaron cerca de un cultivo de levadura. Descubrieron entonces que hasta ese nervio, preparado, emitía rayos y en 20 minutos el número de las células alcanzaba el doble. Las contrapruebas confirmaron que en las proximidades no había ningún otro emisor, sino únicamente ese nervio como fuente de tales rayos misteriosos. Posteriormente, búsquedas del mencionado sabio revelan definitivamente la existencia de esos rayos nerviosos y además que ellos, con una pequeña excitación, provocan extraordinarios cambios en nuestro sistema nervioso fluido, es decir, en nuestras glándulas internas.

Y aún más, cuando los nervios son excesivamente sensibles, esa sensibilidad es mucho mayor en las glándulas internas, bastando una pequeñísima porción coloidal para obtener una acción estupenda.

No podemos dejar de mencionar al hablar de los perfumes y su acción, una noción de los tiempos más recientes referente a la cuestión de la varilla “mágica”, que en manos de determinados individuos denominados zahoríes sirven para descubrir aguas subterráneas, filones de metal, etc. En España hubo no hace muchos años un congreso científico, en el que tomaron parte médicos eminentes y sacerdotes, para investigar las cualidades de los zahoríes.

La sensación del olor no es otra cosa que la percepción de rayos y ondas por antenas existentes en cierta zona de nuestra pituitaria, las que se afinan por una completa octava de frecuencia ondulatoria, conocida en radiología. Una experiencia con los rayos terrestres que manejan los zahoríes nos demuestra la consecuencia que se puede sacar de esto para una terapéutica radiológica como es, principalmente, la nuestra.

Por más discutido que pueda ser este capítulo, y sobre todo la cuestión del más o menos engañoso aparato de “desradiación”, nadie puede negar que existen “fajas excitantes” productoras de enfermedades o agravadoras de síntomas. En tales rayos nadie puede dormir y en numerosos casos de insomnio la varita del zahorí ha indicado que la cama del paciente se hallaba dentro de un radio excitante.

La sensibilidad de muchas personas en tales zonas de rayos perjudiciales terrestres, llega al punto de acarrearles completa neurastenia que les ocasiona, a veces, la muerte, sí no se retira a tiempo el lecho de la zona excitante.

No parece del todo comprobado, pero si probable, que existan “casas cancerantes”, es decir, habitaciones que, por virtud de fuertes zonas de rayos terrestres, predisponen al cáncer.

Como ya se ha dicho esas zonas excitantes se revelan al observador por la reacción de la varilla del zahorí. Ahora bien, el que posee una propiedad o vive mucho tiempo en una casa que le es doloroso de dejar, tiene en ciertos perfumes o, mejor dicho, sahumeros, algo que neutraliza por mucho tiempo, y si se repite la operación para siempre, esos rayos.

Judt, al cual le debemos valiosísimas observaciones en este sentido, mojaba una toalla en cierta solución ácida, cubría con ello una parte de la zona excitante, lo que fue suficiente para que cesara al momento toda especie de tope de la varilla y eso mientras se percibía el más leve olor del ácido.

Vemos aquí como un verdadero flagelo de la humanidad que ha de irse conociendo poco a poco, es compatible con éxito con una simple acción de olor. Fíjense bien, no ofrecemos un perfume para curar el cáncer, eso sería una charlatanería punible, pero aconsejamos a todos los dueños de casas donde hayan muerto cancerosos, hagan fumigaciones de Osmoterapia por si acaso, por si se tratara de una “casa cancerosa” que puede ser, aunque no afirmamos que siempre sea.

El mismo Judt prueba que la forma de nuestros órganos tiene relación con el problema de la raza. De su libro “Depuración de la Raza” extraigo lo siguiente: “Se sabe que los llamados pueblos primitivos (¿por qué primitivos?), es decir, los troncos que quedan de indios puros y negros, están dotados de órganos sensitivos agudísimos. Logran ver, a simple vista, más lejos y con más precisión que nosotros con anteojos. Su oído es sensible, pero magnífico es el olfato, pues a mucha distancia huelen al enemigo.

Hace algunos años. viajando por países tropicales pude hacer, por lo demás casualmente, una observación del más alto interés. Un sabio europeo residente en el Asia me mostró orgulloso su laboratorio físico, especialmente sus instrumentos de procedencia alemana, haciendo lisonjeros elogios a la habilidad de mis patricios. Entre los instrumentos había aparatos de Zeiss, para análisis espectral; y para complacerme, nuestro profesor me mostró el espectro solar proyectado en un papel, protegido con un dibujo blanco. Satisfaciendo un deseo espontáneamente surgido, pedí al sabio que me marcara con lápiz las zonas espectrales. Comprobé que estaban exactísimas las zonas de fajas coloridas vistas por mí. El ayudante de mi anfitrión, eurásico, auro-indú, mestizo, intervino y dijo admirado:

“Pero, señores, debe haber un error”, y marcó, a su vez, la zona espectral, mucho más adentro que nuestras marcas. Ese mestizo fino, de 50 por 50 (fifty to fifty), que yo podría considerar fina sangre, vio así un espectro menor que el que mi anfitrión y yo habíamos visto. Para completar ese cuadro desconcertante mandé llamar a un muchacho, de purísima sangre, de la bella raza malaya, le puse un lápiz en la mano y le hice marcar la zona espectral que él viera. Él señaló una zona espectral muchísimo mayor que la que habíamos visto mí amigo europeo y yo.

Hasta aquí, Judt. Su librito, altamente interesante y digno de ser leído, hace, fuera de ésta, una serie de averiguaciones interesantes, relativas a nuestro problema. Verifica, entre otras, que un individuo de pura sangre, aun cuando pertenezca a una raza inferior, oye ocho octavas completas del “sol” con dos líneas (frecuencia 96, 825), al “sol” con cinco líneas (frecuencia 24, 787, 200), en tanto que la media de los europeos mestizos alcanza muchísimo menos de la zona auditiva grave y sobre todo del alta, que los de pura sangre.

La vista del pura sangre es más aguda y extensa que la nuestra; su paladar los pone en guardia más positiva y cautelosa contra las sustancias venenosas y evita, como algo insoportable, el mal olor de las exhalaciones de los fuertemente mestizos, exhalaciones que casi nada o bien poco nos incomodan; en suma, los pura sangre disponen de sentidos mucho más finos que los mestizos.

Entretanto, nuestro olfato es tan sensible que puede percibir, por ejemplo, 0,0000005 gramos de almizcle artificial. Un millonésimo de gramo sería 0,00001 gramos. La raíz del almizcle proviene de una planta llamada “sambul”, originaría de la India Oriental. Se da también en Rusia y quizás cultivándola sería posible más acá.

Un perfumista francés de nombre Piesse, consiguió hacer un paralelo entre el olfato y los órganos del gusto y audición.

En música, conocemos armonías y disonancias, hay tonos que a uno agradan y a otros no. Lo mismo sucede con los perfumes, que se pueden combinar según el sistema de Piesse.

Partiendo de la escala de Piesse se pueden formar mezclas que armonicen, esto es, acordes, más o menos comparables a los musicales, por ejemplo:

La ciencia ha comprobado que son las hormonas, es decir, las secreciones internas, las que permiten a los gatos mirar en la oscuridad, de esas hormonas tienen los seres humanos 0,2 unidades; las gallinas 0,05, y los gatos 3 unidades enteras.

Basándonos en las observaciones anteriores hemos experimentado con nuestras esencias y logramos un aumento de la vista con buen resultado.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

Estados de Sueño y Ensueño

Volvamos, una vez más, a la fuerza natural o curativa inherente al cuerpo. Sabemos que los corpúsculos blancos de la sangre, los fagocitos, marchan como un ejército para aniquilar a otro ejército invasor. Son, por decirlo así, una policía o ejército defensor del organismo. Hecho éste que ocurre sin nuestra voluntad, ya que no podemos influir en él a nuestro antojo, sino al contrario.

Si seguimos la marcha del pensamiento del doctor Schwab, buen amigo mío, tendremos como exponente de esa fuerza inherente en nosotros el cerebro y el plexo nervioso simpático. Este último es un sistema especial extendido por todo el cuerpo, que desempeña todas aquellas funciones que no son adictas a nuestra voluntad, como son las de sonrojarnos, empalidecer, crispase el cabello y otras funciones corporales, que se ejercen automáticamente y que no podemos cambiar a voluntad, como el movimiento cardíaco y los peristálticos. Luego interviene ese mismo sistema en la actividad de las llamadas secreciones internas. De ciertas glándulas, de la cabeza, del cuello, de las entrañas, fluyen secreciones que regulan el crecimiento del cuerpo.

No se puede dentro de los límites de este libro que se quiere mantener popular y al alcance y comprensión de todos, hablar con mayores pormenores del subconsciente. Nos contentaremos con algunas sencillas indicaciones.

Cuando en una reunión de varias personas, vemos que alguien bosteza, no podemos reprimir también un bostezo; se nos contagia fácilmente. Nadie nos dice: “bostezo tú también” ; pero, involuntariamente, el bostezo ajeno actúa, no en nuestro consciente atento, sino en nuestro subconsciente. En ese subconsciente duermen energías insospechadas. Se cuenta de sacerdotes tibetanos que sin comer ni beber y manteniéndose en una cierta subconsciencia, pueden efectuar marchas extraordinarias sin la menor fatiga. Y aun cuando esas marchas sean de más de ocho días, no experimentan la menor pérdida de peso. Los tibetanos que conocen ese estado y saben que es una especie de sueño, no despiertan jamás a dichas personas, al contrario, las dejan seguir tranquilamente. Apenas alguien les habla, recuerdan y pierden esa capacidad. Ciertas castas de la India dicen que esos somnábulo son sostenidos por seres para nosotros invisibles.

Los salvajes tienen, además, la facultad de la clarividencia que nosotros vamos perdiendo con la tecnización y la supercivilización. En este relato debo hacer mención de que en ciertas regiones de la Frisia Oriental y de la Dithmarschschleswígholsteiniana, de entre tres personas, una es “spokenkieker”, es decir, clarividente, que tiene una segunda visión. Es sabido que en esas regiones alemanas, la población es de pura raza en una proporción notable. En

los países acentuadamente mestizos falta por completo el don de la clarividencia. Ciertas substancias pueden influir en ese estado.

He visto en el Brasil ciertos curanderos que por medio de una bebida, cuya composición guardan secretamente, producen una especie de sueño o somnolencia, obligando a las personas que caen en ese estado a trabajar para el hechicero, explotando así a esas pobres gentes.

La Facultad de Medicina de México ha experimentado con dos plantas curiosas: el “ololiuhque” (que los indios denominan “cohuaxíhuítl”) y el “peyotl”. Los indios mexicanos producen una especie de somnambulismo con esas plantas, las cuales tienen un olor muy característico, que se transmite al hombre que las ingiere. El sabio sacerdote Sahagún informó a los Reyes Católicos sobre esta planta y existe una literatura inmensa que no cabe en el espacio limitado de este libro para citarla. Yo importé de estas plantas cantidades regulares y logré con la primera partos casi sin dolor. Un catalán tomó mi idea y anuncia mucho el producto, muy conocido; se trata del “Eupartol El catalán se hizo millonario y yo me quedé mirando a la luna. Es de advertir que no le di toda la clave. Para mí no se ha estudiado todavía suficientemente esas dos plantas maravillosas, pero me propongo investigar hasta arrancarles el último secreto. Mientras tanto, he reunido una cantidad de memorias médicas que se han ocupado de esto.

Cuando los curanderos hacen beber extracto de esas plantas lo hacen siempre en medio de humo de sahumeros.

La clarividencia está en íntima relación con el subconsciente, y el psicoanalítico Freud nos prueba cuán magníficas energías se almacenan en el subconsciente. Son fuerzas que pueden despertarse para el proceso curativo.

El manejo del subconsciente lo hemos aprendido cuando éramos estudiantes. Sí una tarea diaria era muy difícil de aprender, poníamos durante la noche el libro debajo de la almohada y, caso extraño, al día siguiente contestábamos admirablemente a todas las preguntas del profesor.

Ciertamente puede haber en ello algo de superstición, pero en todo caso es un hecho que, durante la noche, mientras dormimos, nuestra alma sigue ocupándose de lo que nos preocupó durante el día. ¿Cómo influyen sobre esto los olores? Lo veremos más tarde. Pero la comprensión de ello nos llevó años atrás a la experiencia que hacemos hoy. Se trata de tender un puente entre la conciencia del día y el subconsciente del sueño y ese puente lo hallé en los perfumes y esencias.

De acuerdo con el sistema de Coué, hice que mis pacientes repitieran durante el día ciertas frases y, mientras lo hacían automáticamente, les hacía oler determinados perfumes. Durante la noche, penetraba yo en la sala del hospital y me aproximaba al enfermo dormido. Si se trataba de una persona habituada a hablar durante el sueño, con sólo pasarle un trapo perfumado por las narices,

comenzaba inmediatamente a decir: “Progresas mi curación; estoy mejorando día a día; voy a quedar completamente sano.” Eran las mismas frases que le había hecho repetir durante el día, antes de oler el perfume. Tenía, pues, aquí un reflejo continuado sobre el cual volveré más tarde.

Al día siguiente el paciente estaba realmente mejor; mi sistema curativo había actuado durante el sueño.

Sabemos cuánto aumenta durante el sueño la fuerza imaginativa. Basta la más leve ráfaga de aire frío, para imaginarnos que estamos en el Océano Ártico. El menor golpe nos parece un disparo de cañón.

Tratase, en suma, con este sistema psíquico lateral o complementario de la Osmoterapia, de despertar el deseo o las voliciones del día e incitarlos a la realización en el sueño, mediante la aspiración de perfumes estimulantes.

Desgraciadamente, perdí en mis andanzas revolucionarias la historia clínica de muchos pacientes que traté de ese modo en el hospital Victoria, en la capital del Estado de Tamaulipas, del que era yo entonces médico director.

Pero fue allí donde puse la piedra fundamental de este tratado que quisiera llegara a manos de todos los médicos y, más aún, de todos los padres de familia, para que los primeros usen estos sistemas y comprueben su maravillosa efectividad con sus pacientes, y los segundos para que los usen sin reparo con su prole, pues sólo reportan saludables y provechosos resultados, no existiendo el menor peligro, ya que soy enemigo acérrimo de cuantos medicamentos pueden significar un peligro para la vida de los pacientes.

En mi larga práctica médica tuve ocasión de aplicar mi sistema osmoterápico en infinidad de ocasiones. Conservo patentes testimonios del éxito indiscutible de la Osmoterapia, entre ellos un certificado del Jefe Militar de Matamoros (México) extendido a raíz de mi actuación en el hospital militar de dicha ciudad como Teniente Coronel Médico, en el cual se hace constar mi útil labor que se tradujo en una apreciable reducción de gastos, al simplificar la terapéutica y en rápida curación de los soldados enfermos; sin que durante mi gestión se diese un solo caso de defunción. En esta ocasión pude tratar con éxito numerosos casos de pulmonía.

El sueño en sí es el estado que mejor favorece la curación de las enfermedades, pues durante el mismo es cuando se despierta y actúa con más vigor y efectividad la fuerza curativa propia del organismo.

El crecimiento del cuerpo humano empieza en el momento de nacer y dura hasta los veinte o veintiún años, pero lo curioso del caso es que sólo crecemos durante el sueño, nunca durante el día, y esto es debido a los rayos mitogenéticos. Por eso opino que en todas las habitaciones, durante la noche, debería haber un

fumigador de perfume apenas perceptible, pero de efecto favorable para la acción de los rayos mitogénéticos, con lo cual facilitaríamos en gran manera y con provechoso beneficio para nuestra salud el crecimiento del organismo.

CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO

El impulso dinámico

En los comienzos de este nuevo sistema, el de curaciones por medio de perfumes, nadie con más legítima paternidad que el profesor doctor Gustavo Jaeger, conocido desde hace medio siglo con el nombre de Woll-Jaeger, por sus camisas “Jaegerhemden”, y después por su libro “El descubrimiento del alma”, recibiendo el nombre de “Seelen-Jaeger” (Cazador de almas). Sus teorías sobre los defumatorios y esencias son las mismas que exponemos aquí. Jaeger y su célebre hermano, el “Turnjaeger”, tienen mucho de común con los hermanos Alejandro y Guillermo von Humboldt, y como ellos, son verdaderos genios. El Profesor Jaeger conocía, como pocos, la Química y su antecesora histórica, la Alquimia.

El arte de la química, dice Crollius, consiste en separar de la droga el veneno y el bálsamo curativo para que los medicamentos se vuelvan inofensivos al cuerpo humano.

El beato español Arnaldo de Vilanova, encontró cierta semejanza entre el hombre y la planta y ese algo lo llamó “spiritus”. En el hombre, decía él, obra ese espíritu como un arqueo o fuerza vital; los alquimistas la concebían como la quintaesencia, como algo inmaterial, dinámico. Lo consideran como una especie de proto, meta o hiperelemento. Flamel lo representa simbólicamente por una rosa de 5 pétalos, es decir, en los cinco pétalos hacía figurar junto a los cuatro elementos principales, tierra, agua, fuego y aire, una materia radiante, tal como más tarde la reconocemos en la materia irradiante de William Crookes. Los hindúes la designan con el nombre de “Akash”.

Si con las plantas tenemos de común el impulso dinámico, claro es que no basta transferir al hombre el dinamismo vegetal. Eso no se podrá hacer naturalmente con mezclas groseras, sino con la más sutil de todas, el perfume.

En el “Traité pratique d’auscultation et de percussion”, de Barth y Roger, se halla una notable disertación sobre la dinamoscopia descubierta el año 1856 por el doctor Collognes, de París. Introduciendo el dedo meñique en el oído se siente un ruido extrañísimo, semejante al ruido de un caracol que sentimos murmurar al aplicarlo a nuestro oído.

Lo notable es que ese ruido sólo se perciba introduciendo el dedo en el oído, y que no se consiga nada si se introduce un pedazo de madera o cualquier objeto muerto. Lannec ya hablaba de ese ruido hace cien años y lo llamaba ruido de contracción muscular.

Puede suponerse que tal rumor provenga del propio oído, pero no es así; es el cuerpo todo que se agita a través del dedo. Collognes tomó un diapasón y construyó un admirable aparato de metal que se introduce en el oído; el paciente debía tocar con el dedo meñique una placa metálica unida al aparato y seguidamente comenzaba el ruido, el cual se apagaba apenas faltaba la unión con el cuerpo. Ese aparato se llama dinamoscopio.

Entonces se midieron las oscilaciones y se comprobó que son exactamente 72 para dar el sonido del “re”. Esta nota es igual para el lado derecho como para el izquierdo. Sólo difiere para los paralíticos. Indagando más, se encontró que el sonido cesa y desaparece completamente cuando muere la persona. Así, la altura, amplitud, el timbre de ese sonido digital corresponde al estado de salud o enfermedad de la persona.

Normalmente, ese sonido alcanza siempre en los niños, jóvenes y adultos dotados de buena salud, a 72 vibraciones por segundo. En los enfermos o fatigados las vibraciones bajan a 36.

Estudiando más de cerca las causas, es, posible llegar a afirmar un diagnóstico por ese sonido. La diabetes, el reumatismo, la neurosis, etc., pueden ser determinados por su timbre. En ciertas molestias se encuentra un “la” con 54 vibraciones o un “fa” con 42. Esas vibraciones dinamoscópicas dan a conocer especialmente el tenor de nuestra energía curativa, de tal modo que en las personas enfermas el sonido es más grave y las vibraciones más lentas y cambian con el sistema y la curación.

Esa observación que se produce lentamente puede acelerarse instantáneamente por medio de perfumes. Basta, mientras se mantiene el dedo en el oído, con conservar una esencia en la nariz; inmediatamente se percibe el cambio de ruido. Es de observar que ese cambio sólo se produce cuando se acerca a la persona el perfume que le corresponde.

Tenemos aquí un método que, aunque indirectamente, permite determinar cuál es, para cada persona, la esencia que conviene; esencia que cada uno debe tener siempre a mano en caso de enfermedad.

CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO

Personas que huelen bien y personas que huelen mal

Hay un dicho antiguo que dice: “Al villano no se le puede sentir el olor”. Ese dicho encierra una profunda verdad. Existen personas cuyo olor no podemos soportar, cuya cochambre nos repugna, cuyo encuentro tratamos siempre de evitar. No obstante, estas personas tienen relaciones, amigos que las quieren, que se sienten atraídos por ellas. Ante esto nos viene a la mente otro proverbio: “Lo que para unos es un buho, para otros es un ruiseñor” ; y todavía un tercero: “Cuando dos hacen lo mismo, es que no es lo mismo”.

En el curso del célebre profesor Encause, de París, al que asistí en invierno de 1906, se hizo la siguiente prueba:

En un banco se sentaron 10 personas. Se habían bañado, puesto ropa limpia, y a nosotros, los estudiantes, se nos invitó a oler esas personas. Debíamos anotar en un cuaderno las observaciones y resultados que nos merecieran. Naturalmente que ya no recuerdo las particularidades del hecho. Pero ello pasó más o menos así: me agradó el olor del número 1, mientras el número 2 me repugnó. Encontré agradable el olor del número 4, y en cambio los números 7 y 9 olían muy mal, a mi parecer. Se compararon después las células y pudo verse que el olor que a unos repugnaba, agradaba a los otros. El número 8 que para mí era insoportable, otro le encontró olor a violetas.

Se hicieron entonces nuevas investigaciones, se estudiaron las comparaciones en cuanto a temperamento, carácter, raza y hasta analizamos la sangre; con tales experiencias se dejó establecida la posibilidad científica de determinar por el olor las simpatías o antipatías existentes entre las personas. Discípulos del mismo profesor francés sentaron más tarde que no se debe entrar en negocios con personas que no huelen bien, pues de ahí provienen muchas veces pérdidas inexplicables. Con el apretón de manos con que nos saluda una persona, como es costumbre establecida, no podemos recibir una impresión exacta de aquella persona, conociendo su olor, en cambio, podremos saber en seguida si aquella persona nos será simpática, indiferente o antipática.

Es costumbre en España y en la América Latina el besarse las mujeres entre sí al encontrarse; con esta costumbre tienen ocasión de percibir el olor, pues está probado que en estos casos el papel principal corresponde no tanto a la fina sensibilidad de los labios, sino al olfato.

En la Biblia se citan casos en que un hombre se echa a la cama junto a otro para curarlo por influjos vitales. ¡Así también, cuántas veces no sucede que un beso materno, ardiente, de amor profundo, salva la vida del hijo!

La química moderna debe encontrar todavía muchas esencias magníficas. Para mi olfato nada hay más delicioso que los efluvios de una criatura; huelen a vida, a arrebató, a amor inocente.

También las razas, como hemos visto, están separadas o ligadas entre sí por el buen o mal olor. Con la fina indagación racial de hoy el olor para nosotros extraño de otras razas, constituye un importante momento psicológico. Para nosotros, blancos, no hay nada más horripilante que el olor de una negra, y sólo quien vive en el sur de los Estados Unidos puede comprender el justificado proceder americano que reserva compartimientos especiales para los negros y otros separados para los blancos.

Yo tengo amigos negros, hombres de talento y de sociedad y me han confesado que ellos sienten lo mismo al aproximarse a una blanca, que les huele a cadáver. A uno que le recordé tantos matrimonios de blancas con negros, me contestó que eran perversiones que no deberían existir.

En las cabañas de los indios quetchuas sentí también un olor que se me quedó pegado por mucho tiempo. No digo que fuera desagradable, sólo que era diferente al olor de los indios mexicanos. En ambos casos, la emanación quedóme adherida por mucho tiempo.

Es cierto que podemos apartarnos de una persona que huele mal, pero existen casos en que depende del olor nuestro y del de nuestros semejantes el éxito de un asunto. Para eso está indicado el uso de un perfume especial que convenga a nuestra personalidad, uso que debería convertirse en una verdadera necesidad.

Quien está arrastrado por el torbellino de la vida, debiera imponerse como una necesidad indispensable el hacerse preparar el perfume propio, individual, conveniente, de la misma forma que lo hace para elegir sus vestidos, sus zapatos, su corbata. Para muchos, y de esto estoy seguro, sería el camino del éxito, el acercamiento a la meta que tratan de alcanzar.

Los niños, todavía no alejados de la naturaleza ni embotados por el goce de la carne, del alcohol y del tabaco, como nosotros los adultos, involuntariamente contaminados, estiran sus bracitos hacia las personas que huelen bien, mientras de las otras apartan la cabeza y lloran.

Es sabido que las personas que ocupan su vida en trabajos espirituales o cerebrales y que en su alimentación prescinden de todo condimento fuerte, sobre todo los vegetarianos, no emiten ningún mal olor después de muertos.

Este hecho ya lo hemos mencionado. Se ve comprobado al hablar del caso de algunos santos que después de muertos desprendían un olor agradable, aún siglos después, cuando sus restos eran transportados a otras sepulturas.

CAPÍTULO DECIMONOVENO

Reflejoterapia

No quiero escribir este libro sin mencionar a Asuero, para mí tan dura e injustamente combatido por sus propios colegas. Hay que recordar que Voltolini, Hack, Koblanck y muchos otros médicos aplicaron durante la guerra mundial el método que más tarde tomó el nombre del doctor Asuero, quien no sólo lo popularizó, sino que fue mártir del mismo, ya que sus colegas en la Argentina con su intolerancia, le llevaron a la cárcel por el sólo motivo de no haber legalizado sus títulos al visitar la República del Plata.

El método Asuero sigue aplicándose en la América Latina con verdadero éxito, no así en España. Nadie es profeta en su tierra; pero tiempo vendrá en que se hará justicia a este sistema y será nuevamente empleado, no como una moda pasajera, sino como uno de tantos métodos clínicos aplicable en ciertos casos dados.

Nosotros, aparte de reconocer los méritos del doctor Asuero, le agradecemos el haber llamado la atención sobre la importancia de la nariz, órgano de la sensación olfativa, como medio para realizar maravillosas curaciones.

Nuestro gran, aunque desgraciadamente poco apreciado sabio, doctor Flíess, profesor de la Universidad de Berlín, fundador de la teoría de la periodicidad del proceso vital, fue quien últimamente en su obra sobre la neurosis nasal refleja y después en sus libros sobre las relaciones entre la nariz y los órganos sexuales femeninos, dijo el primer indicio para el asunto que aquí tratamos.

Vino, mucho después, Bonnier, en Francia, quien nos indicó la centroterapia, que fue causa del extraordinario éxito obtenido más tarde por el doctor español Asuero con su reflejoterapia. ¿Qué era esto, en realidad? Los médicos tienen sus ideas especiales a ese respecto, pero ese libro no está escrito exclusivamente para los médicos, va dirigido al público en general y a él nos dirigimos. Todo el mundo de habla española supo de Asuero.

Se presentó un día al consultorio de este médico una enferma de varices muy avanzada. Asuero le dijo, después de reconocerla, que sufría también de la nariz. “Lo primero que tenemos que hacerle, continuó el doctor, es ablandarle ese pólipo que tiene en la nariz.” Sin más, Asuero la operó y tuvo necesidad de hacerle una cauterización. En el transcurso de esta operación tocó el trigémino.

La enferma volvió a los pocos días de la operación y lo primero que manifestó al doctor fue que las varices le habían desaparecido por completo. “¡Eureka!”, se dijo Asuero, “debe de existir una relación entre la operación de la nariz y las varices”. Se acordó de las experiencias de Bonnier y desde el día siguiente introdujo un estilete candente en la nariz de todos los enfermos que le visitaban.

San Sebastián, el puerto español donde Asuero tenía su consultorio, se tornó en poco tiempo en una Meca de todos los paralíticos ciegos y sordos de España, y no sólo eso, sino que muchos centenares de personas atravesaron el Atlántico y acudieron desde América que acudían a ser Asuerizadas por el médico cuyo método se había difundido amplia y rápidamente.

Me encontraba yo dando una serie de conferencias en la América del Sur, cuando los periódicos empezaron a hablar de las curaciones maravillosas del doctor Asuero. Contagiados por la eterna sugestión todos los médicos comenzaron allá a ensayar y más tarde emplearon el método de Asuero. Durante muchos meses no hubo paciente que no fuera examinado en las ambulancias por médicos para ver si tenía en ellos aplicación el nuevo sistema.

El alcalde mayor de una ciudad argentina, médico también, lleno de curiosidad me preguntó si yo sabía algo de esto, y le dije que durante la gran guerra había visto usar este sistema y entonces me pidió que hiciera la primera de estas operaciones en el hospital de la ciudad. Una mujer paralítica que desde hacía diez años era, una carga para el hospital, fue la primera que recibió de mis manos la espátula candente dentro de la nariz. Yo no podía negarme a mí amigo el alcalde y, sin embargo, me retiré escéptico del hospital. Tenía mis dudas.

Al día siguiente me llaman por teléfono pidiéndome que me trasladase al hospital. “¡Bonita cosa!, pensé yo, anoche quemaste la nariz a esa pobre mujer sólo por complacer al alcalde y ahora tienes que ver cómo saldrás del embrollo.”

En expectativa de lo que pudiera encontrarme al llegar al hospital, puse en marcha mi coche. Apenas había llegado a la puerta del hospital cuando, ¡oh sorpresa!, se adelanta la pobre ex paralítica y con lágrimas en los ojos me agradece la curación. Estaba radicalmente sana y después de años pude informarme que no hubo ninguna recaída.

Ese y otros prodigios semejantes se registraron por doquier, y por lo tanto siguió una verdadera asueromanía. Luego, entre los médicos, cada cual quería dar al asunto un sello personal y ofrecer algo diferente, y así se encontró la variante más inimaginable del sistema. No hablo de España; entonces estaba yo en América. En el interior de Bolivia encontré un curandero quien no usaba la espátula candente, sino que se servía de una especie de palito y como sustancia cáustica empleaba esencias olorosas. Con el tiempo el palito quedaba sucio, inmundo, y en broma le dije que era más fácil meter el frasco bajo la nariz del paciente.

Después me informó que siguiendo mí indicación había obtenido el mismo resultado. Entonces me dije: que todo esto no era más que sugestión, y años más tarde reaccioné y dije: “Puede que haya algo de sugestión, pero el hecho es que se han curado tantos miles de personas”, acordándome entonces de los estudios

de Fliess y comprobé que la nariz no sólo tiene relación con los órganos sexuales, sino que tiene que ver con todo el cuerpo.

Entusiasmado proseguí en mis estudios respecto a la Osmoterapia. En mi laboratorio preparé nuevos extractos y perfumes y vi que el ramo de la perfumería tan extendido por el mundo entero, tenía un aspecto nuevo, desconocido. Los perfumes ya no eran para mí solamente artículos de lujo, sino también remedios magníficos. Presentí que había dado con algo de mucho alcance y porvenir.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Sutilísima influencia de los olores en el organismo

Hay un sinnúmero de inhalaciones anestésicas y entre ellas tenemos calmantes, alucinantes, embriagadores y narcóticos, No se puede evaluar cuánto ha progresado la miseria de los sufrimientos humanos con el uso de las drogas heroicas. En Berlín, como en todas las grandes ciudades, existen seres criminales que venden a los infelices enfermos alcanfor, cocaína y otras drogas para aspirar, con las que obtienen cierta embriaguez. Últimamente ha habido hasta personas que aspiran vapores de bencina. Todo esto tiene consecuencias nefastas, fatales. Pero en la naturaleza encuéntrase siempre los polos opuestos, expresiones en contrario. Hay también sustancias que jamás crean hábito, que no acarrear desgracias, sino por el contrario, bienestar, y éstas son los perfumes y las esencias. En vez de alucinantes, embriagadores o hipnóticos, son estimulantes, es decir, excitantes en el mejor de los sentidos. Nuestra nariz es tan sensible y tan fina receptora nuestra masa cerebral, que 0,0005 gramos de sal de “escapolamina” ya los excitan.

En nuestro cerebro tenemos fibras finísimas que no pueden desarrollar su actividad, porque, dados nuestros hábitos de vida, se crean ciertas gorduras adicionales que se lo impiden. Está probado que los perfumes actúan disolviendo la materia grasa del cerebro, como lo demostró el Profesor Lewín en su obra reveladora.

Ya hemos llamado la atención sobre esto al hablar del muchacho que hacía parar los relojes.

Esos estimulantes operan en el cortical del cerebro, pero sin producir, como los narcóticos, síntomas de fatiga, activan la acción del cerebro y dirigen las fuerzas internas para la cura.

El estómago es sin duda el caldero de nuestra máquina. Éste sólo está en condiciones de actuar normalmente cuando se ve fortalecido por un olor apetitoso. Nadie puede tomar con gusto su alimento si le encuentra mal olor. Toda esencia es remedio y si la ciencia no es todavía capaz de explicar por qué sucede esto, aquí tienen a mano los hechos de la benéfica influencia de las sustancias perfumantes.

El mundo, con todo cuanto en él vive y se mueve, es un pensamiento de Dios, que continúa siempre, eternamente; ese pensamiento de Dios se refleja en nuestros pensamientos, los cuales son consecuencia de las sensaciones. El mundo existe porque lo percibimos y pensamos en él. Pensemos en que si los hombres no viesen ni pensasen más, el mundo se acabaría para nosotros.

La expresión del pensamiento es la palabra, el Verbo, el Logos, que todo lo creó, como el Evangelio de San Juan.

El pensamiento es el creador en el gran Todo. Si pudiésemos ver las irradiaciones del pensamiento, nos convenceríamos de que la belleza de las flores, sus espléndidos colores, son resultado de nuestros buenos o malos pensamientos; que lo amargo de las plantas, el veneno del escorpión o de la culebra sólo existen porque diariamente con nuestros malos pensamientos los volvemos a crear.

Simbólicamente nada feo ni nada venenoso había en el Paraíso, porque el hombre todavía estaba impregnado del principio bueno y divino. Vino entonces la serpiente y suscitó el principio del mal. Los malos instintos y el hombre con ellos fueron expulsados del paraíso; pero el bien no puede aniquilarse nunca aun cuando mantenga contra el mal perpetua lucha; así nacieron los buenos pensamientos y producen, aún hoy día, el néctar de las plantas. El perfume de las flores es la traducción de un pensamiento de amor. Es, pues, también tarea del médico y procurar la cura del alma, ya que todas las dolencias son consecuencia de nuestros malos pensamientos, resultados de nuestro miedo y de nuestra duda. Los mayores enemigos de la sociedad son la duda y el pesimismo, que aumentan toda aflicción, vergüenza, enfermedad y miseria. Sólo un optimismo continuo puede salvarnos.

Cuando estamos aniquilados bajo la impresión de preocupaciones diarias, lo que nos calma la vida de una obra de arte o bien el escuchar una suave y alegre música. Pero, en tales casos, nada actúa en nosotros en forma más benéfica que el emplear a tiempo el perfume adecuado.

El mal olor nos pone recelosos y pesimistas. El buen perfume, en cambio, nos infunde coraje, influye en nosotros vitalizándonos.

El doctor Walter Krísch, de Stralsund, fundó una nueva teoría sobre los órganos de los sentidos que abre nuevos horizontes a la moderna fisiología sensorial. Mucho se habla ahora del sexto sentido y muchos opinan que se le ha de buscar en la cuarta dimensión. Vemos entretanto, según Krísch, un gran avance, pues éste ya llegó al décimo quinto sentido. Sobre esto dice textualmente el informante: “Hasta ahora se creía en ciertas sustancias gaseosas que junto con el aire penetran en la nariz excitando nuestras células olfatorias. Según esa concepción sólo oleríamos una sustancia cuando gran número de sus moléculas, en la llamada “Nube de perfumes”, toque nuestra pituitaria.

Pero, últimamente, interesantes y concluyentes observaciones rebaten toda esa teoría. He de observar, por ejemplo, dice el doctor W. Heinze, que una mariposa, la geometrina de la encía, percibe una sustancia en esa dilución que, en verdad, ninguna de sus moléculas podría tocarle más que el cuerpo. Esa geometrina siente, pues, sustancias que no pueden tener ningún contacto con sus órganos

sensitivos. De esa y otras consideraciones el doctor Krisch concluyó que el olfato como la vista, el oído y demás sentidos, se efectúan por oscilaciones electrónicas.

Esa teoría del doctor Krisch apoya los principios terapéuticos por nosotros formulados en el presente libro, pues precisamente queremos activar la valiosa fuerza curativa existente en nuestro ser íntimo,

La materia de la materia es la vida, la vida de la vida es la conciencia, la conciencia de la conciencia es el alma, el alma del alma es el espíritu, el espíritu del espíritu es Dios, Sin él nada podemos los humanos.

Toda materia irradia, toda irradiación es luminosa, aunque no siempre la percibimos, toda luminosidad es electromagnética, todo electromagnetismo proviene del sol, La luz solar proviene probablemente de un sol central, ese sol central está impulsado por Dios, pero Dios reside también dentro de nosotros, por eso San Juan dice que somos Luz.

Esa Luz dentro de nosotros es la que nos sana cuando nos encontramos enfermos. Dios, por último, es nuestro médico único, pero el actúa sólo en ciertos ambientes, sobre ciertos medios y por eso creemos que uno de esos medios representa las esencias íntimas, los olores, los perfumes, y por eso vimos al principio del libro que en todas las religiones del mundo se usaba y se usa incienso, es decir, perfumes.

Ya hace muchos años que trabajamos con nuestros perfumes, mucho antes de editar por primera vez el presente libro y de vez en cuando recibimos cartas de clientes agradecidos de Centro y Sudamérica, que en vano intentaron otros sistemas para restaurar su salud y recurrieron a mi consejo médico en Alemania.

Hace poco que una madre afligida me escribió respecto a una hijita de ocho años de edad; criatura de cuerpo bien formado, pero que presentaba síntomas reveladores de una triste vida psíquica. Hace más de un año que la chica daba muestras de gran distracción; por la noche, su sueño era agitado y se paseaba mucho por el cuarto llegándose a pensar que pudiera trastornarse, aunque en el día no se acordase del desasosiego de la noche. En los últimos tiempos se manifestaron, además, síntomas de cleptomanía. A veces, la madre echaba de menos dinero, cuyos restos se encontraban después en poder de la chiquilla. En otras ocasiones, faltábale plata a la criada. La madre halló en poder de su hija libros nuevos que ella no le había comprado. Esto afligió mucho a los tristes padres de la chiquilla.

A las reprensiones más o menos fuertes, siguieron las confesiones, pero no hubo mejoría ni arrepentimiento. No faltaron reincidencias.

Naturalmente que esa evolución de la criatura se desarrolló también desfavorablemente en la escuela. Los médicos brasileños a quienes se consultó

estaban frente a un enigma, y después de probar varias cosas ya no supieron qué recetar; tampoco tuvo mayor éxito un médico alemán que fue consultado.

En ese trance, la desesperada madre lee mi libro y recurrió a mi dirección en Berlín, la que le fue facilitada por un partidario de mi sistema.

Nos complace haber podido dar a la desconsolada madre la indicación que la llevó a un éxito duradero y produjo la completa curación, como lo atestigua muy agradecida en una carta.

Relataré una experiencia curiosa que ya cité anteriormente, que conoce todo médico, pero interesará también al lector.

Uno de los médicos más famosos de los últimos decenios, Pawlow, hizo una fístula artificial a un perro, es decir, le hizo un canalito desde la piel hasta el estómago y luego metió por ahí un tubo de goma por el cual se salía parte del contenido del estómago. Resultó que cuando al perro le enseñaba desde lejos un trozo de carne el estómago del animal se animaba, producía jugo gástrico para poder digerir aquella carne tan pronto se la diesen a comer.

Ese aumento de secreciones se repetía cada vez que el doctor mostraba algún alimento apetecido por el animal. Luego se le ocurrió hacer sonar al mismo tiempo una campanilla. El perro recordaba entonces que cuando sonaba la campanilla le traían alimento, se ponía en acecho y desde luego se veía cada vez que del tubito salían más y más secreciones.

Esta experiencia fue concluyente para la ciencia médica. El estómago reaccionaba por una acción refleja, y como eso continuaba lo han llamado reflejo continuado.

Esto, naturalmente, que se puede hacer con un perro, se puede repetir con una persona; un hombre o una mujer, un niño o un anciano, y en lugar de hacer sonar una campanilla se puede hacer oler un perfume. La cuestión es llegar al subconsciente.

Esto es lógico y nosotros lo hemos realizado en nuestra Osmoterapia centenares de veces, y siempre con un éxito grandioso.

No quisiera dejar de dar aquí el método que prescribí para curar a la niña a que antes me he referido. La muchacha debía copiar en un papel frases como ésta:

“Yo quiero seguir siempre los consejos de mi madre” “Yo quiero dormir tranquilamente por la noche”. “Yo no quiero sacar más dinero indebidamente”. “Yo quiero estar siempre atenta en la escuela”.

Mientras la niña escribía esto, la madre le pasaba por el rostro un pañuelo embebido de un perfume preparado especialmente por mí. De ese modo, la niña identificaba y mezclaba, al mismo tiempo, sus declaraciones con el perfume.

Esa misma noche, cuando dormía, el pañuelo fue colocado sigilosamente en una mesita cerca de la cabeza de la niña. Dormida así, pues, recibía durante toda la noche en su subconsciencia y sin darse cuenta se acordaba en todo momento de lo que había prometido.

La operación debía repetirse durante algunas noches hasta que la niña estuvo libre de tales vicios mórbidos. Como he dicho, la madre me escribió que el resultado fue matemático, absoluto; la niña sanó por completo.

Los médicos que leen esto debieran experimentar la Osmoterapia, ya que estamos hasta hoy tan impotentes, tan incapaces frente a casos semejantes.

Este ejemplo nos lleva a aplicaciones prácticas. Luego que se haya localizado una enfermedad, debemos aplicar, según el caso y el sistema indicado, varios perfumes. Podría decirse que este solo ejemplo sienta la base de toda la Osmoterapia. Es la indicación de su empleo. Una prescripción precisa para la curación radical de males, desvíos o molestias mentales. Deseo que el lector aprenda a comprender, precisamente en la historia de esta dolencia, la Osmoterapia.

Me ofrezco gustoso para indicar a los enfermos la experiencia adquirida en largos años. Naturalmente que les recomendamos que aspiren de día, en determinados períodos, ciertas esencias. La influencia en el subconsciente durante el sueño es un factor esencial.

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

Los médicos orientales curan con perfumes

Establecióse una vez en México un médico chino. Se contaban de él cosas maravillosas y tal vez debido a la atracción de su rareza y exotismo el hombre tenía una romería de clientes y, algo increíble, un éxito médico fabuloso.

Hacía tiempo que yo tenía deseos de ir a visitar al chino, pero titubeaba; tal vez podía intimidarse él con mi visita, dado mi carácter de médico oficial delegado de sanidad. No habiendo pensado en mandarlo llamar esperé la oportunidad favorable.

Pues bien, con un pretexto cualquiera, tuvimos una noche un gran banquete, como se acostumbra en México. Hubo profusión de todo, se comió y se bebió en abundancia. El resultado fue que a la mañana siguiente me sentí con un desarreglo gástrico, o para ser franco, contra mi costumbre, se me había pasado un poco la mano. Mi ayudante, guiñándome un ojo, me dijo: “Mi Coronel, ¿por qué no consulta al chino?”

Dios santo, pensé, ¡qué luminosa ideal Y dicho y hecho.

Me puse un vestido viejo, un sombrero igual y me dirigí a casa del curandero. Noté que no me había reconocido y me recibió despreocupado.

¿Qué tiene el señor?, me preguntó acentuando las palabras.

Pues, sí lo supiese, contesté, no habría venido a consultarle. Examíneme.

Me acercó una silla junto a la mesa, apoyó en ésta mi mano y me tomó el pulso, no en la forma que lo hacemos nosotros, sino aplicando el oído en mi mano. Me reía para mis adentros y pensaba: así vas a tener mucho que buscar. Mantuvo él esta posición por lo menos un cuarto de hora. Después se sentó muy tranquilo y con gran asombro mío dijo: “No es nada. El señor sólo tiene un desarreglo pasajero; mañana ya estará repuesto.”

Ya más confiado le entablé conversación. El buen chino conocía bien nuestra medicina occidental, pero creía mejores sus procedimientos y no veía motivos, para cambiar.

Terminado su diagnóstico, él tenía encendida una especie de lamparita de la que pronto comenzaron a salir vapores perfumados. Pregúntele qué era aquello, a lo que me respondió: “Es un inhalatorio. Aspire eso y pronto quedará sano y ahorra medicina.” “Sí, dije, experimentaré tu Osmoterapia.”

Contaba estar al día siguiente más o menos sano de mi desarreglo gástrico; pero lo interesante era que el chino empleaba mi sistema y por eso refiero aquí el caso.

En Berlín también tuvimos ocasión de conocer a un médico lama. Hace años practicaba aquí el lama Rintschen, encargado de vigilar y velar por los mongoles domiciliados. Trajo de Oriente su propia botica y no compró jamás un remedio alemán. También él curaba por los perfumes.

Esas personas no pensaron jamás ni aun adquiriendo el saber de nuestros médicos y en adoptar nuestros sistemas, como dice el doctor W. Filchner en su muy célebre obra sobre estudios orientales: “Conocer no siempre significa aceptar”. Me complace el haber conocido más de cerca cierta parte de esa obra admirable de Filchner, en manuscrito, que fue para mí, en varios puntos, el complemento del libro de Hübotter, “Contribuciones al conocimiento de la farmacología china, así como de la tibetomongólica”. Siempre recuerdo también las indicaciones de mi vecino W. A. Unkrig, a quien agradezco el haber tratado tantos problemas en el campo del lamaísmo, publicado algunos textos referentes a ellos y traducido del ruso y del chino disertaciones sobre esta materia. Los tesoros que tiene Unkrig de apuntes sobre los médicos orientales fueron para mí una fuente inagotable de aprendizaje y sentí vivamente cuando ese sabio que vivía a pocos pasos de mi casa fue llamado a ocupar un puesto en la Universidad de Frankfurt. Me comunicó personalmente conocimientos para mí hasta entonces desconocidos en el terreno de las religiones orientales, especialmente del lamaísmo, y así pude profundizar y ampliar mis conocimientos que me habían proporcionado sus publicaciones.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO

Todo fluye, todo respira, todo irradia

Todos conocemos la razón de aquella frase: “Todo fluye”, pero con mucha más razón podemos decir: “Todo respira” y “Todo irradia.”

Aun cuando con nuestros órganos físicos no siempre podemos observar esos hechos, los médicos debemos tomar en consideración y dar a la Respiración e Irradiación más importancia y no olvidarla en la aplicación, en la curación de las enfermedades.

Todas las funciones de la vida requieren un ritmo, es en último término la Armonía la que decide el bienestar.

Salud es armonía, enfermedad desarmonía, y los médicos tienen el deber cuando descubren desarmonías, es decir, cuando se encuentran frente de un enfermo, de que la armonía vuelva otra vez a producirse o establecerse en las funciones vitales, cosa que es muy difícil con los medios que nos ofrece la alopatía. Mucho más fácil y seguro lo es para muchos con las dosis infinitesimales de la homeopatía y para nosotros, sobre todo, en la forma de la Osmoterapia, porque es una ley aceptada por los homeópatas, el que mientras más sutil, más infinitesimal sea un agente, más fuerte es su acción.

De manera que podemos establecer este axioma: “Mientras más sutil sea el medicamento, tanto más fuerte y segura será su acción.”

Goldscheider dice: Cada irritación provoca reacción, es decir, curación. La palabra irritación tiene siempre algo desagradable para nosotros, pero no podemos eximirnos de usarla en asuntos médicos, lo que debemos hacer es no esperar a que se presenten esas irritaciones, sino más bien valerse de un medio profiláctico, irritar y provocar siempre, pero no irritar con cosas toscas, sino usar algo que en sí ya sea curativo y eso es, sin duda, la Osmoterapia con sus perfumes.

Ya hemos visto que el cuerpo humano está hecho de pequeñas células, y la ciencia nos ha enseñado que nuestro organismo está construido por millones de células, y éstas nacen, crecen y se dividen; por eso en el cuerpo humano no están un segundo en reposo, al contrario, en perpetuo cambio, en constante mutación, al impulso de los rayos mitogenéticos.

Esto es lo grandioso, lo gigantesco; que la naturaleza está en constante, ininterrumpida transformación y ya hemos visto que las células nacen, crecen y mueren. Están en constante contracción y dilación y este proceso nos obliga a

aceptar en una sustancia etérea e intercelular, que podemos identificar con el éter omnipenetrante.

Lo que sea en sí el éter no podemos definirlo aquí, ni extendernos a argumentar que si la plasmogenia tiene razón en decir que se trata de una emanación de sílice, pues la composición en sí del éter es aún para todos un enigma, lo que sí es seguro es que existe esa sustancia intra e intercelular, llámese éter o tenga otro nombre separado o unido a las ondas y los rayos que ya hemos mencionado al principio de este tratado.

También es seguro que las células se mueven y ese movimiento no puede ser detenido ni durante el sueño ni a voluntad y el cambio de su forma durante nuestra vida no puede ser detenido por nada.

Sí meditamos sobre este fenómeno nos tiene que parecer una verdadera profanación que en caso de enfermedad se pretenda lograr la armonía de la vida con preparados groseros, materialistas.

El médico consciente de su misión, que se siente sacerdote, que concibe el cuerpo como algo santo, debe sentirse animado a buscar nuevos caminos para la ciencia médica, por lo menos ser tolerante con los que los buscamos con afán, y se verá obligado a aceptar que los medicamentos no solamente vayan por la boca y estómago, en inyecciones o enemas, sino que tendrá que aceptar también la vía olfativa y la frase bíblica que ya cité, que dice: "... y alentó Dios por la nariz, sople de vida..."

La respiración es tan vitalmente esencial al microcosmo célula como al macrocosmo cuerpo. En la respiración hay una tendencia constante de atracción y repulsión de sustancias y fuerzas. Respirar en el sentido más material, significa el intercambio de la sangre y la eliminación de las escorias o elementos morbosos de la sangre por el pulmón.

Hay una ley cósmica que dice: "Sicut superius sicut inferius". Como es arriba, así es abajo, o en otras palabras : Los mismos procesos se desarrollan en lo grande como en lo pequeño; por eso podemos, con todo derecho, comparar la respiración pulmonar con la de las células.

En la respiración de las células se realiza un intercambio de sangre en la célula y, al revés, por el sistema capilar, en esa red polirramal de todo el organismo.

Schmidt dice que toda respiración interna del cuerpo sólo es para transmitir, es decir, para servir de vehículo y que mientras el líquido sanguíneo porta el jugo transformador de los alimentos, los corpúsculos rojos en su peregrinación por el cuerpo traen oxígeno y llevan al regresar ácido carbónico.

La magnitud de la respiración, es decir, la profundidad de la respiración y el ritmo de ella influye sobre la vitalidad del organismo, cuyo ritmo en general significa bienestar o malestar de la vida, es efecto de la respiración. Respiración es vida.

Tenemos una ciencia nueva, la BIOECENOSIS, es decir, el estudio del ambiente o del conjunto de influencias del medio que habitamos y que determina en los seres vivos ciertas cualidades y esas cualidades son la base de la biosofía, la ciencia de la vida.

Debemos estudiar, indagar cuáles son las sustancias con que vivimos que influyen en nosotros no solamente en la alimentación, sino también en el aire que respiramos, atraer siempre lo bueno y rechazar lo malsano, lo impuro. Hasta cierto punto hacemos esto al abrir una ventana para ventilar el cuarto donde estamos, “al combatir en las fábricas el polvo dañino”. Empero con esta medida sólo logramos el aire puro, cierto es que el aire puro de por sí no es una panacea, un curalotodo, ya que en alta mar donde el aire es puro también hay enfermedades. Lo que necesitamos es Aire Curativo, por eso es digna de elogio la idea de llevar a los tuberculosos a las montañas, a los bosques de pinos.

La Osmoterapia va todavía más lejos; se vale del aire como vehículo de las sustancias medicamentosas.

El ideal de la Homeopatía sería llevar en la inspiración sus globulitos, pero eso no lo permite nuestra constitución y yo no me puedo deshacer de la idea de que todo medicamento, y allí entran también los homeopáticos, al pasar por nuestro aparato digestivo sufran cambios tanto químicos como fisiológicos.

En España se admirarán de que cite tanto a los homeópatas. No hay que olvidar que soy alemán, que los últimos decenios he residido en Alemania donde la Homeopatía ha tomado un incremento grandioso, y no exagero al afirmar que más del treinta por ciento de los médicos alópatas se han convertido en homeópatas, y un tanto por ciento más elevado aún, a la medicina biológica; los naturistas se cuentan por millares y muchos de ellos descuellan como verdaderas eminencias. Por el contrario, en Alemania creen que exagero cuando afirmo que en España pueden contarse con los dedos de una mano los médicos que ejercen el naturismo, de los cuales ocupa el lugar más destacado por su labor y estudios el doctor Ferrandiz y el más popular por sus obras de divulgación naturística, el conocido Vander.

El homeópata honrado y progresista que quiere ser consecuente con su escuela, se verá obligado a preparar sus medicamentos en condiciones de poder ser introducidos al organismo por medio de la respiración.

La Biogenosis, que ya citamos, durante decenios de años se ha ocupado de los microbios y de su destrucción, y recientemente principia a prestar su atención a

la influencia electromagnética de ciertos gases, de corrientes invisibles, y es más, ya comprende y acepta una fuerza cósmica, o sea la influencia etérea.

Durante la guerra mundial tuvimos experiencias muy amargas y vimos cómo con gases se mata. Los compañeros médicos que tomaron parte en esa horrible hecatombe recordarán que se hablaba de bombas de ajo, de violetas, de alelí y de otras materias, por su parecido olor. Esos gases y perfumes invisibles se esparcían en extensiones de kilómetros y kilómetros, matando a cuantos seres vivientes lo respiraban. La composición de estos gases se guarda en secreto, pero sabemos que muchos de ellos estaban constituidos de sustancias vegetales que convertidas en una especie de neblina mataban a la gente.

Todo en el mundo es bipolar. Si vemos que con un polo se puede matar, el polo contrario debe dar vida y la química, como ciencia que ha inventado los gases mortíferos, debe podernos preparar perfumes como gases vitales.

Los perfumes son sustancias gaseosas, son rayos, su expansión es radial, en un cuarto invadido por el olor se perfuma, tanto el suelo como el techo, las paredes, los muebles y las personas, todo el ambiente está saturado por la sustancia odorífera.

Todo eso son perogrulladas que todo el mundo tendrá que aceptar, salvo que no quiera, por intereses creados o por cualquier otro motivo egoísta.

Sigamos adelante. Ya hablamos de que el cuerpo está constituido por células, pero las células están a su vez formadas de átomos. En varios de mis libros siempre he subrayado que el átomo, desde cierto punto de vista, es un trío compuesto de materia, de energía y de conciencia. Sólo con la aceptación de esa base del átomo como trío de materia, energía y conciencia, podemos explicarnos todos los fenómenos y manifestaciones de la vida y las cosas de la naturaleza. Sin este trío como base, todo se reduce a un enigma. Se puede ir más lejos aún; aceptar la hipótesis de que la conciencia individual no sea más que el conjunto de la conciencia de los átomos de nuestro cuerpo.

Esa conciencia empuja, anima la eliminación de las sustancias morbosas y atrae las sustancias vitales. La vida misma para mí no es otra cosa que la lucha de ese trío entre sí.

En la vida orgánica de las plantas domina el mismo trío y ese tiene su expresión más fuerte, más marcada, en el perfume de las plantas y de las flores.

La homeopatía ha probado que la fuerza máxima que reside en el volumen mínimo de los exponentes reside en los corpúsculos, ya hemos citado los rayos corpusculares. Estos corpúsculos odoríferos están acondicionados por su posición y se podría sostener que la vida en general no es más que un proceso eléctrico y todo se reduce a ondulación e irradiación.

Nosotros diferenciamos muchas ondas y sabemos diferenciar entre las que nos transmite la música por la radio, de las que nos da la luz o las que nos transmiten el calor. Los rayos osmóticos son mencionados y descubiertos hipotéticamente por el autor de este libro. La escala de las ondulaciones primeras ya es muy conocida; hablamos de ondas largas, ondas normales y ondas cortas; de rayos infrarrojos y ultravioleta y llegamos a emanaciones reducidísimas de mu-mu; pero, ¿quién nos dice que el límite establecido por los radiólogos hasta el presente, teóricamente no puede llegar a mu-mu-mu?

Ya vendrá el tiempo en que podremos coronar nuestros estudios estableciendo la longitud de nuestros rayos. El hecho de que no podamos hasta ahora medir estas microondulaciones no nos autoriza a decir que no existen. Los estudios de von Reiter y Gabor, comunicados a la casa Siemens, dan la prueba de que se puede contar en tiempos no lejanos en un gran adelanto en estas investigaciones.

Ya Lakhovsky descubrió estas ondulaciones cósmicas y les atribuyó longitudes que continúan en esa escala hasta cifras siempre más pequeñas.

Yo sostengo que todo ondula, que todo irradia, especialmente todos los seres organizados; animales y plantas emiten emanaciones.

Teóricamente podemos nosotros formarnos idea de varios cuerpos.

Separada la carne, la sangre, los músculos y nervios, etc., queda el esqueleto como cuerpo de por sí. Ahora en estado rígido podemos unir la carne y formar un nuevo yo sin huesos. De ese hombre de carne podríamos teóricamente separar la sangre y conseguir un cuerpo sanguíneo como un tercer Yo. Todavía podemos, teóricamente siempre, separar de él todo el sistema nervioso y presentar como una red de enjambre, otro Yo más. El Yo de nervios lo vimos en la exposición de higiene de Berlín, pero sigamos divagando, los nervios irradian, ellos siempre emiten rayos y podríamos separarlos dejando los nervios como un alambrado y un Yo de neblina radiante formado por los rayos emitidos por los nervios. Y todavía nos queda separar de estas emanaciones los rayos mitogenéticos y tener un Yo mitogenético, y por último un Yo osmótico, el que a nosotros aquí nos interesa en la relación del reino vegetal con el hombre.

Si separamos las glándulas desde la epífisis, hipófisis, pasando por la tiroides, los cuerpos epiteliales, el timo, los riñones suplementarios, las sexuales y todas las miles de menos importancia, tendríamos un cuerpo glandular y seguro que sus secreciones, que irradian también, animan la emanación de una a otras y creo que el fenómeno de las fuerzas curativas dentro de nosotros radica en la acción recíproca que resulta de esas glándulas, de la sangre y del sistema nervioso, que todos no son más que vehículos, la base es nuestra alma, es espiritual y lo estudiamos como nuestro subconsciente.

Un médico americano, sin conocer mis publicaciones sobre la Osmoterapia, examinó la influencia de algunas plantas sobre el organismo y vio que con ciertas plantas de flores olorosas el resultado fue mayor. El procedimiento de ese médico consistió en poner sobre el cuerpo de un enfermo diversas flores y observar las modificaciones del iris y constató que la influencia de la planta se notaba desde luego por una dilatación del iris y después por varias modificaciones.

Nosotros podíamos haberle dicho que hacía años que conocíamos este fenómeno provocado por nuestros perfumes. Una prueba de la existencia de las emanaciones cósmicas nos la proporcionan más visiblemente los extremos de las raíces de las cebollas, que ya hemos citado anteriormente.

Todo se magnetiza recíprocamente en la naturaleza. Recordemos de nuevo los rayos mitogenéticos que nos prueban que las irradiaciones que parten de un organismo reaccionan hasta sobre sustancias inorgánicas.

Volviendo otra vez a la experiencia de las puntas de las raíces de las cebollas, leo en una revista científica que haciéndolas pasar por unas planchitas de cuarzo se vio que las traspasan sin disminuir para nada su acción.

Podría presentar aquí muchos informes científicos que he reunido en mi biblioteca, pero veo que entraríamos en un terreno muy difícil para la comprensión del público. Queremos hacer un tratado más o menos popular para que la entienda todo el mundo y no un tratado médico.

Es un hecho que existen esas irradiaciones tratadas y que toda sustancia puede ser expuesta a ellas o provocar así en ella misma emisión. Podemos recordar en ese sentido la transmutación o destrucción de las sustancias radioactivas.

En la dilución o sutilización se puede ir tan lejos que la acción química de la sustancia enfrente de efecto de por sí pierde en importancia. Se puede, por ejemplo, destilar agua haciéndola pasar por filtros o cedazos de plata y, sin embargo, se puede probar que esa agua queda libre de la plata. Podemos, pues, diferenciar perfectamente entre la reacción de los metales y su acción misma. Más todavía, podemos afirmar que a medida que la sustancia se diluye, aumenta su acción irradiante.

Kolisko ha probado que una sustancia diluida según ciertas leyes establecidas, activa y favorece el crecimiento de las plantas. El máximo de la acción lo consiguió a la vigésimo séptima potencia decimal y la mínima a la décimo cuarta, y en eso las experiencias de Kolisko van conforme a la Osmoterapia.

Haciendo un resumen, quisiera repetir: Toda sustancia, sobre todo aquella que está fundamentada en un proceso vital, tiene irradiaciones que en todas las otras sustancias o procesos vitales ejercen su acción.

Las investigaciones y análisis prolijos nos dieron la razón para sostener la ley siguiente: El producto de la acción substancial (materia) y la acción irradiadora (creaciones etéreas) es constante, es decir, mientras mayor sea la cantidad de materia, tanto más pequeña será la acción irradiante, y a la inversa. De ahí partimos sosteniendo que mientras más fina sea la materia de nuestros medicamentos tanto más fuerte es su acción.

¿Qué más quieren los homeópatas que les diga el descubridor de la Osmoterapia? El doctor Ferrandiz, después de leer parte del original de este libro, sentenció: “La Osmoterapia es la sublimidad de la Homeopatía.” Sí, mi querido lector, así es.

Ahora bien, la forma más sutil que tenemos de la materia es, sin género de duda, en su estado gaseoso e irradiante. Sostenemos que las moléculas gaseosas tienen el poder radioactivo más grande y en eso está la prueba de la acción de la homeopatía y es seguro que al enfermarse nuestras células, el resultado más grande en la práctica se puede obtener con los medicamentos gaseosos, es decir, con la Osmoterapia.

Podemos decir cuando estemos enfrente de un enfermo: respira y conquista la salud oliendo sustancia medicamentosa apropiada.

Otra cosa que recomiendo que repitan los homeópatas. Llevado por la curiosidad, he preparado y he hecho preparar esencias fuertes de los perfumes y los he inspirado con fuerza y prolongadamente, al poco tiempo experimenté síntomas de enfermedad y pude confirmar la ley de ellos: “Similia similibus curantur”. Y así considero a la Osmoterapia como el coronamiento de la escuela de Hahnemann.

Todos los homeópatas que conocen la vida de Hahnemann saben que él ya hizo las mismas experiencias, de forma que en este sentido puedo considerarme como continuador de Hahnemann.

Curarse por medio de la respiración oliendo sustancias odoríferas es muy bueno, pero mejor, más cuerdo es prevenir las enfermedades, actuar con profilácticos allí donde hay peligro de enfermedad.

Ya dijimos antes que hay que preparar aire curativo. En los buques que vienen infectados prohíben subir y bajar al pasaje hasta que el barco no esté fumigado, se hace esto sobre todo cuando hay peligro de contagio de una enfermedad.

Eso se ha usado desgraciadamente en los vapores y la gripe que arrebató miles y miles de vidas anualmente y millones y millones de gastos, podría ser curada y sobre todo evitada si desinfectáramos por medio de preparados osmoterápicos las escuelas, los edificios públicos y todas las casas en general. Ya se ha hecho esto, pero debería hacerse más.

Volvamos sobre el tema principal del tratado, sobre la irradiación. Hay un campo muy vasto para probar las irradiaciones y eso está en los fenómenos de la cristalización que vemos sobre en invierno en los países del norte cuando sobre nuestras ventanas el hielo proyecta esas figuras geométricas multiformes.

Nosotros podemos experimentar con las reacciones de las cristalizaciones en su formación etérea al provocar cualquier cristalización, por ejemplo, si ponemos una o dos gotas de jugo de plantas sobre clorhidrato de cobre, el aspecto cambia inmediatamente. Las experiencias que hicimos en nuestro laboratorio nos probaron la diferencia de esos jugos.

El jugo de una rosa acuática desapareció a los quince días, mientras el jugo de magüey, la planta sagrada de México, más de año y medio.

El estudio de las plantas medicinales es muy interesante y España tiene que agradecer al doctor Ferrándiz el haber fundado la “Schola Populares Botanicae”, dotándola de un magnífico edificio y de terrenos propios para la experimentación y estableciendo una cátedra de Osmoterapia que tengo el placer de ostentar.

Los perfumes o los gases, o digamos las sustancias etéreas de las plantas deben obtenerse de plantas debidamente cultivadas, teniendo en consideración las influencias cósmicas. Sabemos que la acción del sol es diferente por la mañana del mediodía y que la luna tiene sus diferentes fases en las que ejerce diferentes efectos sobre los vegetales.

Eso debe de tenerse en cuenta al sembrar y al cosechar, pues en las grandes granjas de experimentación, unidas a universidades y al Ministerio de Agricultura, han probado el cambio de la actividad en relación con el cambio del magnetismo terrestre y queda confirmado por el aumento y disminución de la luz polar.

El osmoterapeuta para cultivar y cosechar las plantas debe estar instruido en la ciencia, de otra manera el querer actuar con cualquier perfume sin conocimientos es engañar al consumidor. Tiene costumbre la gente de comprar en las herboristerías hierbas muchas veces sucias y luego en sus casas las guardan en lugares desapropiados.

No basta al estudiar botánica conocer el nombre, lugar donde se cultiva y desarrolla, condiciones que requiere una planta, sino que es necesario tenderla y cuidarla como si fuera un animal. Yo he sugerido siempre a mis discípulos que deben tratar a las piedras como a plantas, las plantas como animales, los animales como seres humanos y a las personas como a ángeles.

Podemos aprender de la naturaleza, que no es egoísta como nosotros, ya que ella no siempre tiende a la utilidad, a la productividad material, sino que lo espiritual

es de máxima importancia, nos lo prueba el naranjo, el cual antes de brindar sus frutos nos ofrece sus azahares, con ese olor casi divino.

Los antiguos mejicanos trataron así a las plantas y en pocas partes del mundo hay lugares tan propicios para estudiar la botánica médica en nuestro sentido como en México y en el Perú, hurgando la literatura antigua, es decir, la pre-colombiana.

CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

Seres de buena y de mala sombra

Cuántas veces se escucha a una persona que dice: Fulano me ha echado la sal, me ha servido de mala sombra. Como también otros dicen: Desde que estoy con Fulano mis asuntos van mejorando, me ha servido de mascota. Muchos de mis lectores conocerán la comedia española que lleva por título “La Mascota”.

Es una superstición, dice la gente ; pero estudiémoslo.

Es seguro que cuando dos seres se encuentran sin querer se establece siempre contacto. Entre los seres humanos hay cierta relación invisible de atracción y rechazo que no depende de la voluntad ni es consciente.

Es verdad que para comunicarnos con nuestros semejantes nos valemos de la mirada, de los gestos y, sobre todo, de la palabra; y hasta ahora los psicólogos generalmente habían creído que de estos tres vehículos dependía todo.

Hay impresiones inexplicables que recibimos de las personas que encontramos, que nos dejan huellas indelebles aunque no hayamos tenido ocasión de hablar con ellas.

Existe una especie de comunicación de carácter muy raro que se transmite de uno a otro, sobre todo con la primera impresión, que, por otro lado por medio de la mirada, gesto o palabra, puede ser desvirtuada aparentemente, pero nunca de una manera definitiva.

Es indiscutible, hay personas con las que no congeniamos, cuya presencia nos irrita; a otras personas nos dan ganas de acariciarlas.

Hoy sabemos que la mirada, gesto y la palabra son de efecto secundario; lo primordial, lo más efectivo es ese intercambio de ondulaciones radiantes que aunque no son ondulaciones luminosas visibles ni sonoras, sino olorosas, actúan como una compenetración mutua de esa materia sutil que nos envuelve.

Los poetas han abusado de la frase, la voz del silencio. La verdadera voz del silencio se percibe cuando se está con otra persona y que actúa, ya para atraérsela o para rechazarla.

Las palabras pueden después confirmar nuestro aserto, pero rara vez dar el impulso.

Vivimos dotados de una especie de órganos invisibles que no están hechos de materia común, no hieren nuestra retina, pero se sienten con los ojos del alma.

A todo el mundo le sucede que estando en una pieza obscura se descubre si hay en ella otra persona, aunque no la veamos ni la toquemos.

No es verdad que sólo haya personas sensitivas, que tienen la facultad de sentir a los demás;; no, estas emanaciones las siente todo el mundo.

Es inútil que aparentemos ser indiferentes, nadie nos es indiferente en absoluto, sino que todos nos dejan alguna impresión. En otras palabras, nuestras emanaciones son siempre heridas por las emanaciones de los demás; ya sea en un sentido o en otro.

El porvenir de la Osmoterapia no está solamente en el terreno médico, sino en el terreno social.

Tenemos personas que nacen con cierta simpatía, tienen un olor personal, en su presencia nos sentimos bien, basta que estemos con ellas para que nos animen en la conversación. En su presencia nos sentimos hasta más sanos; parece que nos carguen con sus efluvios personales. A estas personas les salen siempre bien sus asuntos; si son médicos, tienen una buena clientela; si abogados, lo logran todo con éxito; sí son comerciantes disfrutan del favor del público; etc. Personas así parece que nos benefician con sus emanaciones, parece que bebemos sus efluvios. A veces no nos explicamos cómo un hombre de tortura, buen mozo, se haya casado con una mujer más o menos fea; pero el hecho es que en su matrimonio todo va bien; son felices. Se explica este hecho por haberse encontrado dos emanaciones armonizantes.

Hoy sabemos que por medio de un perfume preparado por un buen osmoterapeuta, un perfumista hábil y experimentado que proporcione el perfume personal adecuado a una persona, ésta puede modificar sus emanaciones en un sentido favorable, lo llamarán en toda la actividad que emprenda “persona de confianza”.

A veces queremos engañarnos a nosotros mismos, a la fuerza queremos permanecer indiferentes, pero hay personas que una vez las hemos tratado nos preocupan ; vuelven y vuelven a aparecer en nuestra imaginación. Tenemos que tomar forzosamente un partido en pro o en contra.

Curioso es en el terreno patológico. Pueden reírse de esto los psiquiatras que lean estas ideas por vez primera; yo les recomiendo que lean este tratado con toda atención. Hay esquizofrénicos, paranóicos y enfermos de demencia precoz que comen y duermen perfectamente y un examen clínico no ha encontrado ninguna lesión y, sin embargo, sobre todo los últimos, son incurables porque sus emanaciones están perturbadas. Estos enfermos no tienen la facultad de atracción, sino que repelen siempre, excepto con algunos que los tratan (médicos, enfermeros). Recuerdo el caso de un doctor de un manicomio que se volvió

demente, y no tiene otra explicación que la de que se contaminó la locura de sus pacientes. Precisamente este caso me animó para experimentar en manicomios, cosa que hice con excelentes resultados.

Invito a todos los médicos para que desvistiéndose de toda clase de prejuicios, experimenten mis sistemas osmoterápicos con la seguridad de que muchos trastornos mentales considerados incurables hasta el presente, dejarán pronto de serlo merced de los sutiles y penetrantes perfumes curativos que actúan sobre el sistema nervioso central.

CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO

Algunas especialidades y éxitos de la Osmoterapia

Hemos probado que la fuerza curativa del organismo, la reacción biológica, es la que cura las enfermedades. Esto en el mundo médico no tiene discusión, es aceptado universalmente. Pero hemos probado también que la Osmoterapia aumenta e incita la fuerza curativa del organismo, y por eso podemos decir sin jactancia, que la Osmoterapia cura todas las enfermedades. No todos los enfermos, entiéndase bien, y que de un accidente, de alguna enfermedad tenemos que morir todos. Pero mientras exista esperanza en un enfermo, debemos aplicar el sistema que esté más ajustado a la lógica, que ofrezca mejores garantías. El médico no ha de ser charlatán ni ofrecer más de lo que puede cumplir; al contrario, ha de sobrepasar siempre las esperanzas legítimas del paciente.

Sí viene un enfermo que sufre reumatismo deformante o un niño que tiene meningitis o me encuentro en cáncer, sería un crimen decir al paciente: “Deje todos los sistemas y confíe solamente en el mío.” Eso nunca, todos los sistemas son más o menos buenos; yo he luchado cuarenta años por el naturismo, soy médico biólogo y tantos años de experiencia me han llevado a la Osmoterapia, con lo cual he conseguido los mayores éxitos; pero siempre la he recetado unida al tratamiento naturista.

Preguntará el lector: “¿Pero cuáles son los casos en que usted está más seguro del éxito de la Osmoterapia?” ¿En qué casos podría ser considerado mi sistema como una especialidad? Voy a citar algunos.

Ante todo, las enfermedades alérgicas o enfermedades por sensibilización. Esta sensibilización es una reacción especial contra determinadas sustancias o microorganismos. En estas enfermedades la naturaleza lucha sin descanso, pero los microorganismos luchan con igual ímpetu, y entonces resulta que el organismo se debilita y en las complicaciones puede sucumbir el enfermo.

Muchas enfermedades principian con un simple resfrío; este resfrío puede dar margen a pulmonías, por ejemplo, y otras complicaciones graves. Curando a tiempo un resfriado ya hemos ganado la primera batalla y evitado un mal mayor.

Podemos hablar de “gripe”, con sus escalofríos, ligeras fiebres, dolor de cabeza y molestias en la garganta, tos y decaimiento; son los primeros síntomas característicos; si no los detenemos viene la inflamación de las fosas nasales, una afluencia de mucosidades, irritación de los ojos y lagrimeo. Sí nos tomamos el trabajo de examinar bajo el microscopio estas secreciones, nos encontramos con “estreptococos”, “pneumococos” y bacilos de la influenza. Estos últimos han sido denominados “virus filtrable”; se llama filtrable porque por su extremada pequeñez pasa los filtros, pues es de un tamaño de una millonésima parte de

milímetro, de forma que fueron invisibles, hasta hace poco, para los más potentes ultramicroscopios. La labor de estos microorganismos es preparar el terreno para la fomentación de otros microbios mucho más peligrosos.

Los remedios empleados hasta ahora fueron pomadas desinfectantes, lavados de las fosas nasales, píldoras y líquidos específicos y que cuando sana el enfermo es, muchas veces, a pesar de estos remedios.

Un gran internista dice que está probado que mientras menos substancias, como pomadas y píldoras, se usan, es mejor, porque todas son irritantes y cáusticas. Ahí está la Osmoterapia inigualada y en todas las casas debería existir un pebetero por el cual se esparciera por el ambiente el perfume curativo. Sí el paciente no toma ninguna de estas medidas, tenemos el primer peligro; el catarro se puede hacer crónico y nos puede venir la sinusitis. “Sinus”, seno, e “itis”, inflamación ; es decir, inflamación de los senos frontales, cavidades que se comunican con la nariz.

Se produce la “sinusitis” a causa de un endurecimiento y retención de las mucosidades en la nariz. Sobrevienen dolores de cabeza, se forma pus y viene el gran peligro de que se extienda la afección hasta las membranas meníngeas, lo que significa la muerte.

Es en este caso cuando debe entrar en actividad el cirujano. Abrir y establecer un drenaje para que salga la mucosidad retenida. A veces, en casos más extremos, el cirujano se ve precisado para poder operar, a abrir los huesos frontales, en cuyo caso, de resultar feliz la operación, el enfermo queda con la cara muy deformada. Naturalmente que aquí señalo casos extremos; precisamente lo que hay que evitar es llegar a estos casos extremos, más aún cuando tenemos un medio para evitarlo.

Cada vez que me he encontrado con un caso de sinusitis en que la operación no era aún imprescindible, les he puesto bajo un baño de luz eléctrica local y les he hecho oler la sustancia osmoterápica, y puedo atestiguar que jamás tuve un fracaso.

También hay casos de sinusitis crónica; en estos casos hay que acudir a la Osmoterapia por ser el remedio infalible, sencillo y absolutamente inofensivo, a la par que agradable.

Otra enfermedad que puede provenir de un resfriado no cuidado es la polinosis, comúnmente llamada fiebre de heno. Es otra de las enfermedades alérgicas que sólo en Estados Unidos existen cuatro millones de pacientes; en el resto del mundo pasan del centenar de millones. Nadie muere a causa de la fiebre de heno, pero a mí me han dicho muchos pacientes que prefieren morir a continuar soportando tan molesta enfermedad.

El catarro crónico éste o más bien periódico, es debido al polen de ciertas plantas que introducido en la nariz produce esta molesta enfermedad, esa hipersensibilidad. La fuerza curativa de la naturaleza lucha contra ese resfrío espasmódico con los estornudos, pero es inútil todo, esa coriza espasmódica que podríamos llamar también asma nasal, no cura, todos los esfuerzos son inútiles; las personas que son sensibles a la acción del polen, son víctimas eternas y están expuestas a graves enfermedades. Ahí la Osmoterapia es heroica.

Más grave es aún cuando el sencillo resfriado se convierte en asma. Ya sabemos que hay diferentes clases de asma; asma cardiaca, asma nerviosa, etc., y yo opino que todas estas asmas provienen generalmente del estómago. Hay alimentos que no debiera de tomar nunca el asmático, tales como los huevos; pero hasta la harina de trigo, ciertas clases de pan y la sémola pueden ser el origen del asma.

Parece que existen ciertos microorganismos que están en los depósitos donde se guardan cereales, que pueden ser los productores del asma.

En Estados Unidos, la Osmoterapia ya tiene fama tan sólo por las curaciones que hemos hecho de asmáticos. Los asmáticos deben acudir a la Osmoterapia, así como todas las enfermedades clasificadas de alérgicas. El médico que no ensaya en estos casos la Osmoterapia, después de haber fracasado con otros sistemas y métodos, no cumple con su deber.

Hay enfermedades del estómago, del hígado, de los intestinos, del pulmón, de las vías respiratorias y muchas otras de origen nervioso, todas las cuales caen bajo la especialidad de la Osmoterapia.

Citaré, queridos lectores, cierta clase de enfermedades que han sido tratadas y curadas por la Osmoterapia; confieso honradamente que se trata en este caso de empirismo. Yo tengo una explicación, pero sería muy larga para el lector. Se trata nada menos que de enfermedades mentales, no de simples afecciones nerviosas, las cuales es sabido que la Osmoterapia cura fácilmente, sino de casos graves de perturbación mental.

En el Norte de México existía un colega que había tenido éxito en algunas curaciones de alienados; esto hizo que acudieran muchos enfermos de esta clase, pero su tratamiento ya no daba resultado y en lugar de conservar su justa fama, fue desacreditándose poco a poco.

Se dio cuenta de la situación y acudió a mí para que le diera un consejo. Vamos a probar la Osmoterapia, le dije. Déjeme tiempo para preparar algunos extractos y perfumes.

Pasaron unos meses, cuando un día me lo encuentro y acude a mí con una cara radiante y con los brazos abiertos para abrazarme y felicitarme, pues el éxito de mis preparados había sido enorme.

Como era un hombre honrado, no ocultó que a mí me debía los preparados y entonces resultó que me vi acosado de solicitudes y tuve un caso de demencia precoz que sanó gracias a mis métodos.

Sería un charlatán si dijera: Voy a curar la demencia precoz. No, eso no lo hago; sé que esa enfermedad es incurable, pero me da pena la cantidad de pacientes encerrados en los manicomios. Lo que pasó en el caso que acabo de citar es que se trataba de un error de diagnóstico, no era demencia precoz, sino otra cosa. Pero ahora viene el problema; ¡cuántos pasarán por dementes precoces sin serlo! ¿No sería lógico probar, ya que en ningún caso es perjudicial? ¡Cuánta alegría reina en un hogar cuando vuelve un familiar enfermo del manicomio, completamente sanado! ¡Cuántos muertos con vida, aunque parezca un contrasentido, hay encerrados en los manicomios! ¡Para ellas, la Osmoterapia representa una nueva y luminosa esperanza!

Otro caso por mí tratado fue el de un joven que padecía una pulmonía. Cuando yo le asistí se encontraba gravísimo; mis colegas alópatas desconfiaban de salvarle. Sin pérdida de tiempo prescribí mi tratamiento a base de constantes inhalaciones osmoterápicas preparadas con mi fórmula, de la cual es principal integrante la creosota. El resultado obtenido queda patente en la relación gráfica presente, en la cual vemos tres células vistas al microscopio. El primer día se observa la invasión de “pneumococos”; en el segundo, ya se nota una notable disminución, que culmina al tercer día con la curación, desaparición total de peligro y ausencia de gérmenes. No creo que en la historia de la medicina pueda citarse otro caso de tan rápida y efectiva curación.

Podríamos seguir citando otras especialidades y detallando otros éxitos, pero en este libro no trato de hacerme ninguna propia reclame; sólo deseo que todo el mundo vaya conociendo las inmensas ventajas de este nuevo sistema curativo cuyos principales calificativos son: la sencillez, la eficacia, el ser inofensivo, agradable, al alcance de todos.

CAPÍTULO VIGÉSIMO QUINTO

Perspectivas para una Osmoterapia

Acabamos de ver la extraordinaria importancia que adquiere el empleo de los perfumes en la medicina. Pero no podemos ocultar que estamos en los albores (hoy, diez años después de la primera edición pasamos de esos albores) de su ensayo y conocimiento. Perfume es radiación; cada variación aromática resulta, sin duda, de frecuencias radiantes, matemáticamente determinables; y una alteración de frecuencia acarrearía una cambiante de olor. Es importante conocer esto porque de otros ramos de la radioterapia sabemos que, en una sola octava de faja ondulatoria cósmica (esto en la nomenclatura radiotécnica quiere decir el alcance de una cierta frecuencia hasta su doble valor), están contenidas todas las clases de influencias terapéuticas de nuestros órganos corporales, útiles o nocivos, vitalizantes o deprimentes.

Por ejemplo; el espectro solar visible alcanza una octava entera de frecuencia, de 387, 298, 334, 620, 74.1 Hertz (zona infraroja), hasta 774, 596, 669, 241. 483 Hertz (zona ultra-violeta), bajo reserva, naturalmente, de que la persona de raza que no es del todo pura ve un espectro más corto. El hacinamiento de todas esas frecuencias produce, como ya se dijo, el blanco de la luz solar, casi totalmente vitalizante de cualquier fenómeno biológico; mas, sí determinada frecuencia de la zona verde del espectro solar es indescriptiblemente benéfica en ciertas cefalalgias nerviosas, ha de decirse lo contrario de una absoluta falta de resonancia en la zona roja.

Eso mismo sucede con la acción de los perfumes. Por ejemplo, la acción vivificante y refrescante del perfume de agua de Colonia, se cambia completamente apenas se le agrega un grano de pachulí, y se puede afirmar que esto sólo sucede cuando la frecuencia irradiante de nuestra sustancia, aromática con la adición de otras sustancias, se cambia en su desarmonía.

Esto nos lleva al punto fundamentalmente importante de nuestro problema: la selección de cada perfume medicamentoso para cada clase especial de dolencia. Bajo este aspecto, todavía estamos hoy en los comienzos de una gigantesca tarea. ¿No será ello acaso lo suficientemente importante que convoque e invite a buscar, a estudiar y a investigar a todos los científicos del mundo?

No se objete que la amplitud (energía radiante) de cualquier perfume es tan diminuta que no puede tener influencia duradera en una enfermedad. Tal objeción es inconsistente con mostrarse la importancia de una acción inicial llevada “ad absurdum”, y aquí hay un ejemplo sugestivo de acción inicial. Échese en un gran recipiente con monohidrato de oxígeno (agua oxigenada), una partícula insignificante de platino y obsérvese atentamente lo que sucede. Segundos después se forma, en torno a la partícula de platino, una zona casi

imperceptible de vesículas diminutísimas, y después de igual tiempo, esa zona se vuelve apenas perceptiblemente más grande. Pero algunos minutos más tarde la zona crece en grados inquietantemente progresivos, y cuando haya abarcado un décimo del todo contenido en el recipiente, haremos bien en apartarnos, pues con un estallido espantoso se cambia el contenido residual de nuestro recipiente. Nótese: que en las mismas condiciones quedaría sin acción un gran pedazo de platino de un kilo de peso que se hubiera puesto dentro.

En eso vemos que una gran porción de energía (el pedazo grande de platino) no tiene acción alguna y que, entretanto, una porción mínima de energía, con acción inicial inmediata de un pedazo extremadamente pequeño, desarrolla una acción gigantesca. Lo que nos da el siguiente principio: La naturaleza es más activa en lo pequeño, en lo mínimo, que en lo grande. De ahí proviene la formidable acción de los perfumes.

Después de lo dicho, debemos sentar que hay que atribuir a cada excitante aromático determinado, una frecuencia primaria irradiante, especial. Muy probablemente, sucede en las sensaciones de perfumes, de parte de nuestro órgano del olfato, lo siguiente: Cada frecuencia irradiante tiene, por decirlo así, sus antenas en determinadas zonas del organismo sensitivo, y las frecuencias ondulatorias de esas antenas son iguales a las frecuencias del perfume o correspondientes. Eso quiere decir que la parte receptora de nuestro órgano del olfato es accesible a uno u otro aroma conforme a la zona y sólo para esos perfumes, en tanto que otra zona cualquiera sólo corresponde a un perfume determinado de una frecuencia que concuerde con él.

Podríamos admitir todavía que el hombre entre todos los seres naturales es el que dispone de órganos sensitivos más finos y complicados, mayormente si se trata de una raza que se ha conservado pura y elevada, y eso va decayendo en las razas inferiores y en los animales.

Hay que tener en cuenta que si vemos que algunos animales tienen el olfato más sensible que el hombre es porque los animales desconocen nuestros vicios (el alcohol, el tabaco) con los que hemos echado a perder, generación tras generación, nuestro sentido olfativo.

Debemos establecer, finalmente y con todo fundamento, que ciertos órganos receptores, no complicados, están dotados de un reducido alcance receptivo en las razas inferiores y de cualidades sensitivas en los animales, cualidades que, en los complejos órganos receptivos existentes en personas bien raciadas, se desarrollan grandemente.

A este respecto cabe una interesante observación del naturalista aficionado alemán Heínrich Ehret, digna de mencionarla aquí. Ehret habitaba en el Cairo e hizo una excursión al Sudán egipcio, situado al sur de Omdurman, en busca de una especie de mariposa que sólo existe allá, para ponerla en su colección. Ehret

sólo consiguió encontrar un ejemplar hembra y volvió al Cairo. Colocó el bichito en la proximidad de la cortina de gasa de la ventana de su cuarto, en una cajita agujereada y con alimento.

Días después la cortina estaba cubierta, por fuera, de una multitud de machos de la misma especie. Anótese que el hecho sucedió en la época de la fecundación, y que existiendo esa mariposa sólo en el Sudán egipcio y nunca en las cercanías del Cairo, los machos tuvieron que volar la distancia gigantesca de 600 kilómetros para alcanzar a la hembra. El olor de la hembra actuó, pues, en el cielo, a tan inconcebible distancia en el órgano olfativo (antenas) de los machos, y debemos reconocer así, cuán incalculablemente importante significación reviste este complejo: irradiación y percepción odoríferas en los seres biológicos.

Todavía nos queda por ver una cuestión. ¿Podemos preparar perfumes sintéticos para la Osmoterapia? Creemos que sí, si preparamos las esencias con materias primas vegetales y no con las que se han escogido de origen animal o mineral. La mayoría de las esencias que se preparan hoy día provienen del alquitrán u otro mineral. Pero la hulla es un admirable receptáculo de energía solar de millones de siglos; todo lo que la tierra recibió de energía del sol vivificante es lealmente guardado para nosotros: la fulgurante coloración del paraíso, la irradiación colorífica, el perfume y el fuego de las flores, recogidos por la tierra en centenares de millares de años. Y la química ha sabido, en creciente y fascinante escala, extraer de ese reservatorio toda esa magnificencia, despertándola.

La fabricación de los perfumes hizo posible la moderna ciencia del asfalto. Sabemos, además, por informaciones de los conquistadores españoles, que los antiguos mexicanos ya sabían extraer esencias del asfalto, lo que debemos tener por una nueva prueba de la cultura de esos pueblos, de los cuales hemos aprendido los principios de la Osmoterapia.

Debemos acentuar una vez más que cada uno de nosotros está expuesto a la influencia insalubre de un mal olor inspirado y, por lo tanto, podemos también aquí, en casos bien determinados, expulsar al diablo con Belcebú.

Aspiramos una esencia ciertamente nociva; basta entretanto la introducción de ese olor a la nariz para hacer desaparecer un dolor de muelas por varias horas. Eso no quiere decir que se haya curado el dolor, sino que ha habido una lucha contra él. La curación se la dejamos al dentista; mas, ¿qué ventaja para el paciente librarse de su dolor provisionalmente sin valerse de un medio perjudicial!.

Naturalmente que nosotros condenamos todo cuanto emplea la cosmética moderna; pinturas nocivas a base de sales metálicas; tinturas para el pelo que pueden llegar a acarrear más tarde la calvicie a las mujeres; aceites y otros preparados hechos sin ninguna base científica, persiguiendo sólo fines comerciales. Nosotros hemos concebido unos preparados biológicos que

verdaderamente rejuvenecen a la mujer y le favorecen y estimulan el color natural del cutis y luego le proporcionamos buenos perfumes. Todos estos productos que están ajustados a las leyes osmóticas actúan saludablemente; de ahí viene que podamos defendernos por medio de perfumes de las irradiaciones incómodas y peligrosas de las razas y personas inferiores.

Este libro quiere aparecer al mundo como un estímulo y tentativa de un nuevo sistema curativo y de una acción armonizante en la sociedad.

Estoy plenamente convencido de que el futuro pertenece a este sistema y que muy pronto todos los particulares lo practicarán y mis colegas lo adoptarán como feliz complemento de todos los sistemas hasta hoy en uso.

Sobre este nuevo método no existe una literatura especial. El presente tratado es completamente original y básico. Otros vendrán que escribirán en pro y en contra de la Osmoterapia; todos serán sus divulgadores. Como arqueólogo (paleoepigráfico) aficionado, botánico aficionado, como ex coronel médico y como diplomático, he recorrido toda la América diversas veces desde el estrecho de Magallanes hasta Alaska; he dado la vuelta al mundo; he recorrido casi a pie Grecia, Turquía, Tierra Santa y Egipto; he vivido temporalmente en casi todos los países europeos, aprovechando siempre, en todas las oportunidades, el hacer nuevos experimentos en el terreno de la Osmoterapia. Muchas veces, cuando era médico de regimiento, al verme aparecer con mis perfumes como remedios fui objeto de risa. He sido muy combatido por muchos colegas; a ellos precisamente va mí gratitud, pues su espíritu contradictorio ha sido para mí el mejor estímulo que me ha impulsado a seguir mis estudios y experiencias. Agradecido estoy también a centenares de médicos, especialmente de la América Latina, y a millares de personas que practican desde hace tiempo la Osmoterapia y son el mejor exponente de los éxitos de mi sistema.

A vosotros, lectores, que con seguridad os interesaréis por este asunto; sobre todo me dirijo a los perfumistas, drogueros, farmacéuticos y similares, para que os intereséis por esta nueva ciencia que tan directamente os atañe. Recoged la semilla que os ofrezco mediante este tratado, y si queréis darme una gran alegría, informadme por carta de vuestras experiencias.

Como ha visto el lector, esta obra tiene un carácter netamente popular y de divulgación. Tengo en preparación una obra dedicada exclusivamente a la clase médica.

Tanto los enfermos que deseen algún preparado o instrucciones, así como los médicos, farmacéuticos, químicos y perfumistas que deseen alguna aclaración o consulta, pueden dirigirse a Dr. A. Krumm-Heller, Berlín-Heiligensee (Tegel) Alemania.